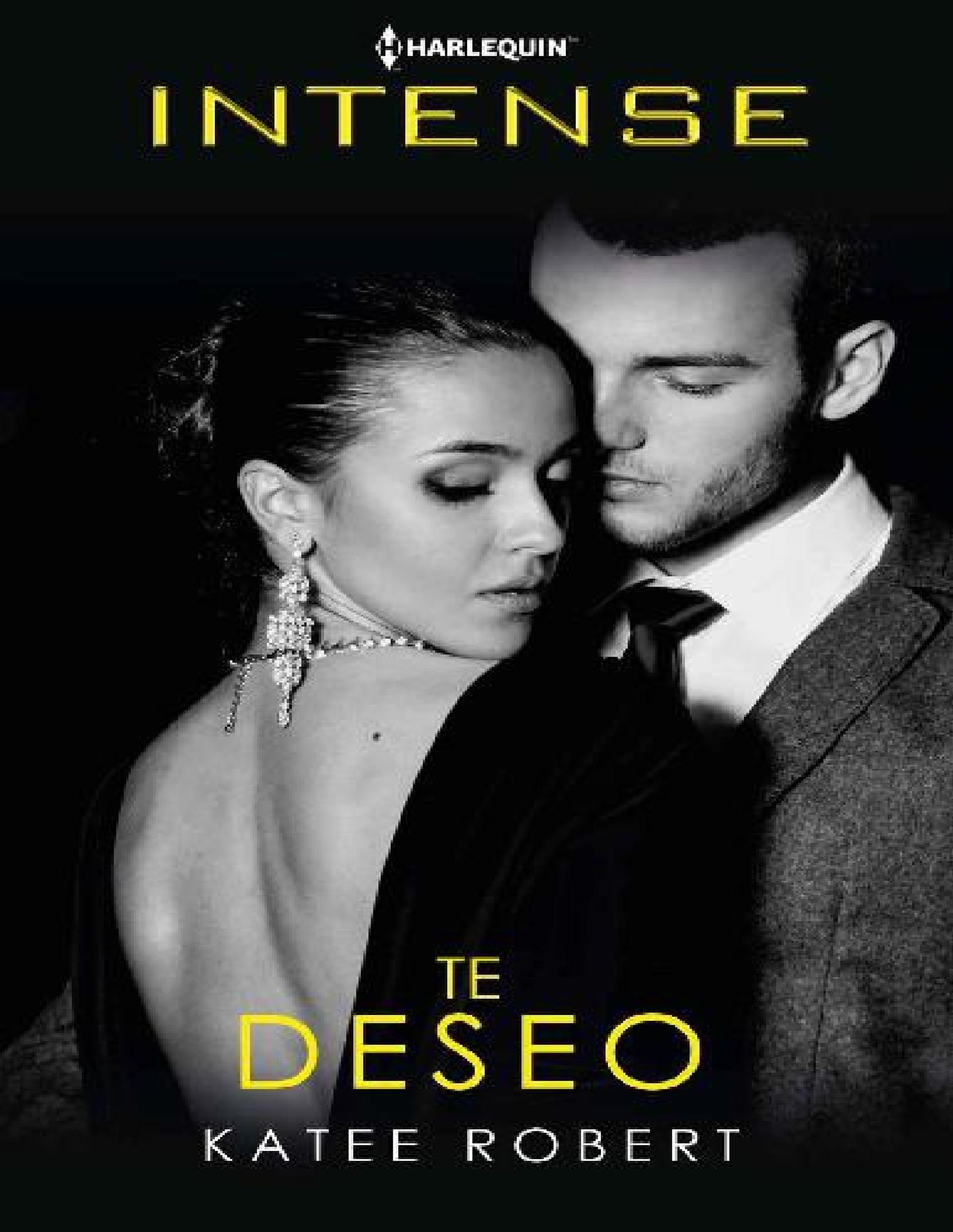




HARLEQUIN™

INTENSE



TE
DESEO

KATEE ROBERT

INTENSE

TE
DESEO
KATEE ROBERT



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Katee Hird
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Te deseo, n.º 13 - abril 2019
Título original: Make Me Crave
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Intense y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1307-782-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*A Hunter McGrady.
¡Tú eres mi inspiración!*

Capítulo 1

—Debería cancelarlo —Allie metió otro montón de toallas blancas en la lavadora y cerró la puerta con la cadera—. Sinceramente, no debería haber permitido que me convencieras.

—Es un detalle que creas que me dejas hacer algo —Becka Baudin, su mejor amiga, se rio, sacó más zapatillas de *spinning* del cubo metálico y fue ordenándolas por tallas—. Además, ya he hecho la facturación del vuelo. Es demasiado tarde para echarse atrás. Nuestras clases están cubiertas. Claudia va a ocuparse de todo el papeleo de la semana, tanto del gimnasio como del albergue. Si te quedas, solo conseguirás ponerte muy nerviosa, porque las cosas van como la seda sin ti —colocó otro par de zapatillas de *spinning* en su casilla—. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste un día libre, Allie?

Allie suspiró porque no podía rebatir ese argumento. No se tomaba días libres. Su gimnasio, Transcend, y el albergue para mujeres que ayudaba a financiar, eran su vida. Incluso, vivía en un piso del edificio donde estaban los dos. Cuando no estaba enseñando algún ejercicio a una de las chicas que tenía contratada, estaba sacando trabajo administrativo o haciendo cualquier cosa en el albergue.

Lo prefería. Estar ocupada hacía que se sintiera plena, era un engranaje esencial en una maquinaria perfectamente engrasada.

Aunque en esos momentos no tenía mucho de perfecta.

Los pocos donantes que le ayudaban a mantener a flote el albergue habían cerrado el grifo. El gimnasio iba bien, pero había dedicado todos los beneficios a mantener abierto el albergue. Por eso, el gimnasio también estaba en peligro. En consecuencia, tenía problemas, muchos problemas que no había contado a nadie. Decirlos en voz alta era lo mismo que convertirlos en realidad, y no podía caer en eso. Tenía que haber una solución, una solución

que no pasara por venderlo a los buitres que llevaban meses sobrevolando. Lo único que necesitaba era un poco de tiempo para encontrarla.

Era el peor momento para marcharse una semana a una isla privada del Caribe, pero si le reconocía eso a Becka, tendría que reconocerle todo lo demás...y no podía, por el momento.

Acababa de dedicar los ahorros que le quedaban a pagar la factura de la luz del albergue, lo que significaba otro mes sin que llamaran los cobradores de morosos o, peor en muchos sentidos, sin tener que expulsar a ninguna de las mujeres que vivían allí.

—¡Allie...! —Becka frunció el ceño y agitó una mano justo delante de su cara—. ¿Dónde estabas?

—En ningún sitio importante —Allie esbozó una sonrisa forzada y tomó un mechón del pelo de su amiga—. El azul te favorece.

Era como la personalidad de Becka, varias tonalidades juntas para crear algo hermoso.

—No cambies de conversación —su amiga frunció más el ceño—. No vas a cancelarlo, ¿verdad? Si lo intentas, te ataré de pies y manos a tu maleta y te arrastraré hasta el aeropuerto. Vas a relajarte y a disfrutar durante una semana aunque nos cueste la vida a las dos.

—Si nos cuesta la vida a la dos no será muy relajante, ¿no?

—Qué listilla —Becka la miraba con un brillo suplicante en los ojos azules—. Ya le he dado todos los datos a Claudia. Te prometo que si pasa algo y te necesitan, te pagaré el billete de vuelta a Nueva York sin rechistar. Además, no volveré a presionarte nunca más para que te tomes unas vacaciones.

—¿Cuánto has tenido que pagarle a Claudia para cerciorarte de que no me llamara? —le preguntó Allie con las cejas arqueadas.

Era la única manera que tenía Becka de hacer una promesa así. Su amiga quería ganar siempre y no le importaba hacer cualquier cosa, por muy rastrera que fuese. Claudia no era mejor.

—Claudia y yo estamos de acuerdo en que tienes que largarte un tiempo de este sitio.

Becka no le contestó a su pregunta y ella suspiró otra vez, pero, por otra parte, estaba deseando pasarse siete días sin correo electrónico ni llamadas telefónicas, sin llevar el peso del mundo sobre sus espaldas. Esa isla no tenía acceso a internet, salvo en las zonas comunes, y no le quedaba más remedio que relajarse.

—Entonces, supongo que tendré que ir...

—¡Efectivamente! —Becka se contoneó un poco—. Ahora, ayúdame a poner las zapatillas antes de tu clase. Voy a pasarme también si no está llena. Siete días bebiendo y tomando el sol pasan factura.

Allie se rio y fue a ayudarla. Dejó a un lado las preocupaciones y el estrés que la habían agobiado durante meses. Todo seguiría en su sitio cuando volviera. ¿Qué tenía de malo desconectar por una vez en su vida?

—Estoy impaciente.

Era la primera vez que lo decía en serio desde que se compró los billetes.

Roman Bassani miró con el ceño fruncido a la guapa china que estaba detrás del mostrador.

—Lleva semanas dándome evasivas. Sé perfectamente que Allie Landers está aquí todos los días y que elude mis llamadas. Tengo que hablar con ella.

No podía hacerle la oferta de invertir en su negocio si no daba con ella, y no lo conseguía de ninguna de las maneras desde que la llamó para proponerle la idea. Normalmente, no le costaba mucho conseguir que propietarios de empresas remisos acabaran viendo las cosas como él, pero Allie Landers era más escurridiza de lo que se había imaginado y, al parecer, lo había esquivado otra vez.

—Lo siento, señor —Claudia no parecía sentirlo lo más mínimo—. Va a estar fuera de la ciudad durante la semana que viene. Los asuntos que tenga con ella tendrán que esperar hasta entonces.

—¿Fuera de la ciudad? ¿Puede saberse adónde ha ido? Tiene que haber alguna manera de ponerse en contacto con ella.

La verdad era que él no esperaba que ella contestara, pero, al parecer, fastidiarlo era una tentación irresistible.

—Está en una isla privada sin cobertura de teléfono ni servicio de internet —le explicó Claudia con una sonrisa—. Si quiere ponerse en contacto con ella antes de que vuelva, me temo que tendrá que ser con señales de humo.

Era una impertinente, pero Roman puso una expresión de incredulidad.

—Eso es una gilipollez. No hay ningún sitio en el hemisferio occidental sin wifi o cobertura de móviles, y mucho menos sin ninguna de las dos.

—En West Island, sí.

—Si usted lo dice —él no se inmutó—. Dígale a Allie que me llame en

cuanto vuelva.

—Estoy segura de que será el primero de su lista —replicó Claudia con delicadeza.

Roman se dio media vuelta y se marchó del gimnasio. Suspiró sonoramente cuando se cerró la puerta a sus espaldas. Todo era tan femenino en ese sitio que siempre se sentía como un pulpo en un garaje. No se veía ni una sola cosa rosa, pero siempre estaba lleno de mujeres.

Eso no tenía nada de malo, pero le desagradaba cómo lo miraban, como si creyeran que iba a desmelenarse en cualquier momento, y que retrocedieran un poco si se movía demasiado deprisa. Ella no tenía la culpa y él aplaudía lo que estaba haciendo Allie Landers, pero la actitud de ellas hacía que se diera cuenta, dolorosamente, de lo grande que era su cuerpo en comparación con el de ellas y de que era un animal vestido con un traje, por mucho que hablara con cuidado y por muy cara que fuese su ropa.

Él no dejaba que se viera, pero esas mujeres lo percibían. Era un depredador. Se cortaría la mano antes de levantársela a una mujer o a un niño, pero daba igual, era una amenaza para ellas.

Soltó un improperio y empezó a bajar la calle. Debería tomar un taxi, pero tenía que sofocar la agresividad. Las grandes zancadas le ayudaban a aclararse la cabeza y a sosegar hasta que solo quedaba el objetivo que perseguía.

Esa Allie creía que podía largarse de la ciudad durante una semana sin importarle que el plazo estuviese acabándose. Quedaban dos semanas hasta que tuviera que tomar una decisión si no quería que otros inversores la tomaran por ella. Normalmente, él no dudaría en hacer lo que fuera, pero su cliente quería que Allie firmara el contrato sin que la sometiera a una presión innecesaria. Una tarea imposible. Le esperaba una prima muy sustanciosa si lo conseguía, pero era secundario. Su cliente quería comprarlo todo con el albergue intacto, y las mujeres se marcharían si creían que era una adquisición hostil. Ellas confiaban en Allie y no confiarían en él ni de coña.

Todo se reducía a que necesitaba que esa maldita mujer accediera a la compra, y no podía convencerla si no estaba allí.

Sin embargo, tenía un sitio...

Sacó el teléfono del bolsillo, investigó un poco y se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de que el complejo turístico tenía todas las plazas reservadas durante todo el año. La página web prometía un paraíso discreto, y eso quería decir que nadie iba a mover un dedo para acomodarlo a él. Como

la empresa tenía por norma no dar el nombre de los clientes para que él pudiera... incentivarlos, estaba en un callejón sin salida.

Solo le quedaba un recurso. Llamó a Gideon Novak, su mejor amigo.

—Oye, ¿no tendrás contactos en West Island, en el Caribe?

—Hola, Roman, me alegra saber algo de ti. Yo estoy bien, gracias.

—Vale —Roman puso los ojos en blanco—, estoy siendo un capullo, pero eso no tiene remedio. La isla... Es importante.

La pausa que se hizo al otro lado de la línea no habría existido si él no hubiese jodido las cosas hacía seis meses. Gideon y él estaban arreglándolas, pero recuperar la confianza era un proceso lento. Daba igual que Gideon entendiera por qué era así Roman; Roman había estado a punto de costarle el amor de su vida, Lucy.

Por fin, se oyó un chasquido al otro lado del teléfono.

—No he tratado directamente con el propietario, pero he colocado a dos clientes distintos en su empresa y siguen trabajando allí.

Eso era mucho mejor de lo que había esperado.

—Necesito una de las parcelas.

—Roman, si quieres irte de vacaciones, organízate tú. Yo no soy una agencia de viajes.

—No, joder, no es por placer, es por trabajo. Necesito encontrar a una huésped que llega hoy. Puedes ofrecer una cantidad astronómica a quien tenga la reserva. En el complejo turístico no me dan la información, pero si tú tienes un conocido, te la darán.

—Más te vale que sea importante de verdad.

No fue una pregunta, pero Roman no tenía nada que perder.

—Es vital. Está a punto de vencer el plazo de una de las operaciones que llevo meses siguiendo. Si mi cliente no es el primero en invertir, lo harán los otros lobos que están al acecho. Se cargarán la integridad del sitio y harán un daño irreparable a las personas que viven allí.

—Vaya, parece que estás haciéndote el héroe. Eso sí que es una novedad.

—No, joder. Estoy por el resultado final, y el resultado final es que ese sitio, con el giro adecuado, puede dar mucho dinero. Además, como está relacionado con un albergue para mujeres, la buena publicidad podría abrirme puertas que estaban cerradas.

—Lo que tú digas —Gideon resopló—. Dame media hora.

—Gracias.

Roman colgó sin despedirse. Gideon le echaría un cable. Era una fuerza incontenible y se consideraba afortunado por tenerlo de su parte.

Naturalmente, media hora después recibió un mensaje con los datos de la reserva y la considerable cantidad de dinero que tenía que pagar mediante transferencia al anterior titular de esa reserva. Roman no perdió ni un segundo en mandar el dinero y en reservar un billete en el primer vuelo que salía de Nueva York. Tenía siete días para encontrar a Allie Sanders y para convencerla. No podía ser muy complicado en una isla que solo tenía siete parcelas.

Capítulo 2

Roman tardó cinco minutos en cambiarse y recorrer la casa para hacerse una idea de cómo era ese sitio. Era para pasar unas vacaciones de lujo y tenía muebles de madera y grandes espacios abiertos para disfrutar de las vistas de la playa privada y de la exuberante naturaleza que rodeaba tres cuartas partes del edificio.

Ahí estaba el problema.

Debería haber previsto que una isla con tan pocas parcelas daría prioridad a la intimidad, aunque había distintas actividades comunes para los huéspedes y suponía que tendría tiempo para encontrar a Allie y plantearle su propuesta.

Tampoco se había parado a pensar que no sabía en qué parte de la isla estaría ella.

Fue a la playa y miró alrededor. La curva natural de la isla creaba una ensenada que la protegía de las miradas de los demás. Se veían bicicletas y paseos que llevaban a los edificios de zonas comunes, donde había un restaurante, un bar, una sala de yoga y una tienda de regalos. Podría quedarse por allí con la esperanza de que Allie fuese a comer algo, pero como también se podía pedir la comida para que la trajeran a la casa, era una posibilidad improbable. Sería mejor que siguiera haciéndose una idea de la situación para planear las cosas en consecuencia.

Fue a una especie de cabaña de madera que parecía desgastada por los elementos y encontró una respuesta. Se podía practicar toda una serie de deportes acuáticos. Se decantó por la canoa. Era la manera más rápida de llegar a donde quería ir sin mojarse demasiado. Se quitó las zapatillas, titubeó un momento y también se quitó la camisa. El sol del verano debería haber dado un calor insoportable, pero hacía una temperatura casi agradable mientras metía la canoa en el agua.

No se había montado nunca en una canoa, pero le pareció bastante fácil. Dio unas paladas para practicar, hasta que tomó un buen ritmo y se dirigió hacia el sur para empezar un recorrido desde allí.

El mayor inconveniente era que no sabía a quién estaba buscando. Jamás había conseguido reunirse con Allie Landers en persona. Había rebuscado por Internet, pero no había encontrado gran cosa, ni en cuanto a datos personales ni en cuanto a fotos de ella. Sus cuentas en la redes sociales eran privadas y solo había encontrado una foto de hacía siglos. La página web de Transcend hablaba mucho de los servicios de la empresa y de sus objetivos, pero no decía nada sobre su fundadora y solo daba una dirección de correo electrónico. No le extrañaba, si tenía en cuenta que estaba relacionado con un albergue para mujeres, pero, aun así, le irritaba.

Dicho lo cual, había cerrado operaciones que habían empezado con menos información de la que tenía en ese momento. Estaba seguro de que esa vez también lo conseguiría.

La primera parcela del sur tenía una familia con dos niños que hacían castillos de arena. Siguió adelante y empezó a disfrutar a pesar de que prefería mil veces la ciudad a cualquier cosa que se pareciera a la naturaleza. Aunque no podía decirse que eso se pareciera a la naturaleza, se parecía al paraíso.

Rodeó la isla y examinó playa por playa. Había dos con familias, dos con grupos que parecían solo de hombres, tres vacías y una con un grupo de cuatro mujeres que lo piropearon cuando pasó remando por delante. Archivó la información para comprobarla más tarde. No sabía con cuántas amigas había ido Allie, pero sí sabía que no estaba casada y que no tenía hijos.

Cuando llegó al extremo norte de la isla, estaba agotado. Iba al gimnasio con regularidad, pero el calor y remar sin parar lo habían machacado. Rodeó las rocas que salían del mar y dejó las palas sobre la canoa para relajar los hombros.

Entonces, vio a esa mujer.

Estaba tumbada de espaldas, con los brazos estirados por encima de la cabeza y con la melena rubia sobre una toalla de playa roja. Sin embargo, no se le cortó la respiración por eso, sino porque estaba en *topless*.

La piel le brillaba como si se hubiese dado crema antes de ir a la playa y lo único que llevaba que se pareciera a una prenda de ropa era un triángulo diminuto de un color indefinido. Dobló las largas piernas mientras se cambiaba de postura y los abundantes pechos subieron y bajaron cuando

respiró.

Él se olvidó de para qué había ido allí, se olvidó de que tenía los músculos contraídos por el agotamiento, se olvidó de todo menos de la repentina necesidad de saber de qué color eran los pezones.

¿Podía saberse qué coño estaba haciendo?

Sacudió la cabeza. Acercarse sería inadecuado, pero quedarse ahí mirando como un pervertido asqueroso era el colmo de lo inadecuado. Daba igual que se le hiciera la boca agua con sus curvas o que ella se hubiese apoyado en los codos para mirarlo.

Tomó aire varias veces, pero siguió empalmado, aunque consiguió agarrar las palas para seguir remando. Fuera quien fuese esa mujer, y por mucho que quisiera estar cerca de ella todo el rato que pudiera, no era Allie. La única foto que había encontrado era de hacía años, era la puñetera foto del anuario del último curso del instituto. Estaba tan delgada que parecía que estaba enferma. Y llevaba el pelo muy corto y teñido de negro.

Dudaba muchísimo que en ese momento se pareciera lo más mínimo a esa mujer.

Una de las características que definían a las mujeres que trabajaban en Transcend era que todas eran menudas y parecían cinceladas en piedra, que no tenían ni un punto blando en sus cuerpos. Eran hermosas, él podía apreciar todos los tipos de cuerpos, pero ninguna había hecho que le temblaran las manos como había hecho la mujer de la playa. Anhelaba recorrer con la boca esas curvas y esos pechos.

Tenía que quitarse esa mierda de la cabeza. No había ido allí para follar con nadie, por muy sexy que fuera. Había ido a trabajar.

Iría esa noche a cenar para ver si podía adivinar cuál de las mujeres de la isla era Allie y para elaborar un plan a partir de eso.

¿Y qué pasaría si veía a la mujer misteriosa después de que ya hubiese resuelto todo lo demás? Sonrió. Quizá hiciese una excepción y se permitiera un poco de placer mientras trabajaba. Al fin y al cabo, estaba en el paraíso.

—¿Qué tal estás...?

Allie se puso un vestido vaporoso de tirantes y fue a ver a Becka. Su amiga se había pasado con el vodka durante el viaje a Miami y se había puesto fatal en el vuelo a West Island. Había estado toda la tarde durmiendo la mona, pero

seguía un poco pálida.

—Creo que el vodka y yo hemos roto —contestó Becka con una sonrisa temblorosa.

—Es pasajero —Allie dudó—. ¿Quieres que me quede a cuidarte?

Sentía un cansancio agradable, pero el menú de esa noche le apetecía lo bastante como para estar deseando ir al edificio principal para hacerse una idea de cómo era aquello. Becka se encontraba tan mal cuando llegaron, que se habían instalado en la casa a toda prisa para dormir.

—¡No! Bastante he hecho ya estropeándote el primer día de tus ansiadas vacaciones. No voy a dejar que pierdas ni un segundo por mis majaderías. Sal, come bien y bebe.

Allie no se movió de la puerta.

—Podría ver si el cocinero puede hacerte un caldo o algo que te siente bien al estómago...

—Vete. Estás de vacaciones y no tienes que ocuparte de mí.

Becka suavizó las palabras con una sonrisa, pero le salió un tanto titubeante.

Allie se marchó. Becka no le agradecería que se quedara y tendría remordimientos si lo hacía, lo que le impediría descansar bien. Al día siguiente podrían ir a conocer la isla y a intentar mantenerse de pie en las tablas con remos que había visto en la playa.

Se sonrojó al acordarse de que la habían visto tomando el sol en topless. Fuera quien fuese ese hombre, había estado demasiado lejos para verle con claridad la cara, pero esos hombros... Se estremeció. Incluso a esa distancia, había visto el contorno de sus músculos y la energía con la que llevaba la canoa por las aguas de color turquesa. La isla ya debía de habersele subido a la cabeza, porque había llegado a esperar, disparatadamente, que se acercara a la costa para que pudiera verlo mejor... y quizá no solo verlo...

Se rio. Le parecía muy bien echar un polvo en vacaciones, pero si eso era lo que quería, había elegido el sitio equivocado. West Island era todo soledad y tranquilidad, y eso era exactamente lo que había buscado cuando dejó que Becka la convenciera para que reservara el viaje. Era exactamente lo contrario que Nueva York y la vida que llevaba allí.

Entonces, en ese momento, se preguntó si no habría sido mejor que hubiese elegido algo un poco más caótico. El sol y el mar ya se le habían mezclado con la sangre y la sensación embriagadora hacía que le pareciera que todo era posible. Solo iba a estar una semana, el tiempo perfecto para echar una cana al

aire... Si no estuviese en una isla privada en medio del océano sin un solo hombre a la vista.

Dejó el cochecito de golf, que era uno de los principales medios de transporte de la isla. Le apetecía dar un paseo después de haber estado encajonada en el avión y de haber estado tumbada tomando el sol. Normalmente, todos los días daba una clase en Transcend, o más si tenía que sustituir a alguien, y no estaba acostumbrada a estar inactiva. Había unos dos kilómetros hasta el restaurante y había empezado a refrescar a medida que el sol se acercaba al horizonte. Sería una noche muy agradable.

Se levantaría temprano para ir a una de las clases de yoga que ofrecían y pasaría el resto del día haciendo distintas actividades para no sentirse inquieta. Podría hacer hasta submarinismo, pero no creía que fuese a sentirse tan intrépida. Sí, bucearía con unas gafas y un tubo, pero tendrían que convencerla mucho para que se sumergiera hasta las profundidades con solo una botella de oxígeno para no ahogarse.

El sendero estaba muy bien cuidado para que los cochecitos se movieran sin problemas, y empezó a pensar en sus cosas mientras ponía un ritmo constante, pero que no la cansaba. El sendero se bifurcaba de vez en cuando y se dirigía hacia otras parcelas o hacia el interior de la isla. Había algunos caminos para hacer senderismo y conocer la historia de la isla.

Llegó enseguida al restaurante y lo encontró casi vacío. Se detuvo en la puerta y se preguntó si habrían entendido mal a la recepcionista. ¿Estaría cerrado?

—Me parece que estamos los dos solos.

Dio un respingo. El hombre estaba a una distancia prudencial, pero era tan grande que hacía que se sintiera apabullada. Se quedó helada. Reconocería esos hombros en cualquier sitio. Él, para confirmar sus sospechas, la miró de arriba abajo como si quisiera recordar su cuerpo cuando no tenía nada más que lo que había llevado en la playa. Ella intentó tragar saliva, pero tenía la garganta seca.

—Tú...

—Yo.

Él la miró por fin a la cara y estuvo a punto de caerse de espaldas. Era un adonis. No podía describir de otra manera esa perfección, el pelo rubio, los ojos color avellana, la mandíbula cuadrada, el hoyuelo en la barbilla... y ese cuerpo. Llevaba una camisa abotonada, pero no disimulaba la musculatura.

Tendió una mano con unos dedos igual de perfectos.

—¿Puedo invitarte a beber algo?

—Está todo incluido en el precio...

Él sonrió con un brillo en los ojos.

—Toma algo conmigo.

Estaba bien, y la atracción casi podía palpase, sentía el impulso inexplicable de acercarse y pasarle un dedo por el mentón, de pasarle la lengua por el hoyuelo de la barbilla... Se amonestó a sí misma.

—Como estamos solos, sería una tontería que nos sentáramos separados.

La mirada de él le dio a entender que había captado que era una excusa, aunque tampoco era tan difícil, porque había sido una excusa muy mala. La verdad era que tenía magnetismo y que la habría atraído incluso en una habitación llena de gente. Él le señaló con la mano un sitio vacío.

—Las mujeres primero.

—Cuánta galantería.

—Lo intento.

Ella se rio y fue a una mesa vacía en el centro del pequeño patio. Había media docena de mesas y ella eligió un sitio de espaldas al edificio desde donde podía ver el mar entre la espesura. Él miró la vista y la silla que había al otro lado de la mesa. La tomó y la puso al lado de la de ella.

—Bonita vista...

Ella se giró para contestar y se lo encontró mirándola. No tenía falsa modestia, la vida era demasiado corta para fingir que no se miraba a un espejo. Era guapa, muy guapa si se esforzaba un poco, pero ya no era delgaducha, después de lo mal que lo pasó en el instituto, ni atlética, como algunas mujeres de su gimnasio. Naturalmente, tenía músculos y podía seguir el ritmo de cualquiera en las clases de *spinning*, pero le gustaba comer tanto como sudar y se notaba en sus curvas. A algunos hombres no les gustaba eso, pero dejaba de verlos en cuanto empezaban a preguntarle si iba a comerse algo.

Ese hombre, sin embargo, la miraba como si quisiera ponerla encima de la mesa y cenársela.

El deseo avivó la llama que se le había encendido por dentro en cuanto lo vio. Se inclinó hacia delante para mirarle las manos. No llevaba anillo ni marca de ningún tipo.

—¿Qué te ha traído a West Island?

—Es el paraíso, ¿no? ¿Quién no querría venir aquí para desconectar de todo?

Era una respuesta vacía, pero estaba embobada por la forma hipnótica que tenía de mover la boca cuando hablaba. ¡Tenía que dominarse! ¡Iba a empezar a babear! Dio un sorbo de agua, pero no sirvió para sofocar la oleada ardiente que empezaba a abrasarla por dentro.

Afortunadamente, se acercó un camarero y evitó que dijera algo embarazoso de verdad. Les comentó el menú de esa noche, tomó nota de las bebidas y desapareció tan deprisa como había aparecido.

Estaban en uno de los sitios más bonitos que había visto y no podía apartar la mirada de ese desconocido. Se pasó la lengua por los labios y todos los músculos del cuerpo se le pusieron en tensión cuando él la siguió con la mirada en ese movimiento. Abrió la boca, pero él le tomó la mano y le acarició los nudillos con el pulgar antes de que pudiera decir algo.

Fue un gesto muy inocente, pero notó ciertas reacciones en sitios que no tenían nada de inocentes. No hacía falta que mirara hacia abajo para saber que se le habían endurecido los pezones.

Él esbozó una sonrisa indolente y pecaminosa que anunciaba cosas que jamás se atrevería a pedir.

—Te parecerá imperdonablemente descarado, pero ¿no prefieres que vayamos a mi casa?

Era un disparate absoluto. Ni siquiera sabía cómo se llamaba y, naturalmente, no sabía nada más pertinente sobre él. Sin embargo, allí, en ese patio tenuemente iluminado, con el olor de alguna flor tropical que no reconocía y con el suave rumor del mar, no se sentía como Allie, la dueña de un gimnasio, la mujer responsable que no podía permitirse tener un desliz porque muchas vidas dependían de ella.

Allí solo era Allie, una mujer. Una mujer que deseaba con todas sus fuerzas al hombre que le miraba la boca como si tuviese que hacer un esfuerzo sobrehumano para no besársela en ese instante. Volvió a pasarse la lengua por los labios y sintió cierto placer cuando él apretó los dientes.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, vámonos de aquí.

Capítulo 3

Roman tomó la mano de la mujer mientras salían del restaurante y se dirigían hacia el cochecito que lo había llevado hasta allí. Había pensado ir dando un paseo, pero se alegraba de no haberlo hecho.

De cerca estaba mejor todavía que en la playa. Su vestido de flores blancas le resaltaba los grandes pechos, se le ceñía a las costillas y se abría en la cintura para revolotear alrededor de sus muslos mientras andaba. La melena rubia era como una cascada que le caía por debajo de los hombros y podía imaginarse perfectamente cómo introduciría los dedos entre ese pelo mientras la penetraba...

Tenía que calmarse.

Tomó unas bocanadas de aire y se concentró en no acelerar el paso. No era un santo, ni mucho menos, pero jamás había tenido una reacción como esa. Quería besar esos labios carnosos, quería acariciar su cuerpo...

Tenía que calmarse.

Ella se lo comía con la mirada, quería lo mismo, pero tenía que estar seguro. La tomó entre los brazos cuando se pararon al lado del cochecito. Ella casi se abalanzó sobre él y le dejó que le recorriera la espalda con las manos hasta que las posó sobre su trasero. Notaba sus senos aplastados contra el pecho y tuvo que contener un gruñido de placer.

—Ahora, voy a besarte.

Ella no le dejó que cumpliera su palabra. Inclino la cabeza y lo besó en la boca. Fue un beso casto, un roce de los labios, pero la cosa no quedó ahí. Roman le puso una mano en la nuca y profundizó el beso, le pasó la lengua por los labios y la introdujo cuando ella los separó. Ella lo agarró de la camisa y restregó las caderas contra las de él.

Roman separó la boca.

—Al cochecito. Ahora.

Corría al peligro de olvidarse de dónde estaban y de follársela ahí mismo sin condón ni nada. Sin embargo, no era un animal que no pudiera dominarse y esa hermosa mujer se merecía algo mejor que hacerlo encima del cochecito de golf. Al menos, la primera vez.

¿La primera vez? Se había vuelto completamente loco.

La tomó en brazos y la dejó en el cochecito de golf. Le encantó cómo abrió la boca por la sorpresa. Estaba alardeando y le importaba un carajo, sobre todo cuando se puso al volante, encendió el motor y tomó el sendero que llevaba a su parcela. Estuvo a punto de proponerle ir a la de ella, pero que estuviese sola no quería decir que no hubiese nadie... La idea hizo que se parara en seco y la mirara.

—¿Estás con alguien?

—Con una amiga —ella interpretó bien la expresión de él—. No tengo pareja; ni novio ni marido.

—Yo tampoco.

Volvió a acelerar. El sendero estaba iluminado con lucecitas colgadas y llegó a su parcela en un tiempo récord. Apagó el motor y se dio la vuelta para mirarla.

—Yo...

—Espera —ella le puso un dedo en los labios y él, instintivamente, se lo mordió ligeramente—. Vamos a... disfrutar. No es la vida real, es la fantasía de este sitio.

Él no podía discutirlo, y menos cuando se oía un pájaro a lo lejos y el cielo y el mar se habían oscurecido mientras estaban allí. Había dejado encendidas algunas luces de la casa y entró con ella de la mano.

—¿Un baño caliente?

—A lo mejor más tarde.

Su forma de mirarlo era inconfundible y no perdió ni un segundo. Al fin y al cabo, era una fantasía. Se agarró a eso y no hizo caso a aquella parte de sí mismo que tenía curiosidad por saber quién era esa mujer y por qué había ido allí, cómo era su vida cuando hacía una vida normal y tantas otras cosas. Lo dejó todo a un lado porque si empezaba a hablar de tonterías que no le importaban, estropearía esa maravillosa sensación de anhelo apremiante que había entre ellos.

La llevó al dormitorio principal, que estaba a la altura de toda la fantasía.

Ventanales que daban al mar y una cama enorme con un cabecero de madera. El edredón era increíblemente mullido, pero quería verla encima mientras entraba en ella...

¡Tenía que ir más despacio!

Le tomó la cara entre las manos, la besó y le exploró todos los rincones de la boca. Ella no pudo contener un sonido que le brotó de lo más profundo de la garganta y le endureció más la polla. Le lamió el cuello y le bajó un tirante antes de recorrerle la parte alta del pecho con la lengua antes de hacerle lo mismo con el otro tirante.

Quería arrancarle la maldita prenda, pero fue pasándole la boca por lo alto de los pechos para que la tela fuese bajándose. Ella tenía los dedos entre su pelo y se arqueó con la respiración tan acelerada como la de él. Le succionó un pezón hasta que dejó escapar un pequeño grito.

—Voy a quitarme esto...

—Perfecto.

Se le hizo la boca agua por el movimiento con el que se desprendió del vestido. Los pechos rebotaron un poco y se quedó solo con unas bragas de encaje rosa.

—Joder, qué perfección.

No pudo verlo bien porque la luz era muy tenue, pero le pareció que se sonrojaba un poco.

—No hagas que una chica se quede así mientras la miras.

Él se sacudió la cabeza como si quisiera aclarársela.

—Dale unos segundo a un hombre para que se complazca con lo que ve. Esta mañana, en la playa, no pude.

Se arrodilló delante de ella, le acarició las piernas y se deleitó con los músculos que se contraían. Subió las manos por las voluptuosas curvas de sus caderas e introdujo los dedos por los bordes de las bragas.

—Me tenía atormentado no saber el color de tus pezones.

La respuesta era un rosa un poco oscuro. El contraste entre el color de los pezones y la piel bronceada hizo que se irguiera más en las rodillas para vérselos mejor y lamérselos otra vez.

—Podrías haberte acercado para averiguarlo...

—Mmm —Roman le besó el abdomen mientras iba bajándole las bragas—. Si me hubiese acercado, habrías salido corriendo dando gritos y habrías atrancado la puerta.

—Es posible —se le cortó la respiración cuando le pasó la lengua alrededor del ombligo—. También es posible que me hubiese metido en el agua para reunirme contigo.

La imagen lo alcanzó con la fuerza de un tren, la imagen de ella con las olas rompiendo contra sus pechos mientras lo esperaba en el agua, la imagen de él tomándola en brazos como había hecho en la parcela, la imagen de ella rodeándole la cintura con las piernas y de él apartándole la parte baja del bikini y...

—Coño... Es posible que mañana me dé otra vuelta alrededor la isla para que lo hagamos bien...

Ella se rio en voz baja.

—También podrías utilizar esa boca maliciosa como es debido y concentrarnos en lo que pasa aquí y ahora.

Eso le gustó más todavía. Se pasó una de sus piernas por encima de un hombro y hundió la cara en su coño.

Allie casi se había convencido de que estaba soñando, pero la sensación de su boca aferrada a la parte más recóndita de sí misma era muy real. Cerró los ojos y se dejó arrastrar por su lengua, que la lamía como si se deleitara con su sabor. Era la experiencia más ardiente que había tenido en su vida.

Hasta que la tumbó sobre la enorme cama. Contuvo la respiración y dejó escapar un jadeo cuando introdujo un dedo donde había estado su lengua. La miró con tanta intensidad que ella creyó sentirlo sobre la piel. Le miró los muslos y el coño, las caderas y el abdomen, se fijó especialmente en los pechos y acabó en la cara.

—Perfecta.

—Tú tampoco estás mal.

Estiró los brazos por encima de la cabeza para agarrar el edredón y para ofrecerle los pechos.

—Gracias.

Un segundo dedo se unió al primero y no le dio tiempo a adaptarse antes de que le introdujera un tercero para dilatarla, para prepararla.

—Joder... Estás deliciosa.

—Tú... también.

Ella hizo un esfuerzo para mantener los ojos abiertos, para no perderse ni un

segundo de esa experiencia. Ese dios dorado la miraba como si quisiera quedar grabado sobre cada centímetro de su piel; y ella estaba encantada de sacrificarse esa noche. Si podía darle ese placer con la boca y las manos, no quería ni imaginarse lo que podría hacerle con el resto del cuerpo.

Giró la muñeca para que el pulgar le acariciara el clítoris con cada movimiento de los dedos y se derritió. Soltó el edredón para tomarle la cara entre las manos

—Voy a llamarte Adonis.

—Tampoco soy tan guapo —replicó él entre risas.

—Eres más guapo todavía.

Ella jamás habría dicho eso en la vida real, sin la isla y ese placer que la embriagaba de él. Le pasó un pulgar por el labio inferior, que era algo más carnoso que el superior.

—Me has dicho que soy perfecta, pero tú no tienes ni un defecto —añadió Allie.

Roman se rio otra vez, pero con cierta tensión.

—Te aseguro que tengo más de un defecto —él giró la cabeza y le besó la palma de la mano—, pero esta noche fingiremos que no es verdad.

—Me parece bien.

Ella no iba a preguntarle sus defectos, no se trataba de eso. Ni siquiera sabía su nombre, y eso hacía que toda la situación fuese más excitante, porque Allie jamás hacía algo parecido.

Esa noche sí iba a hacerlo.

Animada por esa idea, le tocó los pantalones.

—Te necesito.

—Ya me tienes.

Roman introdujo más los dedos para demostrárselo.

—No, te necesito a ti.

Consiguió soltarle el cinturón y le bajó los pantalones cortos por las estrechas caderas. Su polla era tan perfecta como el resto de él. Era larga y gruesa y tuvo que tragar saliva.

—Estoy cansada de esperar.

—Es una pena, porque yo estoy empezando.

Sacó los dedos, le rodeó la cintura con un brazo y la metió más en la cama, hasta que pudo ponerle las manos en la parte inferior del cabecero.

—No voy a atarte.

A ella estuvo a punto de salirse el corazón del pecho solo de pensarlo.

—No sé qué me parece...

Era una mentirosa. Estaba deseándolo. No creía que fuese especialmente perversa antes de esa noche, pero la mera idea de estar a merced de ese hombre...

Tenía que parar el carro. Era un desconocido y que un desconocido la atara era una mala idea hasta en el paraíso.

Roman se puso a cuatro patas encima de ella. El pene le colgaba y casi le tocaba el abdomen. Esos ojos color avellana se pusieron completamente serios por primera vez desde que se conocieron. Desde hacía una hora, lo había conocido hacía una hora.

No la tocó, aunque estaba tan cerca que notaba el calor de su cuerpo.

—Si has cambiado de opinión, puedo llevarte a tu parcela o, si lo prefieres, puedes llevarte el cochecito y algún empleado me lo traerá mañana.

Lo dijo sin juzgar nada, sin intentar que ella sintiera remordimiento ni que pareciera algo turbio. Solo pretendía cerciorarse de que eso era lo que ella quería.

—Quiero quedarme —ella se agarró al cabecero—. Te deseo.

Él sonrió y a ella se le entrecortó la respiración como si le costara salir del pecho.

—No te arrepentirás.

La besó antes de que ella pudiera pensar lo que pasaría al día siguiente, la besó despacio, como si hubiesen pasado muchos días desde la última vez que la besó y quisiera retomar el contacto. Su Adonis fue bajando por todo el cuerpo, centímetro a centímetro, y consiguió convertir en erógenas partes que nunca se lo habían parecido; el interior del codo, las costillas, las rodillas...

La acarició y la besó como si estuviera memorizando cada rincón de su cuerpo hasta que se quedó temblorosa y desarbolada. Su mundo se limitó al siguiente punto que iba acariciarle y a los únicos sitios que no le había acariciado todavía: los pechos y ese punto entre las piernas que lo anhelaba.

—Por favor, Adonis, por favor.

Él se rio sobre la parte interior del muslo y ella sintió como una descarga en el coño.

—Me gusta cuando me llamas eso.

—Te llamaré lo que quieras si me... tocas.

—Llevo un buen rato tocándote.

Se tumbó al lado de ella con una mano a un centímetro de su piel. Se estremeció por las ganas de arquearse para que la tocara, pero su mirada le indicó que si lo intentaba, él levantaría más la mano.

—A no ser que te refieras a algo más concreto, como esto —sus dedos revolotearon justo por encima de sus pezones y fueron bajando hasta que ella notó que el aire se movía levemente sobre el clítoris—. O esto.

—Por favor...

Fue un contacto tan leve que ella creyó que podría habérselo imaginado, pero no se imaginaba la mirada de sus ojos color avellana.

Se inclinó hasta que sus labios rozaron los de ella.

—Quiero sentir cómo te corres en mi polla.

Capítulo 4

Roman se había reído cuando había encontrado una provisión de condones en la parcela, pero nunca había estado tan contento de tenerlos como en ese momento, cuando estaba poniéndose uno.

La miró. Estaba tumbada en la cama con las largas piernas separadas, con el coño tan húmedo que podía verlo brillar, con los pechos enrojecidos por su boca, con el pelo enmarañado sobre el edredón blanco... Era la pasión personificada.

—Afrodita.

Ella dejó de mirarle la polla.

—¿Qué?

—Si yo soy Adonis, tú eres mi Afrodita.

Quería saber cómo se llamaba de verdad, pero no era tonto. Si la presionaba en ese momento, estropearía esa fantasía que habían creado. Le acarició los muslos mientras volvía a la cama.

—Pareces su estatua —añadió Roman.

—Ya me tienes en la cama —ella esbozó una sonrisa burlona—. No tienes que exagerar con los halagos —Allie se apoyó en los codos y le besó el cuello—. Si no me la metes en este instante, podría estirar la pata.

Joder... No dejaba de sorprenderlo. Roman dejó escapar una risa ronca por el deseo.

—No podemos permitir que ocurra eso.

—No, no podemos.

Allie le mordió levemente el punto donde el cuello se unía con el hombro mientras le tomaba la verga e iba metiéndosela.

Él intentó entrar poco a poco, no como un animal. Ella le rodeó la cintura con una pierna para sentirlo más dentro. Era celestial. No se le ocurrió otra

manera de describir los gemidos y los estremecimientos que podía notar en la base de la polla... o cómo lo agarraba del culo para metérsela hasta el fondo. Introdujo los dedos entre su pelo y la besó con avidez.

—Sabes lo que quieres...

—Te deseo a ti.

Roman salió casi por completo y ella se arqueó para recibir la acometida moviéndose al mismo ritmo que él, como si ya lo hubiesen hecho un millar de veces. Volvió a salir lo bastante como para que los dos cuerpos se separaran un poco.

—Acaríciate. Te dije que quería sentir cómo te corrías en mi polla y lo dije de verdad.

Ella no lo dudó. Bajó una mano entre los muslos y empezó a trazar círculos sobre el clítoris con el dedo corazón. Verla dándose placer mientras seguían unidos hizo que estuviera a punto de explotar. Volvió a acometer con tanta fuerza que los pechos de ella rebotaron una y otra vez con cada embestida...

Hasta que se corrió con un grito, con la boca abierta formando una O perfecta, con el coño ordeñándolo... No tuvo más remedio que seguirla. La agarró de las caderas y la folló mientras el orgasmo de ella parecía no tener fin. Entonces, notó una presión en la base de la columna, los huevos se le subieron y se corrió tanto que vio las estrellas.

Se desmoronó al lado de ella, no encima, pero por los pelos. Se quedaron así unos minutos, hasta que consiguieron que la respiración se acercara a su ritmo normal. La abrazó impulsado por un deseo que no supo cómo llamar y volvió a besarla.

Ella se giró y le pasó la otra pierna por encima de la cintura.

—Me he corrido como no recuerdo haberme corrido en toda mi vida y ya te deseo otra vez. ¿Tienes algún tipo de afrodisiaco en el sudor? —Allie le lamió el cuello—. Creo que sí...

Roman se tumbó de espaldas y la arrastró para apoyarla sobre el pecho.

—Si yo lo tengo, tú también.

Desde luego, su verga ya estaba palpitando de nuevo. Ella se contoneó contra él con una sonrisa que le indicaba que sabía perfectamente lo excitante que era ese movimiento.

—¿Sigue siendo un polvo de una noche si seguimos follando hasta que mañana andemos como patos?

Él abrió la boca, lo pensó y volvió a cerrarla. Era muy prematuro decirle

que se quedara mientras estaban en la isla... y, además, sería un estorbo para lo que tenía que hacer. No podía olvidarse del motivo que lo había llevado allí ni siquiera por esa mujer tan hermosa que le miraba la boca como si quisiera tenerla por todo el cuerpo otra vez.

El trabajo tendría que esperar hasta el día siguiente. Le bajó la mano por la espalda para estrecharla más contra él.

—Todavía es de noche, así que las posibilidades son infinitas.

—Me gusta cómo piensas.

—Te aseguro que voy a darte motivos para que te gusten muchas más cosas que eso.

Se despertó con su boca en el coño... otra vez. La había despertado así tres veces, tres, durante las pocas horas que habían dormido, y habían follado hasta que la posibilidad de que los dos acabaran andando como patos había pasado a ser una certeza.

Sus hombros le separaban las piernas de par en par y la follaba con la lengua y con unos leves gruñidos tan excitantes como lo que estaba haciendo. Ella tenía los dedos entre su pelo y los ojos cerrados.

—Sí... Justo ahí... No pares...

Roman se centró en el clítoris e imitó los movimientos que había hecho ella cuando se había acariciado. La llevó más allá del límite y ella no tuvo la más mínima posibilidad de resistirse.

Gritó, arqueó la espalda y le agarró la cabeza para alargar el placer como si fuese una lasciva... y quizá lo fuese. Esa noche lo había parecido, no le había importado lo que él pensara de sus palabras o de sus actos porque eso era... esporádico. Eran unos desconocidos y jamás se había imaginado que eso pudiera ser tan liberador. No significaba que fuese a repetirlo, pero sí iba a disfrutar hasta el último segundo con su Adonis antes de que amaneciera.

La dejó unos minutos, pero volvió a la cama, la puso boca abajo y le levantó las caderas. Esa posición la dejaba expuesta, pero le encantaba, sobre todo cuando la acarició entre los muslos y la polla sustituyó a los dedos.

Entró en ella con suavidad y la llenó por completo. Luego, empezó a acometer con fuerza, a salir para volver a entrar. Allie se agarró al edredón y se contoneó a su ritmo hasta que solo se oyó el choque de los cuerpos y sus

respiraciones entrecortadas. Intentó contenerse, intentó que el placer no la desbordara, pero él hizo algo con las caderas y la alcanzó en un punto muy recóndito. El orgasmo fue una oleada devastadora. Gritó casi sin darse cuenta de que él la follaba con todas sus fuerzas hasta que también se corrió, con una maldición.

Se dejó caer de costado y la arrastró consigo para quedarse uno detrás del otro sin salir de ella. La besó en el cuello y le acarició los pechos.

—Buenos días.

—Mmm... Muy buenos... —ella no había abierto los ojos, pero dejó escapar una risa ronca cuando una de sus manos le acarició el clítoris—. Eres insaciable.

—Solo contigo —replicó él sin dejar de besarle la nuca—. Me vuelves loco. Acabo de correrme y ya te deseo otra vez.

Le tomó el coño con un gesto posesivo y ella gimió, hasta que abrió los ojos, vio que había luz y se quedó helada.

—¿Qué hora es?

Si Becka se despertaba y se daba cuenta de que no había vuelto en toda la noche, se preocuparía. Allie era formal y sensata y no se pasaba toda la noche por ahí acostándose con un desconocido. Por muy increíble que pudiera parecer, no se había parado a pensar que su amiga podría creer que le había pasado algo.

Él captó su tensión y retiró la mano.

—¿Qué pasa?

—Tengo que irme.

Se apartó de sus brazos y todo su cuerpo lamentó la pérdida de esa calidez, pero si Becka no se había despertado todavía, ella tenía que llegar a la parcela antes de que se despertara. Si ya estaba despierta, tenía que darle alguna explicación. En cualquiera de los casos, no podía quedarse allí parada.

Roman se sentó y la miró con el ceño fruncido mientras rebuscaba su ropa.

—Ya sé que hemos bromeado sobre que era un polvo de una noche, pero eso no significa que tengas que salir corriendo en cuanto saga el sol. Creía que podríamos desayunar antes de que te marcharas.

Sonaba tan maravilloso como todo lo que había pasado desde que se habían embarcado en esa aventura desenfrenada, pero, desgraciadamente, la realidad la reclamaba... o, al menos, lo más parecido a la realidad que había en West Island.

Aun así, no le gustaba la expresión de él, como si ella lo hubiese ofendido.

—Me encantaría, pero mi amiga está en nuestra parcela y si se despierta y ve que no estoy, creará que me he salido del sendero y me he roto una pierna o algo parecido y dará la alarma. No tengo una manera fácil de ponerme en contacto con ella y tengo que cerciorarme de que no está montando un equipo de rescate.

—Entiendo —él dejó de fruncir el ceño, se levantó de la cama y se puso los pantalones cortos—. Te llevaré.

Allie iba a decirle que no hacía falta, pero la verdad era que sí hacía. Una cosa era que se llevara su cochecito porque había cambiado de opinión sobre acostarse con él y no quería volver sola por la noche y otra cosa era eludir una conversación que podía ser incómoda. Era adulta y podía sobre llevarlo... o eso esperaba.

—Gracias. Me vendría muy bien.

Roman se puso la camisa, pero no se molestó en abotonársela. Le daba un aspecto de... Ella no sabía de qué, pero le gustaba mucho. ¡Tenía que sosegar! Encontró los zapatos y lo siguió hasta el cochecito de golf. Estaba tan tensa cuando se sentó a su lado que le sorprendió que no diera un respingo cuando él lo puso en marcha. Roman, sin embargo, le tomó una mano y entrelazó los dedos con los de ella como si lo hubiesen hecho toda la vida. Fue relajándose músculo a músculo, pero seguía nerviosa.

—Nunca hago... nada de todo eso...

—No tienes que darme ninguna explicación —él le apretó la mano—. Anoche me lo pasé bien.

—Yo... también —miró su perfil y comprobó que, efectivamente, era Adonis—. Muy bien.

Roman giró la cabeza para mirarla mientras tomaba el sendero con el número de la parcela de ella.

—No quisiera ser pesado, pero me gustaría repetirlo... muchas veces. He venido por trabajo, pero las noches son tuyas si te interesan...

Allie se quedó sin respiración, aunque no supo por qué. Pasar los días con Becka haciendo todas las actividades que habían pensado y las noches con su Adonis... Eso sí que sería un paraíso.

—A mí... me gustaría...

Roman sonrió y se detuvo donde terminaba el sendero.

—Entonces, ¿serías tan generosa de decirle tu nombre a un pobre hombre?

Siempre serás Afrodita para mí, pero me gustaría saber la identidad verdadera de la mujer que pienso hacer que se corra infinidad de veces durante los próximos días.

Ella se puso roja y se llamó idiota por haberse puesto roja.

—Me llamo Allie.

Él se quedó tan petrificado que podría haberse convertido en una estatua. Esos ojos color avellana se clavaron en ella con una intensidad inquietante.

—¿Allie...? ¿Allie Landers?

Ella retiró la mano bruscamente. El corazón se le había acelerado y no había sido por el deseo.

—¿Por qué sabes mi apellido?

Él se rio, pero el asunto no le parecía nada gracioso.

—Esto es muy jodido.

—¿De qué estás hablando?

Se esfumó ese adonis diabólicamente cautivador que la sedujo sin ningún problema la noche anterior y en su lugar apareció un hombre gélido que ella no reconoció.

—Roman Bassani.

Ella conocía ese nombre, conocía ese nombre... Se bajó precipitadamente del cochecito y retrocedió unos pasos, aunque él no había hecho nada para volver a tocarla.

—¿El hombre que no para de perseguirme...? ¿Qué coño estás haciendo aquí?

Él sonrió con una frialdad que ella no había visto nunca.

—He venido para convencerte de que vendas tu empresa.

Capítulo 5

Roman vio que la cosa se iba a la mierda a cámara lenta. Miró con incredulidad a su Afrodita, a Allie Landers. Vio la expresión de horror, que retrocedía y que su lenguaje corporal se crispaba. Había desaparecido esa sirena seductora que acababa de tener en la cama y la había sustituido una mujer que no confiaba en él ni lo más mínimo. Aun así, intentó hacer algo.

—Puedo explicarlo.

—¿Vas a explicarme que me has seguido hasta West Island y me has seducido? —ella sacudió la cabeza y agitó la melena rubia—. No, ni lo sueñes. Me la has colado, lo has bordado. No me lo habría esperado ni por casualidad. No vas contarme que puedes explicármelo porque no tiene explicación.

—No sabía que tú eras... tú —él se frotó la cara con las manos—. Estoy cagándola más...

—¿De verdad? —Allie retrocedió otro paso—. Tu reputación será turbia, pero no me había esperado esto.

Roman fue a explicarle por qué había creído que era imposible que fuese Allie Sanders, pero se contuvo antes de que las palabras empezaran a flotar en el aire. Decirle que esas curvas despampanantes no encajaban en un gimnasio especializado era una gilipollez casi ofensiva. Además, se habría dado cuenta de que no debería dar nada por supuesto si hubiese dejado de pensar con la polla el tiempo suficiente. Tenía que haber alguna forma de arreglar aquello...

—No sé por qué iba a cambiar algo...

Ella abrió como platos sus ojos azules.

—Crees que esto no tiene por qué cambiar nada —Allie se puso completamente recta, y medía cerca de un metro ochenta—. Estás como una puta cabra. Lárgate, no quiero volver a verte.

—Ni lo sueñes.

No había querido hacerlo así. En realidad, había elaborado unos argumentos muy bien pensados para que ella tuviera que escuchar sus propuestas. Todo eso había saltado por los aires ante su impotencia.

—Vas a perderlo todo si no dejas de ser tan terca y no le dejas a mi inversor ayudarte.

Ella lo miró como si no lo hubiese visto en su vida.

—He trabajado como una mula para crearlo y no soy terca por querer conservarlo... Además, tampoco soy una idiota por no querer vendérselo a alguien como tú —añadió Allie acercándose a él.

—Alguien como yo.

Ella había hecho que pareciera un insulto, y quizá lo fuese. Era rastrero y nunca había tenido escrúpulos, pero, aun así, no habría intentado seducir a Allie para convencerla, aunque sí habría hecho cualquier otra cosa, y todavía la haría.

Sin embargo, le dolía el evidente desprecio de ella y se rio con acritud.

—Alguien como yo —repitió él—. Tendrías que mirarte al espejo. Solo hay un motivo para que Transcend esté hundiéndose y no soy yo. Yo solo estoy intentando salvarla.

—¡Qué desinteresado! —Allie torció los labios—. Puedes meterte por el culo tu complejo de caballero andante.

Allie se dio media vuelta y se fue hacia su casa con el dedo corazón de la mano derecha en alto.

Era terca y desesperante. Aunque la verdad era que podría haberlo hecho mejor. Se apretó el puente de la nariz entre los dedos durante un rato, hasta que giró con el cochecito y se volvió por donde había ido. Si pudiera decirle quién era su inversor...

Sin embargo, era imposible. Su inversor había insistido en que firmara un contrato de confidencialidad. No podía contarle a Allie lo que su cliente tenía pensado para el gimnasio y el albergue aunque quisiera. Además, a juzgar por su reacción, no habría servido de nada. Le habría llamado mentiroso y le habría dicho que era un saco de mierda.

Se había equivocado. Su reacción al ver a Allie en persona habría sido la misma, no creía que nada hubiese podido evitarlo, pero se habría dominado lo suficiente como para no haber intentado seducirla.

Casi podía oír la voz de su viejo como si el cabrón estuviese a su lado:

«Necio. Tomó el camino más fácil y mira lo que pasó, lo que pasa siempre, el fracaso».

Dejó a un lado esas chorradas. No tenía tiempo para revolcarse en el fango por haberla cagado, tenía que encontrar la solución. Era muy tentador seguirla a su parcela y seguir con la discusión hasta que viera las cosas como las veía él, pero solo conseguiría que ella se mantuviera más en sus trece. Había demostrado con creces lo terca que era y, por algún motivo, se oponía a los inversores. Tenía que descubrir por qué, era la única manera de sortear sus pegas.

Se dio una ducha y fue al edificio principal. Era el único sitio desde donde podía hacer una llamada fuera de la isla y de usar algo parecido a internet. Tuvo que ser persuasivo para que la empleada le dejara entrar en el diminuto despacho, pero lo consiguió.

Se sentó mientras el ordenador emitía los ruidos típicos de un ordenador anticuado y sacudió la cabeza. Al parecer, al paraíso no le gustaban esas cosas, pero iba a tener que joderse porque él también podía ser muy terco. Comprobó sus correos electrónicos y que el cielo no estaba cayéndose sobre Nueva York y desconectó. Tenía que trazar un plan para volver a empezar. Estaban atrapados en esa maldita isla durante los próximos seis días y no estaba dispuesto a dejar que se le escapara esa oportunidad por una equivocación.

Aunque mentiría si dijera que la noche anterior había sido una equivocación. Debería haberle sacado su nombre desde el principio, pero, entonces, esa noche no habría sucedido. Allie en su cama... Dio una patada en el suelo por la reacción de su cuerpo ante los recuerdos que iba rememorando uno detrás de otro. Su sabor en la lengua, sus generosas caderas entre las manos, el coño palpitante que le apretaba la polla, su sonrisa jactanciosa cuando supo que su actitud desinhibida estaba volviéndole loco...

Daría la mano izquierda por repetirlo... ¡Era un gilipollas! ¡Tenía que ordenar las prioridades! Quizá fuese abrasadora, increíble en la cama y divertida como un demonio, pero, aun así, era un asunto de trabajo.

No podía olvidarlo ni que se borrarán los límites.

—¿Roman Bassani te ha seguido hasta aquí?

Allie se equilibró sobre la tabla y metió el remo en el agua.

—Eso ya te lo he dicho.

Miró el mar con el ceño fruncido, ese estúpido paraíso que hacía que fuese una estúpida. Jamás se le ocurría irse a casa con un hombre que ni siquiera sabía cómo se llamaba. Aunque no se había ido a casa con él porque ninguno de los dos estaba en casa. Eso daba igual.

—Es que... Tiene huevos, incluso para Roman.

Allie se giró tan deprisa que estuvo a punto de caerse de la maldita tabla.

—Lo llamas por su nombre como si lo conocieras.

Algo parecido a los celos le atenazó las entrañas. Sin embargo, no tenía derecho a sentir eso ni tenía sentido, así que lo dejó a un lado.

—Bueno... Más o menos... —replicó Becka encogiéndose de hombros.

Llevaba un bikini tan diminuto que era un milagro que se mantuviera en su sitio. Era verde fosforescente y entonaba con el pelo azul, igual de llamativo.

—Creo que lo conocí una vez —siguió Becka—. Era amigo de mi hermana, es amigo de mi hermana —sacudió la cabeza—. Bueno, ya sabes, es muy amigo de su novio y salen por ahí de vez en cuando. Aunque, al menos, conozco su fama y es el mejor en lo que hace.

Eso era parte del problema, Allie no sabía bien lo que hacía. Se había puesto en contacto con ella por una inversión en Transcend, pero había quedado claro que era el intermediario de alguien y...Y ya le costaba bastante confiar en un inversor como para que hubiera un tercero oculto. Esa distancia extra no presagiaba nada bueno, no sabía si podría conservar el control de gimnasio y del albergue si firmaba el contrato. Había ido a West Island para escapar un poco de la vida real, pero la había seguido hasta allí a pesar de los esfuerzos.

Además, se había acostado con él.

—Da igual. Fue una equivocación y voy a disfrutar el resto de las vacaciones sin preocuparme de él.

Era mentira, pero miró a Becka desafiándole a que le llevara la contraria. Becka metió el remo en el agua y se alejó más de la playa.

—No sé, Allie. Es sexy como una divinidad dorada. ¿Qué tendría de malo que te lo tiraras mientras estás aquí y lo odieras cuando volvieras a Nueva York?

—Es Roman Bassani, es el enemigo. No puedo separar las cosas como, al parecer, él sí puede.

Él, sin embargo, se había quedado tan atónito al conocer su identidad como

se había quedado ella al conocer la de él. Sabía que eso era verdad. Podía ser un actor muy bueno, pero nadie era tan bueno. No creía ni por un segundo que hubiese intentado manipularla mediante el sexo, pero eso tampoco significaba que fuese a ceder, a entregarle todo lo que le había costado tanto trabajo sacar adelante solo porque estuviese muy bueno, tuviese una polla increíble y...

Daba igual.

—¿Qué tendría de malo un poco de sexo tórrido?

Allie le echó agua a Becka.

—No tendría nada de malo, pero él ya no me toma en serio. Si cree que puede seducirme para convencerme, ¿quién dice que no lo hará?

—Tienes razón —Becka suspiró—. Sé que tienes razón, pero es que... Este sitio hace que todo sea más sexy y menos complicado. Aunque el vodka y yo hayamos roto, estoy segura de que el vodka estaría de acuerdo con que es una buena idea.

—Entonces, está bien que el vodka y tú hayáis roto.

Llegaron al límite de la ensenada y se detuvieron mecidas por el mar. Allie se tumbó en la tabla y cerró los ojos como si quisiera que el sol le aliviara la tensión.

—No es justo. Estoy furiosa con él, pero mi cuerpo no se ha enterado. Está tan bueno que me vuelve loca.

Estaba segura de que podría dominarse y de que no volvería a tocarlo, pero tampoco quería hacer la prueba.

—Es verdad, y que lo digas...

Captó algo en el tono de su amiga que hizo que abriera los ojos y se sentara.

—Dime que el sol me ha afectado a la cabeza y estoy alucinando.

—Si tú estás alucinando, ya somos dos —Becka se puso de rodillas como si fuese a pelear—. Puedo ocuparme de él si quieres olvidarte un rato.

Esos celos atroces la devoraron otra vez aunque su amiga no había dicho nada... insinuante. Además, ella había asegurado que no quería saber nada de él. No podía tenerlo todo y Becka era... Becka era una fuerza de la naturaleza. ¡Tenía que acabar con eso inmediatamente! Ella era su amiga y él no era nada suyo.

Roman remaba hacia ellas en su canoa y los movimientos hacían que los músculos del pecho y los hombros se flexionaran como cuando estaba apoyado en los brazos encima de ella y acometía...

Se puso roja y se sacudió el pelo fingiendo que era por el calor del sol y no

por el que él le producía por dentro. Cuando estuvo lo bastante cerca para que pudiera verle la cara, se quedó paralizada. No estaba mirando a Becka, tenía los ojos clavados en ella como si fuesen dos rayos láser. Remó un poco y se paró a su lado.

—Allie...

—No conozco las leyes de este sitio, pero estoy segura de que no les gusta el acoso.

—Es una isla pequeña —él arrugó los labios—. Es inevitable que nos encontremos.

¿Cómo podía estar tan tranquilo e inmutable cuando ella no sabía si volcarle esa puñetera canoa o tirárselo allí mismo? Agarró con fuerza el remo e intentó dominarse. Era más fácil, mucho más fácil, estar enfadada que lidiar con esas sensaciones que la corroían por dentro.

—¿A eso le llamas volver a pasar con tu canoa por delante de nuestra parcela?

Él sonrió sin el más mínimo remordimiento.

—Esta vez, la vista no es tan buena —él no le dio tiempo a que ella abriera la boca y se dirigió a Becka—. Te conozco.

—La verdad es que no, pero sí conoces a mi hermana, a Lucy Baudin.

Él dio un respingo, un respingo de verdad. Intentó disimularlo y Allie no lo habría visto si no hubiese estado mirándolo con tanto detenimiento. Becka había dicho que su hermana y él eran amigos, pero, al parecer, era algo más complicado. Ella lo captó así y la irritación volvió a hacer acto de presencia.

—Estamos intentando relajarnos un poco y tú estás fastidiándonos.

Roman volvió a prestarle toda su atención. Llevaba gafas de sol, pero, aun así, ella habría jurado que pudo notar su mirada por todo el cuerpo y que se fijaba en su traje de baño de época con la cintura alta. Era un traje de baño negro con puntos rosas y ella sabía que le quedaba muy bien, y él, a jugar por la fuerza con la que agarró los remos, estaba de acuerdo.

Una sensación de poder inusitada se adueñó de ella. Él la deseaba tanto como ella lo deseaba a él. Naturalmente, ya se había dado cuenta, pero la impresión de saber quién era lo había distorsionado todo en su cabeza. Era posible que Roman estuviese planteándose seducirla para doblegarla, pero ¿qué pasaría si ella cambiaba las tornas?

A lo mejor solo era una excusa para acostarse con él otra vez...

No hizo caso de esa vocecilla que le hablaba por dentro y se inclinó hacia

delante para que pudiera ver el maravilloso escote que creaban las copas reforzadas con alambre. Él apretó los dientes y ella se deleitó con ese poder antes de que el sentido común se abriera paso otra vez.

—Déjame en paz, Roman. No puedes decirme nada que quiera oír.

—Los dos sabemos que eso no es verdad.

La sonrisa maliciosa de él se ensanchó y dejó muy claro a qué se refería.

Le bulló la sangre por la rabia. Ese cabrón petulante estaba allí sentado y creía que la conocía perfectamente solo porque la noche anterior había conseguido que se corriera más veces de las que había creído que era físicamente posible, creía que podía llevarla por donde él quería para que hiciera lo que él quería.

Que le dieran.

—No sé a qué te refieres. Fue una experiencia olvidable en todos los sentidos —Allie se volvió hacia Becka, que los miraba boquiabierta—. Vámonos, hay algo que apesta por aquí.

Capítulo 6

Roman se pasó el resto del día pensando qué podía hacer. Arrinconar a Allie estaba muy bien, pero, a juzgar por cómo lo había mirado antes de alejarse remando, si ella creía que él iba a intentar hablar de negocios, lo pisotearía. Tergiversaría todo completamente.

Quejarse ya no servía de nada, la situación ideal había pasado y tendría que apañarse con lo que tenía, y tenía una atracción mutua y abrasadora con Allie Landers. Haberla visto con ese traje de baño calentapollas no le había ayudado gran cosa a recordarse por qué no podía tenerla.

Decidió que le daría de plazo hasta el día siguiente para que lo resolviera, o, mejor dicho, se lo daría a sí mismo. Si metía prisa, no iba a conseguir lo que quería.

Comprobó los correos electrónicos más para entretenerse que porque creyera que fuese a encontrar algo interesante. No había ni un solo incendio que él tuviera que apagar. Se pasó la mano por el pelo. En teoría, el paraíso estaba muy bien, pero era un coñazo estar allí solo.

Por hacer algo, fue al patio donde se hacía yoga a la puesta del sol... y se paró en seco al ver a Allie con unas mallas de yoga y un top que parecía tener muchos tirantes, pero que le dejaba ver su cuerpo perfectamente. Mientras miraba, ella se hizo una coleta y desenrolló la esterilla.

La monitora, una mujer diminuta con unos ojos oscuros, el pelo rizado y una sonrisa de oreja a oreja, se fijó en él.

—Las esterillas están pegadas a la pared. Elige el sitio que te guste, pero preferimos formar una sola fila con poca gente.

Allie se dio la vuelta, arqueó las cejas y volvió a bajarlas.

—¿Qué haces aquí?

—Yoga.

Ya no podía echarse atrás, aunque tampoco fuese a relajarse. Quería tener tiempo para hablar con Allie, pero eso no era lo que tenía pensado. Tomó una esterilla y la extendió a una distancia prudencial de ella.

Becka los miraba como si no supiera muy bien cómo debería reaccionar.

La monitora era todo sonrisas y delicadeza mientras tomaba la esterilla de él y la ponía a unos centímetros de la de Allie.

—El yoga hay que vivirlo en grupo. Aquí nos gusta que sea más íntimo, pero no podríamos si alguien crea distancia.

Una vez satisfecha, se puso delante de la fila y empezó. Él intentaba hacer yoga algunas veces a la semana. Pasaba mucho tiempo sentado detrás de una mesa y prefería el boxeo como válvula de escape; las dos actividades causaban estragos en sus articulaciones. El yoga le sentaba bien y apaciguaba su cabeza acelerada como pocas otras cosas.

Notaba mucho la presencia de Allie a su lado, que cambiaba de posturas sin esfuerzo, con la respiración profunda e inalterable. A ella parecía no preocuparle lo más mínimo que él estuviese tan cerca, y eso le ofendía de una manera injustificada, pero, por otro lado, quería que ella se diese por enterada de que él estaba allí.

—Roman, me parece que estás descentrado.

La monitora no podía recordar su nombre pero era parecido a Tiffany o Tracy, se paró a su lado y le corrigió la postura con un ligero toque.

—Céntrate en la respiración —ella exhaló muy despacio por la nariz. Él la imitó y ella asintió con la cabeza—. Exhala los pensamientos, que la respiración te centre. Hoy te has concedido este rato, no lo desperdicies.

Lo intentó, joder si lo intentó, pero recibía el olor a lavanda de Allie con cada inspiración y cuando ella se dio la vuelta para ponerse de frente al lado del patio, se encontró cautivado por el leve brillo del sudor sobre su piel dorada.

Era demasiado.

Su ser estaba tan en sintonía con su cuerpo que no hacía nada para evitar la amenaza de la erección. Se dio media vuelta y se marchó al edificio principal. Tenía que alejarse de esa mujer, pero no le servía de nada. Llevaba su olor impregnado en el organismo y su cuerpo era una tentación en la que no tenía por qué caer. Ella no lo deseaba desde que supo quién era.

Él tampoco debería desearla, pero la deseaba.

Pensó volver a su parcela, pero le desasosegaba la idea de estar solo en ese

momento. Eso era un error. Todavía estaba por decidir qué parte era el error más grande, pero estaba pensando en calificar toda la situación como un desastre.

Como no le quedaba nada más que hacer, fue al bar. Era un sitio pequeño, como todo en la isla, que solo tenía una barra y algunas butacas que miraban al mar. Se acercó al camarero.

—Quiero dos chupitos de whisky y un cóctel doble de whisky con Seven Up.

El camarero arqueó las cejas.

—Claro, usted manda. Siéntese donde quiera.

El hombre se dio la vuelta para elegir dos botellas de la pared que tenía detrás.

Él no quería sentarse, pero quedarse ahí mientras el camarero hacía las bebidas tampoco iba a ganarle su simpatía. Ya había bastante gente cabreada con él por el momento, por lo que se dejó caer en la tumbona que había en el centro.

Unas franjas de color se fundían con el azul oscuro del cielo y eran los primeros indicios de que el día estaba dejando paso a la noche. Agradeció el cambio, aunque le daba cierto miedo lo que significaba. Otro día que había pasado, otra noche más cerca del fracaso.

No sería el fin del mundo que no consiguiera que Allie colaborara para hacer una franquicia con su modelo de gimnasio, pero su gimnasio se hundiría. Había visto la situación económica. No podría mantenerlo a flote mucho tiempo más y su hundimiento sería una tragedia. Ya sabía que ella no opinaba lo mismo, pero si dejara de rechazarlo de una puta vez y escuchara lo que quería decirle, quizá opinase de una forma distinta.

Claro, como él había sido todo un ejemplo de calma y mesura...

Su rechazo le jodía. No iba a decir lo contrario. No solo había rechazado al profesional que se había ofrecido para trabajar con ella, lo había rechazado a él. El sexo cambiaba las cosas para bien o para mal y, en ese momento, parecía que era para mal.

El camarero le llevó los chupitos y los dejó en fila con la copa detrás. El alcohol no era la mejor alternativa cuando tenía que estar espabilado y en plena forma, pero esa noche no iba a estar con Allie y, si fuera por él, el resto de la isla podía hundirse en el mar. Se bebió los dos chupitos uno detrás de otro. El whisky lo abrasó por dentro, pero no le sofocó. Ni siquiera sabía

cómo coño llamar a lo que sentía, solo le importaba que era agradable.

Le llegaron las voces de unas mujeres desde la playa y se puso tenso. Había reconocido la voz de Allie antes de que doblara la esquina. Se paró en seco en cuanto lo vio, pero Becka puso los ojos en blanco y la empujó un poco.

—Basta ya, lo he entendido. Es un gilipollas y no voy a discutirlo contigo —Becka le guiñó un ojo a Roman—, pero quiero beber y esta es la forma más rápida de conseguir lo que quiero —Becka sonrió a alguien que estaba detrás de Roman—. Hola, bombón, ¿podemos beber algo alcohólico y afrutado?

—Claro, señora.

Becka se dirigió hacia la barra y empezó a explicarle cuánto le espantaba que la llamaran «señora», pero Allie se paró a los pies de la tumbona de Roman.

—Te has largado inesperadamente...

Él la acarició lentamente con la mirada, desde las uñas de los pies pintadas de rosa al top, que le ofrecía toda la perfección de sus pechos, pasando por las mallas de yoga.

—Estaba preocupado.

Ella tomó aire y él vio que se le endurecían los pezones debajo de la tela de la camiseta.

—No juegues conmigo. Sucedió y se acabó. Fin de la historia. Deja de sacarlo a relucir.

—Yo no lo he sacado a relucir —él se levantó lentamente y se acercó a ella —. Ni una palabra.

—¿Cómo dices?

—Tenemos que hablar, así que deja de cabrearte un rato y escúchame.

La agarró de una mano y la llevó debajo de las palmeras que flanqueaban el camino a la playa. Roman no paró hasta que no podían verlos desde el bar ni ellos podían oír a Becka coqueteando con el camarero. Entonces, soltó a Allie y se dio la vuelta para mirarla.

—¿Por dónde íbamos?

Estaba tan furiosa que casi no podía decir dos palabras seguidas.

—Decides que tenemos que hablar y me arrastras aquí fuera...

—Si hubiese querido arrastrarte a algún lado, te habría cargado encima del hombro.

Ella se estremeció solo de pensar en él haciendo precisamente eso, pero contuvo la reacción.

—Eres insoportable. ¿Sabes cuándo fue la última vez que tuve vacaciones? Hace diez años, cuando todavía estaba en el puñetero instituto, y en un descanso de primavera. Diez años. Becka tuvo que retorcerme el brazo para traerme aquí, pero estaba pasándomelo bien...

—Sé perfectamente cómo de bien estabas pasándotelo.

Ella lo pasó por alto porque sería una mentirosa absoluta si intentaba negarlo.

—Eso da igual. El caso es que ahora no estoy pasándomelo bien y es por tu culpa.

Quiso empujarlo para que retrocediera un paso, pero sus manos, por voluntad propia, se quedaron en su pecho y ella captó lo cálida que era su piel. Sería un hombre que siempre iba con traje y corbata, pero parecía muy a gusto con los pantalones cortos y sin camisa en esa penumbra al lado de la playa. Casi conseguía que se olvidara de todos los motivos que tenía para no querer volver a verlo.

Allie se acercó un poco más y bajó la voz.

—Nada de lo que digas podrá convencerme de que no eres un tiburón y nada más que un tiburón.

—¿Quién ha dicho que esté intentando convencerte de algo? —sus palabras le rozaron los labios cuando él se inclinó un poco—. Soy un tiburón, Allie, y nunca he fingido ser otra cosa.

Iba a llamarlo mentiroso, pero había dicho la verdad. No había intentado llevársela a la cama con palabras bonitas, le había ofrecido exactamente lo que ella había querido. Sin rodeos, así de sencillo.

—Te desprecio.

—Me deseas —él le puso las manos en las caderas—. Te desgarras por dentro que anheles mi polla, pero no puedes evitarlo por mucho que lo intentes —fue haciendo que retrocediera, poco a poco, hasta que se topó con un árbol. Roman bajó la cabeza y el costado de su cara rozó el de ella—. ¿Has pensado cuánto te gustaría que metiera la mano por dentro de esas mallas de yoga?

—No.

—¿Quién es la mentirosa, Allie? —le pasó los labios por el lóbulo de la oreja—. Me encantaría una sesión de yoga en privado. Solo los dos, sin amigas ni monitoras ni ropa. ¿Cuánto tiempo crees que tardaríamos en que yo

estuviera de espaldas y tú estuvieses montándome la verga?

Ella no podía respirar, tenía la piel demasiado tensa, como si le quedara varias tallas pequeña, y tenía el corazón desbocado.

—Yo jamás...

—No, Allie, ni una mentira más. Te jode que esté aquí, y lo entiendo, pero te jode más todavía que me deseas. Te aseguro que sé lo que se siente. Yo no debería haberte follado jamás, y si hubiese sabido quién eras...

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara, o lo que podía ver de su cara en la oscuridad.

—Si hubiese sabido quién era, no lo habrías hecho.

Roman soltó una maldición.

—No habría podido dejar de desearte, de necesitarte, aunque hubiese sabido tu nombre.

Allie bajó las manos a lo largo de su pecho hasta la cinturilla de los pantalones cortos.

—¿Me deseas ahora?

—No ha dejado de desearte.

Esa era la peor de las ideas. Necesitaba tener la cabeza despejada y la tenía embarullada con Roman. Era demasiado grande, demasiado hermoso, demasiado imponente. Aun así, se inclinó hacia él como si los pocos centímetros que los separaban fuesen demasiados. Él mantuvo las manos en sus caderas, posesivamente, pero no la guio. Allie inhaló con fuerza.

—¿Le pones alguna droga a tu colonia? De verdad, ¿cómo voy a pensar racionalmente si hueles tan bien?

—No llevo colonia —replicó él entre risas.

Era impresionante en el dormitorio, como un dios, y, como no podía ser menos, tenía que oler bien de forma natural...

—No me caes bien.

—No me conoces.

Ella no podía discutirlo, pero tampoco le parecía exacto del todo. Recorrió la cinturilla de los pantalones cortos con los dedos, se los desabotonó y metió la mano para agarrarle la polla.

—No hace falta que te conozca, conozco esto.

—Estás jugando con fuego.

—Es posible.

Indudablemente, si fuese lista, lo soltaría, se marcharía, pasaría el resto de

las vacaciones lo más feliz que pudiera y se relajaría antes de volver a la cruda realidad. Lo acarició otra vez, le gustaba que se pusiera tenso aunque mantuviera las manos quietas sobre sus caderas como si esperara autorización. La emoción se adueñó de ella y siguió acariciándole el rabo para provocarle.

—¿De verdad creíste que iba a ser tan fácil?

—¿El qué?

Él lo preguntó con los dientes apretados y ella volvió a estremecerse de placer.

—Salirte con la tuya.

Le apretó la base de la polla y le bajó un poco los pantalones para tomarle los huevos con las mano libre.

—¿Creíste que ibas a presentarte aquí, que ibas a interrumpir mis vacaciones y que iba a darte exactamente lo que querías sin pensármelo dos veces?

Roman puso una de las manos en el árbol que había detrás de ella. Eso le acercó a ella, pero no le impidió que siguiera haciendo lo que estaba haciendo. Lo acarició con más fuerza cuando él bajó la mejilla y se le aceleró la respiración con cada caricia. Él le mordió levemente el lóbulo de la oreja.

—¿No fue eso lo que pasó exactamente anoche?

Ella frunció el ceño y le apretó los huevos.

—Eres un poco chulo para ser alguien que tiene las partes bajas en mis manos.

—Unas manos muy diestras —él le dio unos besos por el cuello mientras la estrechaba con la mano en la cadera—. No pares.

—Debería. Debería parar en este momento y dejarte con dolor de huevos.

¿Por qué se le estaba acelerando la respiración tanto como a él? No la había tocado casi, pero tener su verga en las manos y tenerlo tan cerca era... Embriagador. No había otra palabra para decirlo.

Roman la besó en las clavículas con la boca abierta y subió la mano hasta ponérsela en un pecho.

—Volvería a mi parcela y me la pelaría pensando en la dulzura de tu coño. No es lo mismo que la realidad, nada lo es, pero me has inspirado lo bastante como para poder llevar a cabo la tarea.

Le bajó el tirante del top y un pecho quedó libre. Hizo lo mismo con el otro tirante y ella se estremeció al notar la brisa en los pezones.

—Maravillosos —murmuró Roman.

—Exageras con los halagos.

Siguió acariciándolo como si el mundo hubiese dejado de existir fuera de su pequeña cápsula. Solo existían Roman y ella volviéndose locos el uno al otro.

—Solo alabo lo que es digno de alabanza.

Él se inclinó y le tomó un pezón con la boca. Esa posición le obligó a soltarle la polla, lo que hizo a regañadientes. Él le metió una mano entre las piernas por encima de la malla.

—Si metiese la mano por dentro, ¿te encontraría húmeda y deseosa? Creo que sí —pasó un dedo por la costura de las mallas, justo por encima del clítoris—. Creo que tomarme la verga con las manos te excita tanto como estar a diez metros del bar y que cualquiera que subiera de la playa se encontraría con el espectáculo de su vida.

—Eso no es verdad —replicó ella estrechándose contra él y contoneando las caderas sobre su mano.

—Mentirosa —ella sintió la palabra, más que oírla, cuando el aliento de Roman le acarició el cuello—. Esto te pone tan cachonda como a mí —volvió a acariciarla por encima de la tela—. ¿No te meterías mi polla aquí y ahora?

Iba a decir que sí, pero el sentido común asomó a su desagradable cabeza.

—No voy a follar contigo sin condón.

—Mmm —él le besó el cuello—. Lo sé.

Roman le bajó las mallas con un movimiento imprevisto. Ella fue a protestar, pero él ya se había puesto de rodillas y le había sacado un pie. Se pasó una pierna por encima del hombro y ella vislumbró la blancura de sus dientes cuando sonrió.

—Ten un poco de fe, Allie. No soy un monstruo.

Entonces, sintió su boca en el coño y se quedó sin aliento para discutir.

Capítulo 7

Allie se olvidó de todos los motivos que tenía para no querer tener nada que ver con Roman, quien se deleitaba con su coño como si hubiese pasado años sin él y quisiera grabarse hasta el último detalle en la memoria. Se tapó la boca con una mano para contener un grito mientras le sujetaba la cabeza con la otra para tenerlo lo más cerca posible de ella.

Su risa ronca le reverberó en el clítoris y estuvo a punto de mandarla al espacio exterior.

¿Qué estaba haciéndole? Ella no hacía esas cosas, ella no se tiraba a desconocidos y, desde luego, no dejaba que un hombre que no le caía bien le hiciera lo que estaba haciéndole ese cuando, además, podía verle cualquiera que pasase por allí.

Él introdujo dos dedos en ella y se centró en el clítoris, se lo lamía y succionaba a un ritmo al que se habría rendido aunque no hubiese querido. Los dedos trazaban círculos en ese punto y la lengua seguía ese mismo movimiento para arrastrarla sin compasión más allá del límite. Amortiguó un grito con la mano, pero no del todo. Se desplomó sobre el árbol y él apoyó la frente en su abdomen como si intentara dominarse, como si estuviera haciendo un esfuerzo para no levantarse y meterle esa maravillosa polla en ese preciso instante.

Por fin, la ayudó a meter otra vez el pie en la malla y retrocedió mientras ella se recomponía la ropa. Roman no dijo nada ni la miró, y ella no pudo evitar la punzada de decepción en las entrañas. Tomó una bocanada de aire para darse fuerzas y se dirigió hacia el bar. Necesitaba una copa y marcharse de allí. Podía olerlo en la piel y, entre eso y el orgasmo, estaba costándole mucho recordar por qué Roman estaba vetado... tan vetado que acababa de comerle...

Consiguió dar un paso antes de que una mano la agarrara del brazo. Miró

hacia atrás para ver qué iba a hacer él. Roman acabó maldiciendo y soltándola.

—Tenemos que hablar, Allie. Hablar de verdad.

La decepción se le mezcló con la indignación.

—Te equivocas. Como ya he dicho una docena de veces, estoy de vacaciones. Por otro lado, si eso es lo que quieres, es algo que tal vez podemos negociar.

Allie estuvo a punto de retirar la oferta al ver la expresión de Roman.

—Quieres separar los negocios del placer —comentó él acercándose a ella.

—Los negocios y el placer siempre deberían estar separados.

Ella levantó la barbilla sin acabar de creerse lo descarada que estaba siendo, pero la verdad era que no tenía nada que perder. Roman no iba a tirar la toalla, lo sabía por los pocos contactos que había tenido con él hasta el momento, y ella tampoco iba a echar marcha atrás. Podían pasárselo bien en la isla antes de que ella volviera a esquivar sus llamadas y él siguiera intentando comprar su empresa como fuera, o podían tomar caminos separados en ese momento.

No había un intermedio satisfactorio para ellos.

—No puedo prometerlo —él le miró la boca—. El plazo es corto y...

—No quiero oírlo —le interrumpió ella—. Si no puedes prometer que no vas a hablar de negocios, no hables, no digas nada.

—Como si fuese tan fácil —replicó él apretando los dientes.

—Lo es, es así de fácil.

Roman la miró tanto tiempo que ella hizo todo lo que pudo para quedarse quieta. Él sonrió, y eso no la tranquilizó precisamente. Se cruzó de brazos.

—¿Qué?

—No tengo que hacer ningún trato contigo, Allie.

La decepción quiso adueñarse de ella otra vez, pero intentó dominarla, aunque con menos éxito esa vez. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que no se le hundieran los hombros.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me deseas tanto como yo te deseo a ti.

Él le pasó un dedo por el cuello y el esternón.

—Me deseas tanto que si quisiera, volverías a mi parcela para correrte encima de mi polla. Dices que trazarás una línea, pero tendrás que luchar más contra ti misma que contra mí para no cruzarla.

Casi recibió con alivio la rabia. Sabía enfadarse. No dejaba que la dominara, pero la mayoría de los éxitos de su vida podían atribuirse a que había hecho las cosas por despecho. ¿Que una chica que vivía en una caravana inmunda al norte de Nueva York no podía ir a la universidad? Claro que podía, y se había pagado casi todos los estudios con becas de voleibol. ¿Que era poco convencional tener un gimnasio solo para mujeres asociado a un albergue para mujeres? Claro que lo era, pero eso no iba a impedirle que lo defendiera con uñas y dientes.

¿Roman creía que podía cruzarse de brazos, hacer lo que le daba la gana y dejar que su polla la atrajera irremediabilmente después de que ella hubiese puesto sus condiciones? Iba de culo. Le apartó la mano.

—Te equivocas.

—¿De verdad?

Quiso borrarle esa expresión jactanciosa de una bofetada, pero ella no hacía las cosas así. Retrocedió dos pasos.

—Las condiciones son las que son. Si no puedes respetarlas, ni te acerques a mí.

Él parpadeó como si no se hubiese esperado esa reacción.

—Allie...

—No, no vas a tratarme como si fuese tonta. Te deseo y eso lo sabemos los dos. Lo que no consigues comprender es que es posible que tú te dejes gobernar por la polla, pero yo soy perfectamente capaz de tomar decisiones que no se basan en el sexo —se dio media vuelta y se alejó de él—. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

No le dio la ocasión de decir nada porque aceleró el paso y volvió a la zona del bar iluminada con faroles. Becka dejó de hacer caso al atractivo camarero y la miró con las cejas arqueadas.

—Mmm. Tienes pinta de haber estado haciendo algo malo...

—No sé de qué estás hablando.

Allie se sentó en el taburete que había al lado de su amiga y se bebió de un trago el chupito de tequila.

—Era mío... —comentó Becka en voz baja.

—Te invitaré al siguiente —Allie sacudió la cabeza—. Qué tontería, están incluidos.

Había perdido la cabeza. No había otra explicación para que estuviese haciendo lo que estaba haciendo, como si fuera una adolescente salida que le

daba igual lo que se jugaba siempre que consiguiera lo que quería. Era mejor que todo eso, tenía que serlo.

El camarero les sirvió otro chupito a cada una y dejó un margarita recién hecho delante de Allie.

—Llamen al timbre si me necesitan.

—Claro, corazón —Becka casi ni esperó a que el camarero hubiese desaparecido para girarse hacia Allie—. Explícate. No he creído que necesitaras ayuda, pero tampoco sé si has estado peleándote a puñetazos o follando contra un árbol.

—No hemos tenido relaciones sexuales —contestó Allie roja como un tomate.

—Pero sí hiciste algo contra un árbol —Becka sacudió la cabeza—. Para ser una mujer que dice que desprecia a ese hombre, te está costando un huevo no tocarlo.

Allie fue a protestar, pero decidió que no tenía sentido. Podía atribuir lo que había pasado la noche anterior a que no sabía quién era, pero ya no tenía esa excusa. Sabía quién era Roman y por qué estaba allí, pero, aun así, le había metido mano.

—Pierdo la cabeza cuando lo tengo cerca. Es como si me convirtiera en una neandertal que ha decidido que le gusta cómo es Roman y que quiere tirárselo una y otra vez sin importarle las consecuencias.

—Vaya, eso es sí es una novedad —Becka se bebió el chupito de un sorbo y apoyó el vaso en la barra—. Es desconcertante que la racional Allie, la que siempre cumple las reglas, pierda la cabeza.

Efectivamente, ella no paraba de decir que no hacía esas cosas, pero porque era verdad. En Nueva York, jamás habría hecho la oferta que le había hecho a Roman. Para empezar, jamás habría ido a su casa con él. Miró el chupito de tequila con el ceño fruncido.

—Creo que echan algo al aire de esta isla para que la gente haga disparates.

—También es posible —Becka tomó el chupito con la mano—, solo posible, que hayas pasado tantísimo tiempo atada de pies y manos que te has permitido vivir un poco en cuanto se ha presentado una ocasión en la que nadie dependía de ti. No tienes que flagelarte por esto, Allie, no tiene nada de malo que lo desees.

Sí tenía algo de malo. No sabía cómo identificar a la mujer que era en Nueva York con la que hacía esas cosas allí.

—No debería desearlo, podría desear a cualquiera menos a él

—Ah... —Becka asintió con la cabeza y dio un sorbo de la cosa rosa que tenía delante—. No tengo una respuesta fácil para eso. ¿Vas a ir a su parcela esta noche?

—No.

Era posible que lo deseara más de lo que debería, pero no estaba dispuesta a hablar de negocios con él, o, mejor dicho, a discutir de negocios con él. Si él no podía aceptar esa condición mínima, entonces el placer no merecía la pena. Tenía que tenerlo presente.

No podía dormir bien. Cada ruido le despertaba como si creyera que Allie había cambiado de opinión. Sabía que no lo haría. Había trazado una raya en el suelo y era tan cabezota que no la cruzaría. Era posible que el día anterior se hubiese tirado un farol, pero sabía la verdad.

La pelota estaba en su tejado.

Se despertó temprano y fue a la clase de yoga del amanecer. No reconoció a algunas personas, pero ni Allie ni Becka se presentaron. Era un alivio desconectar un poco la cabeza, pero fue una sensación que solo le duró hasta que fue a comprobar los correos electrónicos.

Aaron había acudido a su rescate.

Miró el documento un rato antes de imprimirlo. Aunque aceptara la oferta de Allie, todavía pensaba en el premio que recibiría cuando volvieran a Nueva York. Eso significaba que tendría que investigar a fondo para saber cómo jugar esa partida. Iban a tener que esperar hasta el último momento. No era su culpa del todo, pero eso no cambiaba la conclusión.

Juntó los papeles, comprobó que el documento no se había descargado en el ordenador y cerró la sesión. Tenía mucho tiempo para leerlos y decidir después qué iba a hacer el resto del día. Encontrarse con Allie sin querer podría ser fantástico, pero no llevaría a ninguna parte.

Podía aceptar su condición...

Dudó delante del cochecito de golf. Parecía muy sencillo, solo tenía que dejar los negocios al margen. Eso implicaba desperdiciar buenas ocasiones de hablar, pero... Allie tampoco le hablaba en ese momento ni iba a hablarle. Lo había dejado muy claro.

No había ni un solo motivo para no aceptar.

Se dio la vuelta y volvió al edificio principal. La recepcionista le sonrió al verle.

—¿Está pasándose bien, señor Bassani?

—Muy bien —y pensaba pasárselo mucho mejor—. Esperaba que pudiera ayudarme con una cosa.

—Claro —ella sonrió y el rostro se le iluminó—. Dígame lo que necesita y yo me ocuparé.

—Me gustaría mandar un mensaje a otra parcela, a la parcela seis.

—Lo siento... —replicó la recepcionista con un gesto abatido—. Hacemos todo lo que podemos para crear un ambiente relajado e íntimo. Si los clientes quieren venir a las zonas comunes, perfecto, pero nosotros no vamos a buscarlos a no ser que necesiten algo.

Evidentemente, ella creía que lo que él quería mandar no iba a ser relajante.

—Solo es una nota —insistió Roman con su sonrisa más cautivadora—. Si esta noche piden la cena, alguien irá a llevarla, ¿no? Podría añadir el mensaje a la comida.

—No sé...

—Si quiere, puede leerla para cerciorarse de que todo es decente.

Ella volvió a dudar, pero mucho menos.

—Supongo...

Ella le acercó un bloc de hojas con el membrete de la isla. Él aceptó un bolígrafo y escribió una palabra.

—¿Eso es todo? —preguntó la recepcionista con el ceño fruncido.

—Ella sabrá lo que quiero decir.

La recepcionista sonrió. Parecía más tranquila porque no había escrito nada inadecuado. Él podría haberle sacado de su error, pero necesitaba que Allie recibiera la nota.

Se había quedado reducido a pasar notas...

Tardaría horas en saber su respuesta, o más tiempo todavía si ella decidía hacerle esperar. Todo se le había escapado de las manos y era algo que le ponía de muy mala leche.

¿Qué podía hacer? Estaba acostumbrado a ir a por aquello que quería, y que Dios se apiadara de quien se le metiera por medio. Quería que su cliente se quedara contento y la única manera de conseguirlo era que comprase el gimnasio.

Además, él también deseaba a Allie.

Ahí radicaba el problema, no podía conseguir las dos cosas. Era posible que no tuviese ningún porvenir con Allie, pero no lo tendría con toda certeza si seguía insistiendo. Ella lo había dejado claro como el agua.

Si dejaba de insistir, podrían dejarse llevar por el sexo disparatadamente ardiente, pero tendría que olvidarse del plan para Transcend. Quizá no fuese el fin del mundo, pero su trayectoria profesional se había basado en la confianza de que podía proporcionar lo que había prometido. Jamás se había encontrado con un obstáculo que no pudiera superar.

Hasta ese momento.

Salió del edificio principal y fue hasta su cochecito con el montón de papeles. Era toda la información que había podido reunir sobre Allie y su gimnasio, algo que debería haber hecho hacía mucho tiempo. Naturalmente, había indagado lo más elemental y había analizado los informes económicos que había encontrado, pero no había pasado de ahí, ni siquiera cuando ella se había negado a reunirse con él.

Había sido un estúpido.

No tenía que mirar muy de cerca el resto de su puñetera vida para saber por qué no había presionado tanto como solía hacer. El albergue. Admiraba mucho lo que estaba haciendo y sabía que lo más probable era que hubiese alguna historia para que hubiese creado un sitio seguro como ese. Había sido blando con ella, no había querido remover toda esa mierda, habría tenido que ser un monstruo para hacerlo.

Sin embargo, ya había conocido a Allie y tenía que replanteárselo. Ella no era como se había esperado, no era una florecilla delicada que se marchitaría a la primera palabra un poco implacable. Esa mujer tenía colmillos y no tenía reparos en utilizarlos. Agarró con fuerza los papeles. Ya no se andarían con tonterías.

Capítulo 8

Allie levantó las tapas de las fuentes antes incluso de que se hubiese marchado el hombre.

—Me muero de hambre.

Había estado nadando y montando en la tabla con remos y sentía un agradable dolor muscular y un cansancio no menos agradable.

Además, había estado dispuesta a meterse en el mar para capturar algún pez si la cena no hubiese llegado

Becka se rio y le dio con la cadera.

—También han traído vodka. Sospechan tus prioridades...

—La comida siempre va primero —tomó una gamba con el tenedor y se sentó—. Me alegra ver que te has reconciliado con el vodka.

—Vamos poco a poco —Becka tomó una silla y también se sentó—. Los hombros están matándome. Voy a tener que hacer más flexiones.

—A las chicas va a encantarles —replicó Allie entre risas.

Su amiga tenía fama de ser una monitora de *fitness* brutal, una fama merecida, y eso la confirmaría. Uno de los mayores atractivos de Transcend eran sus clases de *spinning* de alta intensidad combinadas con ejercicios para todo el cuerpo. Tomó la jarra de agua con pepino que estaba en el medio de la mesa y se quedó helada.

—¿Qué es eso?

Becka reaccionó antes y agarró el papel doblado. Lo leyó y frunció el ceño.

—¿Qué coño es esto?

Le dio la vuelta y el corazón de Allie dio un vuelco.

Sí.

La palabra era casi un garabato hecho por una mano masculina, y supo quién lo había escrito aunque la nota no estuviera firmada. Aceptaba sus condiciones. Su sonrojó de los pies a la cabeza y Becka lo vio, aunque intentó disimularlo, y, precisamente por eso, dejó la nota y señaló a Allie con un dedo.

—Es de Roman. Eres una zorra astuta. Creía que lo habías zanjado...

Allie dio unas vueltas a la comida con el tenedor.

—Le dije que si dejaba de darme el coñazo con los negocios, que si ni siquiera hablaba de ellos, podríamos pasar más tiempo juntos.

—Jamás había oído un eufemismo más suave para decir que te lo follarías hasta dejarlo seco —su amiga se rio—. Las vacaciones te han sentado de maravilla, ya te lo dije.

—Ese tío está intentando convencerme para que le venda el gimnasio que ha sido la obra de mi vida y me ha seguido hasta otro país para cerrar la venta, ¿a eso le llamas un viaje que ha salido bien?

Becka se encogió de hombros sin alterarse.

—Ya te has ocupado de eso y has dejado al margen los negocios. Ahora solo tienes que preocuparte de follar como una loca y creo que los dos habéis demostrado que sois más que capaces de daros ese gusto.

Allie se atragantó y escupió parte del agua que acababa de beber.

—Solo llamo a las cosas por su nombre —Becka le guiñó un ojo—. En serio, si está dispuesto a olvidarse de ese asunto, ¿irías a por todas?

No tenía ningún motivo para creer que estaba diciendo la verdad. Podría ser un señuelo para verla a solas, pero eso no tenía sentido. Roman ya había demostrado que podía encontrarla cuando quisiera, no tenía ningún motivo para aceptar si no le interesaba exactamente lo mismo que a ella: follar.

Se estremeció solo de pensarlo y dejó el tenedor.

—Creo que sí.

—¡Guay! Esa es mi amiga. En ese caso, me traeré a ese delicioso camarero, a Luke, para lo que decíamos de follar como una loca.

—No estarás echándome en brazos de Roman para poder tirarte a Luke, ¿verdad?

—Por favor... Las dos sabemos que soy más que capaz de encontrar un sitio adecuado si tuviera que hacerlo —Becka se puso seria—, pero no quiero meterle en un problema, y la parcela es el mejor sitio —la miró con gesto serio durante dos segundos—. ¿A qué estás esperando? Tú a lo tuyo... —

Becka puso una expresión maliciosa—. Está cachondo, ¿no? No hay más que verlo para saber que está echando humo.

—¡Becka!

Allie se rio y eso rompió la tensión que se había creado desde que se dio cuenta de que Roman había cambiado de opinión.

—Lo has hecho a propósito...

—Estabas estresándote y es lo contrario de lo que deberías estar haciendo aquí —Becka se metió una fresa en la boca—. Yo solo he ayudado.

—Es verdad —reconoció Allie.

Miró la comida, pero tenía tantos nudos en el estómago que no podía pensar en comer. Se apartó de la mesa y se levantó.

—Debería cambiarme, ¿no?

Becka echó una ojeada a la comida y se sirvió un poco más.

—¿Quieres mi consejo?

—Como si no fueras a dármelo porque te dijera que no.

Allie tomó una de las relucientes fresas y le dio un mordisco.

—Lleva eso.

Becka la señaló con un tenedor y Allie se miró el top y los pantalones que usaba para dormir.

—No es sexy...

—Quítate el sujetador y lo que lleves debajo de los pantalones. Te doy veinte dólares si no te echa un polvo en el suelo.

Allie fue por la cálida arena hasta la parcela iluminada de Roman. Se oía una música melodiosa que la atrajo aunque no podía reconocer la letra. Subió las escaleras del porche, pero se quedó parada justo fuera del círculo de luz que formaba el farol.

—Estás provocándome.

Ella dio un respingo y se maldijo para sus adentros por haber dado un respingo. Buscó el origen de la voz, pero solo lo vio cuando fue saliendo de entre las sombras y se acercó un poco.

—¿Cuánto tiempo llevas merodeando para hacer tu aparición triunfal?

—¿Me creerías si te dijera que fui a darme un baño para sofocar parte de mi energía y acabo de volver?

Ella iba a decirle que era un mentiroso, pero le llegó la luz y vio que

llevaba un traje de baño mojado y que unas gotas le bajaban por el pecho y los hombros. Tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para desviar la mirada a su cara.

—Bañarse en el mar por la noche es una estupidez.

—He sobrevivido —él extendió una mano con gesto imperativo, como un rey—. Ven.

A Allie nunca le había gustado hacer entradas espectaculares, pero se dio cuenta de que estaba deseando comprobar que Becka tenía razón. Se puso muy recta y contoneó un poco las caderas porque sabía que así sus pechos se moverían más de lo normal.

Efectivamente, entró en el círculo de luz y Roman centró toda su atención en sus pechos. Abrió mucho los ojos color avellana y luego los entrecerró.

—AC/DC.

—Me encantan —ella se miró la camiseta, tiró un poco del borde y se bajó el escote—. Ya son unos clásicos.

—¿Tienes mucho cariño a la camiseta?

Ella levantó la cabeza al oír la pregunta y se lo encontró más cerca que antes.

—Le tengo desde los trece años.

—Mmm.

La rodeó y ella no se molestó en seguirlo con la mirada, ya sabía lo que había visto. Los diminutos pantalones cortos que usaba para dormir tenían unas aberturas en los costados. La camiseta también estaba abierta por los costados y se le veían los pechos. Normalmente, la usaba para dormir o para hacer ejercicio, con un sujetador. Sin él, podría decirse que era indecente... y se trataba de eso.

Roman se quedó delante de ella, más cerca que antes. Le pasó las manos por los brazos y le acarició los costados de los pechos con los pulgares.

—Me contendré y no te la arrancaré en este instante.

—Si lo hicieras —Allie se estremeció—, tendríamos un problema.

—Tomo nota —él volvió a subir las manos y volvió a provocarla con los pulgares—. ¿Llevabas puesto esto cuando recibiste la nota?

—He hecho algunas variaciones.

Le dio las gracias a Becka por la idea.

—Mmm.

Fue un sonido entre un ronroneo y un gruñido. Roman le soltó los brazos e

introdujo los dedos por la cinturilla de los pantalones. Se los bajó de golpe hasta que acabaron el suelo.

—No llevas bragas... Allie, creo que vas a matarme.

Ella empezó a quitarse la camiseta, pero él la paró.

—Déjate la puesta. Es tan provocativa como tú misma.

—Si hay alguien provocador, ese eres tú.

—¿De verdad? —Roman se soltó el cordón del traje de baño y se lo quitó sin dejar de mirarla—. Tenías que haber venido antes, Allie, lo he pasado mal.

Ella le apartó las manos cuando fue a agarrarla otra vez.

—No me vengas con gilipolleces. Dijiste que ibas a pelártela. Si no lo has hecho, es asunto tuyo, no mío.

Intentó creerse lo que había dicho. Ya no era una adolescente que creía que le debía algo a un chico si lo había dejado con dolor de huevos. Sin embargo, no le gustaba la idea de que él lo hubiese pasado mal, aunque fuese su enemigo fuera de la isla.

—Si crees que mi mano puede compararse con tu coño, te equivocas por completo —Roman se arrodilló y le levantó la camiseta para desnudarla de cintura para abajo—. Llevo horas deseándote, Allie, puñeteras horas, y no he podido hacer nada al respecto —Roman le pasó la boca de una cadera a la otra justo por debajo del ombligo—. Te anhelo. ¿Qué estás haciéndome?

—¿Yo...?

Ella no consiguió decir nada porque él le separó las piernas y le lamió el coño. La posición no era muy cómoda e intentó separar más las piernas sin caerse. Roman la agarró por detrás de los muslos y la levantó para ponérsela a horcajadas en la cara. Ella lo miró parpadeando, pero estaba demasiado ocupado. Le metió la lengua y el placer hizo que dejara de preocuparse por si acabaría tirándola. Se aferró a su cabeza y se dejó arrastrar por lo que estaba haciéndole, confiando en él.

La follaba con la lengua a conciencia, como la había follado con los dedos o la polla. Sin embargo, así no podía moverse contra él y la impotencia se debatía con el deseo.

—Más, no es suficiente...

Su gruñido le vibró por todo el cuerpo y se le concentró en el clítoris. Ella se apartó y soltó un grito. Él se levantó y la llevó a una de las tumbonas que tenía para mirar la playa. La oscuridad parecía absoluta en contraste con la luz de la parcela, pero Allie no tuvo tiempo de fijarse en esas cosas porque

Roman la tumbó en la tumbona.

—¿No es suficiente?

—Eso he dicho.

Le metió dos dedos y la acarició. Le metió un tercero y le levantó la camiseta con la otra mano para descubrirle un pecho. Le lamió el pezón con la punta de la lengua mientras le metía los dedos una y otra vez.

—¿Es suficiente, Allie?

Sí, no... Sacudió la cabeza.

—Te necesito.

Le mordió levemente la parte baja del pecho.

—Has echado de menos mi polla. Has estado vacía y anhelándome desde que te marchaste. El orgasmo de antes solo ha empeorado las cosas, ¿verdad?

—Sí... —susurró ella.

Era verdad. En vez de matarle el gusanillo, se había dado cuenta plenamente de lo que estaba perdiéndose, no de lo que había conseguido.

—Me necesitas, Allie —él siguió atormentándola rítmicamente con los dedos—. Necesitas lo que puedo darte.

—¡Sí! Te necesito —ella se agarró a sus hombros—. Dime que tienes un condón por aquí cerca.

Allie notó su sonrisa en la piel.

—Ha traído algunos antes.

Él rebuscó debajo de la tumbona y ella oyó el sonido del envoltorio al rasgarse. Dejó de tocarla el tiempo que necesitó para ponérselo.

—Levántate.

Allie se puso de pie excitada solo de pensar en lo que se avecinaba. Roman se colocó en la tumbona y la agarró para ponerla a horcajadas encima de él.

—Esa camiseta no va a durar mucho —le tomó el pecho con la mano y se quedó quieto mientras ella se colocaba la verga en la abertura—. Muy bien, Allie, toma lo que necesites.

Lo necesitaba a él, pero no lo repitió. Le pareció excesivo, demasiada vulnerabilidad, decirlo en voz alta cuando estaba perdiendo la cabeza por lo que él estaba haciéndole. Se introdujo toda su extensión y se deleitó haciéndolo despacio. No soltó el aire hasta que lo tuvo completamente dentro.

—Sí, esto...

Él le levantó la camiseta.

—Quiero verte entera mientras me montas.

Allí, en el patio, no había sombras donde esconderse, cualquiera podría verlos si pasaba por allí, pero eso era parte del paraíso, no había nadie. Aun así, a ella le gustaba la idea de que los sorprendieran, le gustaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Se quitó la camiseta, apoyó las manos en su pecho y empezó a moverse. Subía y bajaba mientras se contoneaba. Le gustaba tanto que le costaba mantener el ritmo. Roman la agarró de las caderas para que no parara, pero ella notaba que el placer aumentaba demasiado deprisa. Le clavó las uñas en el pecho perfecto.

—Estoy cerca...

—Lo sé.

Maldito arrogante. Habría sido insoportable si no la mirase como si fuese algo que deseaba, que necesitaba. Allie no podía cerrar los ojos, no podía apartar la mirada, solo podía montarlo con caricias lentas que los arrastraban a la inconsciencia.

—Me encanta tu cuerpo, es maravilloso.

Le pasó las manos por el abdomen y los pechos, le acarició los pezones con el pulgar y el índice y volvió a agarrarla del culo.

—Deja de hablar.

Tenía cierta confianza en sí misma, pero eso no significaba que se sintiera cómoda con su profusión de halagos. Sabía que Roman la deseaba, si no, no se habría portado como se había portado, no habría dejado al margen sus planes para los negocios. Quizá no lo conociera muy bien, pero sí sabía eso. Sin embargo, hablaba de ella, sobre ella, como si la adorara, como si creyera de verdad que era Afrodita. Sin embargo, solo era una mujer, una mujer que no le gustaría tanto fuera del paraíso. Quizá no estuviese segura de muchas cosas, pero sí estaba segura de eso.

Capítulo 9

Roman abrazaba a Allie, pero su cabeza estaba a millones de kilómetros de allí, donde se había quedado desde que habían dejado de follar. Sabía que no podía presionarla. Ella había ido allí por un trato, el mismo que le impedía preguntarle algo que pudiera relacionarlos con Nueva York. Salvo...

—¿Qué estás pensando?

—Mmm —ella parpadeó esos ojos increíblemente azules—. Perdona, estaba divagando mentalmente.

Le tentaba olvidarse y era lo que tenía que hacer, pero no fue lo que pasó cuando abrió la boca.

—Cuéntamelo.

—Es muy aburrido.

Ella se soltó y se levantó. Él se sintió complacido al ver que las piernas todavía le temblaban un poco. El polvo había sido... indescriptible. Se sentía desesperado por ella. Había esperado que respondiera favorablemente a la nota, pero no había estado seguro de que hubiese ido a la parcela, no estaba seguro de muchas cosas cuando se trataba de Allie.

Recogió la ropa, pero no hizo nada para ponérsela. Le gustó. Ella estaba muy a gusto con su cuerpo y esa seguridad en sí misma era tan atractiva como física. Sin embargo, todo eso eran gilipolleces superficiales, él quería llegar a conocerla.

Se paró en seco. Sabía que ella no era parte del trato. Debería ser solo sexo, algo estrictamente físico y nada más. Ella no hablaba ni de emociones ni de negocios...

La siguió a la parcela. Fue a la cocina y sacó la botella de agua de la nevera. Allie lo observó mientras daba un sorbo.

—¿Qué?

—¿Qué?

—Ahora eres tú quien está divagando mentalmente. ¿Qué se cuece en ese malicioso cerebro que tienes?

Él también tomó una botella de agua y la observó.

—Estaba pensando en la condiciones de nuestro trato.

—¿Y...? —preguntó ella, quedándose muy quieta.

Ya no podía echarse atrás para que siguieran en un punto seguro. Él, sin embargo, no había conocido a ninguna mujer que lo excitara y que, a la vez, le cantara las cuarenta como hacía Allie, y podría no volver a conocerla. Sería una estupidez dejar que se le escapara entre los dedos sin haber sondeado al menos la posibilidad de llegar más lejos... Y él no tenía la costumbre de hacer estupideces.

—Y quiero conocerte mejor.

La miró con detenimiento y vio la tensión reflejada en sus hombros. Allie dejó la botella de agua en la encimera.

—¿Por qué?

—Jamás había conectado con una mujer como he conectado contigo. Quiero saber si solo es deseo o podría haber algo más.

—Normalmente... —ella sacudió la cabeza—. Esta situación no tiene nada normal. En otro mundo, me habría parecido que eso sonaba muy bien, pero este no es otro mundo, es nuestro mundo y por muy maravillosa que sea nuestra relación sexual o por muy cautivadora que sea nuestra sintonía, lo cierto es que quieres comprar mi empresa.

—¡Un momento! —Roman levantó un dedo—. No se habla de negocios, eso es parte del trato.

—Eso era antes... —Allie frunció el ceño y miró al techo—. Coño, tienes razón.

—Sacar los negocios de...

—Roman, eso es un disparate.

—No paras de decir esa palabra. Es posible que incluso tengas razón —él también dejó la botella de agua en la encimera y puso las manos a los lados de sus caderas—, pero ¿qué pasaría si no la tuvieras? ¿Te metes tantas veces en estas cosas que estás dispuesta a dejarla pasar?

—Tu argumento es convincente. Irritante, pero convincente.

Él lo había meditado mucho, pero no pensaba dejar que ella se recuperara y lo pensara demasiado. Le pasó un dedo por una clavícula.

—¿Tienes hermanos?

—Soy hija única —contestó ella con una expresión que le dejó muy claro que era mejor que no siguiera por ahí.

La familia estaba vetada. Eso casi bastaba para confirmarle que el empeño de Allie con el albergue para mujeres tenía algo que ver con su pasado. Lo dejó a un lado, por el momento. Quería que ella le dijera cuándo estaba preparada, era posible que tuviera el expediente de su historia, pero decidió que no iba a leerlo, que prefería oírsele a ella cuando quisiera contársela.

¿Qué pasaría cuando volvieran a Nueva York? Ya lo resolverían.

Ella se apartó el pelo del hombro para que él pudiera acariciarle el brazo.

—¿Tú tienes hermanos?

—No. Siempre he querido tener un par, pero mis padres tenían otras prioridades.

—¿Cuáles?

Él le miró la cara con detenimiento, pero solo encontró curiosidad y le acarició los nudillos.

—Los dos eran de familias adineradas y su única prioridad mientras yo me criaba era conseguir que la familia fuese más rica todavía. Mi padre era agente de bolsa y mi madre, consultora, como yo.

—¿Eran...?

—Se jubilaron hace un par de años —Roman se encogió de hombros—. No los he visto desde entonces, se compraron un barco y están navegando por el mundo. Volverán cuando se hayan cansado de viajar, pero no creo que vayan a quedarse. Son inagotables, siempre lo han sido.

Quería a sus padres en cierto sentido, pero era un sentimiento distante que se limitaba a hablar con ellos cada ciertos meses y a mandarles una felicitación de Navidad si iban a quedarse suficiente tiempo en algún sitio para recibirla. Había tenido amigos que se habían criado en familias ruidosas rebosantes de un amor que se expresaban con bromas, abrazos y alguna discusión acalorada de vez en cuando, algo que no cabía en la profunda quietud de la casa de los Bassani.

—Viajaban mucho incluso cuando yo era pequeño. Podían pasar semanas fuera.

—Tuvo que ser difícil sobrellevarlo cuando eras un niño —Allie le rodeó el cuello con los brazos y estrechó los pechos contra el pecho de él—. No conozco a nadie con unos padres perfectos, ni si quiera los míos, pero, al

menos, la mayoría estaban ahí. Las figuras ausentes tienen que ser jodidas.

—Me parecía que la época del instituto fue una época fantástica; fiestas todos los fines de semana y chicas que se quedaban casi todos los días.

Intentó comentarlo con desenfado, pero le salió un tono agrídulce y Allie lo captó.

—Saliste muy bien —comentó ella pasándole un dedo por a oreja—, menos por todo ese asunto del que no hablamos.

—Menos por eso, que es mi vida —replicó él entre risas.

—¿De verdad? ¿Solo trabajas?

—¿Tú no? —le preguntó él apretándole las caderas.

Ella abrió la boca, pero pareció pensárselo mejor.

—Es verdad... Podría alegar que mi trabajo es más honroso, pero no tengo ganas de discutir.

A Roman le gustaba esa faceta de ella, era desenfadada, casi coqueta. Se dio la vuelta y se quedó apoyado en la encimera con ella entre los brazos.

—¿De qué tienes ganas? Dímelo, te lo ruego.

—Me alegro de que me lo preguntes.

Allie le besó el cuello, un hombro y los pectorales mientras iba arrodillándose delante de él. El suelo de madera sería un espanto para sus rodillas, pero lo miró de tal manera con los ojos entrecerrados que se quedó mudo. Allie sabía muy bien lo que estaba haciendo, y no estaba dispuesta a permitir que él dirigiera el cotarro esa vez. Estuvo a punto de tambalearse cuando la vio acariciarle la polla con una mano titubeante, pero se quedó muy quieto solo por lo que prometían esos labios húmedos.

—Tu polla es increíble —ella volvió a acariciársela—. No existe otra palabra, es increíble.

Él intentó reírse, pero le salió un sonido entrecortado.

—¿Gracias...?

—De nada, pero, en serio, no me extraña que seas un majadero arrogante con ese paquete —siguió ella, pasándole la lengua por debajo—. Tú me lo has comido una docena de veces durante estos días y yo no te he tenido en la boca ni una vez.

—A ver...

Ella esbozó una sonrisa maliciosa y se metió la polla entre los labios, se la metió hasta que le alcanzó el fondo de la garganta. Roman se agarró a la encimera e hizo acopio de todo el dominio de sí mismo que tenía para no

moverse, solo separó un poco más las piernas. Ella lo interpretó como una invitación y le tomó los huevos con una mano mientras seguía chupándosela. Lo soltó justo cuando él creía que ya no iba a aguantar ni un segundo más, pero le agarró de la base con la mano que tenía libre y lo lamió como si fuese su piruleta favorita. Esa lengua maravillosa y endiablada estuvo a punto de conseguir que se le pusieran los ojos del revés.

—Joder, Allie...

—A eso vamos.

Allie no había terminado casi de decirlo cuando Roman ya estaba encima de ella. Se detuvo el tiempo justo para tomar un condón de un cuenco de caramelos, que ella no había visto antes, y para ponérselo y entrar en ella como Pedro por su casa. Él le sujetó la cabeza con una de sus manos para que no se golpeará contra el suelo con sus acometidas.

Era... bestial. No había otra forma de describir esa forma de moverse encima de ella, dentro de ella. Le encantaba, él había perdido el dominio de sí mismo por ella. Se aferró a él y se incorporó al ritmo de sus embestidas.

—Debería chupártela más a menudo.

—Todos los putos días.

La besó, y le pareció muy bien, porque no sabía qué decir. Todos los días era hasta mucho después de que se hubiesen marchado de West Island, y no podía prometerlo. Él también sabía que no podía prometerle eso.

También lo besó con toda su alma. El tiempo que les quedaba hacía que todo fuese más ardiente, o, al menos, eso fue lo que se dijo Allie mientras Roman les daba la vuelta. Se echó hacia atrás apoyada en sus muslos inmensos. Ese hombre era un monstruo en el mejor de los sentidos posible. La madera del suelo se le clavó un poco en las rodillas, pero ese dolor leve hacía que el placer fuese más intenso. Se inclinó para besarlo sin bajar el ritmo.

—Después, a la cama...

—Sí.

Roman le puso una mano en la nuca y la otra encima del culo. La tenía atrapada. Embistió, la folló desde abajo sin que ella pudiera hacer nada, salvo recibirlo. Lo besó en la boca como él le comía el coño, el placer era tan grande que no podía contenerse. Se corrió con un grito que le entró a él por la boca y con las piernas temblorosas por la magnitud del orgasmo. Él la siguió

entre unas maldiciones que contrastaban con el placer incontenible que se reflejaba en su cara.

Se quedaron desmoronados durante un buen rato, hasta que ella se tumbó de costado. Dejó escapar un grito de sorpresa cuando él se puso de pie con ella en brazos.

—¿Qué haces?

—Es posible que no seamos tan viejos como para no echar un polvo en el suelo de madera, pero te jode la espalda y tus rodillas.

—Me compensa.

—Desde luego —él se rio—. Diremos que la cama es un agradable cambio de ritmo.

Sin embargo, él no iba a la cama. Una vez en el dormitorio, giró a la izquierda por la puerta que daba al cuarto de baño. Era parecido a los dos que había en su parcela, pero los tonos grises y azules le recordaron al mar que rodeaba la isla. En la ducha de azulejos cabían diez personas y tenía dos alcachofas y un banco que le hacía pensar en cosas obscenas a pesar del agotamiento que iba adueñándose de ella. Apoyó la cabeza en su hombro.

—Debería volver a mi...

—Ni hablar —él la sentó en el banco—. Es tarde y está oscuro. Además, te prometo que te dejaré dormir un poco si te quedas.

—¿Solo un poco? —preguntó ella con las cejas arqueadas.

Roman abrió el grifo y la miró.

—No esperarás que pueda quedarme quieto si te tengo en la cama.

—Espero que no.

Allie se levantó y se puso debajo de la alcachofa más cercana. El agua estaba a una temperatura perfecta y se quedó inmóvil durante unos segundos. Podía oír a Roman lavándose, pero se quedó en su sitio por muy tentador que fuera ir a mirarlo. Quería llegar a conocerla...

La idea no debería acojonarla. Roman era impresionante y triunfador y... Nunca saldría bien. Esas diferencias no importarían mientras estaban en West Island, pero serían más que evidentes cuando llegaran a Nueva York. Él era rico, aunque no sabía a qué se dedicaba, y ella tenía que hacer malabares con el dinero para llegar a fin de mes. Vivían en dos mundos distintos.

Siempre habían vivido en dos mundos distintos. Él se había criado entre algodones y con unos padres distantes. Le dolía un poco el corazón solo de pensar en el niño que tenía que haber sido... un niño solitario. En eso se

parecían algo. La mayor diferencia era que ella habría dado cualquier cosa para que sus padres desaparecieran y la dejaran en paz, al menos, su padre. Se estremeció.

—No pasa nada...

La rodeó con sus brazos desde detrás. Ella se puso tensa al esperar que él le preguntara por qué se había estremecido, pero se limitó a darle la vuelta y a abrazarla con más fuerza. La consoló sin inmiscuirse.

Aunque sabía que no debería, se aferró a él. Apoyarse unos segundos en alguien no era debilidad. Era muy difícil ser fuerte todo el tiempo, no sabía si podría. Estaba a punto de ceder y arrastraría a muchas mujeres con ella cuando lo hiciera. Las palabras se le amontonaban detrás de los labios, los miedos y las preocupaciones que jamás había expresado en voz alta pugnaban por salir. Cerró la boca con todas sus fuerzas y escondió la cara en su hombro.

Por muy bien que follaran o por muy maravilloso que él pareciera, no podía olvidarse de que Roman quería quedarse el gimnasio y el albergue. Quizá hubiese postergado un tiempo sus ambiciones, pero solo era eso, algo pasajero. Si le contaba sus miedos, le serviría a él de munición más tarde.

¿Qué pasaría si él no podía ayudarla? No podía, nadie podía.

Peor aún, su versión de ayuda podría ser venderlo todo sin contar con ella. No era tan sencillo, pero si empezaba a no pagar facturas, abriría una puerta que no podría cerrar. Si no encontraba una solución, y pronto, no podría hacer nada. Necesitaba un plan... un plan que no se limitara a seguir adelante con la esperanza de que todo mejorara.

—No va a pasar nada —murmuró él mientras le acariciaba la espalda—. Sea lo que sea, no va a pasar nada, Allie.

A ella le gustaría creerlo. Tomó una bocanada de aire y luego otra. No se dejaba caer en la lástima de sí misma, era una luchadora que cobijaba a personas bajo su ala. Retrocedió y Roman la soltó. Ella, para disimular el bochorno, volvió a meterse debajo del agua. Para cuando se había secado el agua de los ojos, Roman ya estaba secándose con una toalla blanca, enorme y muy esponjosa. Volvió con otra toalla y la envolvió después de que hubiese cerrado el grifo.

—Ven a la cama conmigo, Allie —le pidió Roman mientras le daba un beso en la frente.

A pesar del batiburrillo que tenía en la cabeza, solo podía responder una cosa.

—Sí.

Capítulo 10

Roman se despertó y comprobó que Allie se había marchado. Suspiró y se puso de espaldas. No debería haberle sorprendido que hubiese desaparecido, pero tenía un regusto amargo de decepción. Miró fijamente el techo abovedado antes de levantarse. Quedarse todo el día en la cama no iba a ayudarlo gran cosa, solo le daría más tiempo para pensar qué coño iba a hacer.

Seguramente, aceptar sus condiciones era un error.

Sin embargo, eso no se sostenía contra los recuerdos de la noche anterior. No se retractaría de esa decisión por mucho que pudiera pagarlo en el futuro.

Se puso unos pantalones cortos y fue a la sala de la casa. Era una habitación amplia con una cocina y unos muebles muy bien dispuestos alrededor de la pared que se abría a la playa. Se quedó petrificado cuando vio que Allie estaba subiendo los escalones con arena en los pies y la melena rubia agitada por el viento.

—El amanecer está precioso —comentó ella con una sonrisa.

No se había marchado... Roman intentó contener la reacción y sonreírle también.

—Estamos en el paraíso.

—Es verdad —Allie le dio un beso en los labios mientras pasaba de largo—. He preparado café. ¿Cómo lo tomas?

Él jamás había vivido con una mujer. Incluso cuando había salido con alguna en serio de vez en cuando, había evitado esos encuentros matutinos. Nunca los había echado de menos hasta ese momento. Siguió a Allie hasta la cocina.

—Solo.

—Debería habérmelo imaginado.

Ella se había puesto otra vez la camiseta y los pantalones cortos y le

quedaban mejor todavía a la luz del día. Tomó dos tazas de los armarios sin puertas y sirvió el café. Dejó la suya delante de Roman y se sirvió tanta leche y azúcar que a él le chirriaron los dientes. Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres que te diga? Me gusta dulce.

—Ya lo veo—incluso a esas horas de la mañana, fue lo bastante listo como para no comentarlo y dio un sorbo de su café—. Te has quedado aquí...

—Estuve a punto de marcharme—ella revolvió su café—, pero no me pareció bien escabullirme como una ladrona. Además, Becka también estaba ocupada anoche y no creo que vaya a levantarse hasta más tarde. No quiero presentarme en medio de algún tejemaneje típico de la mañana siguiente.

Estuvo a punto de preguntar, pero él era... Ya no sabía cómo calificar su relación con la hermana de Becka. Fueron amigos, aunque no íntimos. Podrían volver a ser amigos si Gideon llegaba a perdonarle que se hubiese entrometido en su relación. En ese momento, tendría suerte si lo invitaban a la boda.

En cualquier caso, no era asunto suyo con quién se acostara Becka Baudin. No era su hermano ni su amigo. Quizá su hermana tuviera algo que decir al respecto, pero Lucy no estaba allí y él no iba a ganar puntos por ir corriendo a contarle historias. No, Becka ya era mayorcita y él iba a mantenerse al margen. Se apoyó en la encimera.

—¿Tenéis muchos planes para hoy?

—Vamos a bucear por el arrecife que hay al otro lado de la isla. Hay un barco que te lleva y también te dan de comer—ella titubeó—. ¿Quieres venir?

¡Sí! Él sofocó su reacción casi tan deprisa como se produjo. Abalanzarse sobre ella y tomarla entre los brazos solo iba a espantarla y, de paso, haría que pareciera tonto. En cambio, levantó su taza.

—Solo si no me meto donde no me llaman.

—Como si eso fuese a detenerte—replicó Allie arqueando las cejas.

—No te falta razón—él se rio—. Sí, me gustaría ir a bucear con vosotras.

Le dio la sensación de que estaba aceptando hacer algo más importante que ir de excursión, pero decidió no darle más vueltas. Le gustaba Allie y le gustaba estar con ella. No iba a dejarle hablar de negocios mientras estuviesen allí y él tampoco podría avanzar sin ella aunque volvieran a Nueva York, pero quería estar en West Island con ella.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste vacaciones?

Él se encogió de hombros.

—Hace un par de años visité a mis padres en Marruecos.

Esos ojos azules eran muy perspicaces y Allie sonrió con delicadeza.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste unas vacaciones de verdad, relajantes?

—Ah, eso es otra cosa —él lo pensó un momento, sin resultado—. No lo sé. Es posible que fuesen las vacaciones de primavera en la universidad, pero no creo que fuesen relajantes en el sentido al que tú te refieres.

Él ya sabía lo que quería por entonces y empleó el tiempo en establecer contactos. Nada unía tanto a las personas como emborracharse y hacer majaderías juntos, y esas relaciones le habían dado muy buenos resultados desde entonces. ¿Unas vacaciones de verdad y solo relajantes? Se aclaró la garganta y no pudo mirarla a los ojos.

—Nunca.

—Eso era lo que me había imaginado —Allie dejó la taza y se dejó caer entre sus brazos como si lo hubiese hecho miles de veces—. Nos quedan cuatro días en West Island, ¿por qué no nos los tomamos como unas vacaciones de verdad y nos divertimos?

Le pareció como si ella acabase de ponerles una fecha de caducidad. No le sorprendió, lo que le sorprendió fue cómo se sentía por lo que había dicho, como si quisiera doblarla sobre la encimera y follarla hasta que reconociera que podría haber algo. Sin embargo, le dio una palmada en el culo y la abrazó con un poco más de fuerza.

—Te quedarás aquí por la noche.

—Sí —no discutió por una vez y desvió la mirada a sus labios—. Tengo que hablar con Becka, pero a juzgar por lo emocionada que estaba anoche porque me marchaba, no creo que vaya a poner objeciones al cambio de planes. Sobre todo, si se queda con la parcela para tener su propio rollito de vacaciones.

Él no era un puto rollito. Sin embargo, una vez más, contuvo la reacción. Todavía no sabía lo que quería, aparte de estar con Allie, pero sí sabía que no quería hacer nada que pudiera espantarla. Ya tendrían tiempo para hablar y resolverlo más tarde, pero, en ese momento, solo iban a hablar de los cuatro días siguientes. Le apartó el pelo de la cara.

—¿Por qué no traes tus cosas? Te ahorraría muchos viajes.

—Viajes que tendré que hacer para organizar los planes diarios con Becka —Allie sacudió la cabeza—. Lo mejor es que los límites estén claros. Traeré

las cosas que necesito para pasar la noche, cepillo de dientes y esas cosas, pero el resto se queda.

Era muy terca.

—Estás complicando las cosas.

—No estoy siendo sumisa, Roman —ella sonrió—. Me da la sensación de que no te llevan la contraria muy a menudo, pero tendrás que ir acostumbrándote. Es posible que tengas una polla mágica, pero eso no significa que tengas carta blanca para dirigir mi vida.

—¿Crees que tengo una polla mágica?

Él la estrechó contra sí para que pudiera notar lo que acababa de describir. Allie abrió los ojos como platos.

—Es posible que haya dicho algo así —ella lo palpó por encima de los pantalones cortos—, pero claro, tengo lagunas de memoria, hace siglos que no te tengo dentro.

—Tía, hará unas horas como mucho —Roman se rio y la tomó en brazos—, pero que no se diga que no me ocupo de tus necesidades.

—Que no se diga —Allie se arqueó para susurrarle al oído—. Roman, me muero de ganas...

La polla se le puso como una piedra y la abrazó con más fuerza.

—En ese caso, creo que tu amiga tendrá que esperar un rato —comentó él mientras la llevaba al dormitorio.

Se sentó todo lo rígida que pudo mientras el barco se abría paso entre las olas. Cuando invitó a Roman a bucear, no lo pensó bien. A Becka no le había importado y ella no había caído en la cuenta hasta que ya habían dejado la isla, aquello era...una cita. Bueno, no era una cita de verdad, pero hacía años que no tenía algo tan parecido a una cita.

No le gustaba lo que indicaba eso sobre su vida social... ¿qué vida social?

Era distinto cuando estaban los dos en la parcela. No tenía que pensar en las consecuencias porque estaba claro que se trataba solo de sexo, aunque también era posible que el sexo le embarullara la cabeza y que por eso no le importaba pasar tanto tiempo con él.

En cualquier caso, eso era distinto. Lo que pasaba entre ellos tenía una dimensión pública y le resultaba más fácil cuando podía fingir que le espantaba todo lo suyo menos el cuerpo.

Esa falacia no se había sostenido cuando habían estado juntos esa mañana. No era solo un apaño sin sentimientos. Era un hombre con un pasado, un presente y un futuro y tenían algunas cosas en común, aunque fuesen superficiales. Ella entendía su soledad porque sentía lo mismo por dentro. Él la hablaba como si le importara lo que pensaba, aunque la mayoría de las veces habían estado tan ocupados que no habían hablado de casi nada. Daba igual. El meollo de la cuestión estaba allí y si él tuviera la más mínima oportunidad, ella acabaría confesando sus sentimientos más profundos.

Se dio la vuelta para mirarlo y apoyó la espalda en la barandilla del barco. No parecía muy contento. No había tenido vacaciones y ella lo había invitado a ir allí para seguir pasándolo bien juntos. Y estaba estropeándolo. Le espantaba haber sido quien le había aguado la fiesta en el barco, de la visión de todas esas mujeres. ¡Basta!

Se mordió el labio inferior, pero ya no había quien contuviera el torrente de palabras.

—No soporto que te miren de esa manera.

Él parpadeó, y volvió a parpadear cuando cayó en la cuenta.

—Estás celosa.

—Yo no diría eso.

Aunque era exactamente lo que diría.

Roman se acercó a ella y le pasó la mano por un costado hasta que el pulgar le rozó el pecho por encima del traje de baño.

—¿Crees sinceramente que me interesa alguien más?

Ella no lo sabía y ese era el problema. Era más que posible que la hubiera abordado la primera noche porque eran las dos únicas personas que estaban en el restaurante. Allie se dio un toque de atención, no podía seguir así, ella no hacía esas cosas. Dudar de sí misma era dañino y ya no tenía tiempo para majaderías. Además, no se lo perdonaría si eso le impedía disfrutar del tiempo que le quedaba con Roman. Tomó aire lentamente.

—De acuerdo, estoy celosa. Es posible que no fueses mío, pero sí lo eres ahora y no me gusta que te miren como si fueses un pedazo de carne que se comerían de cena.

Roman soltó una carcajada y el sonido le retumbó en el pecho y más abajo. Metió un dedo por debajo del traje de baño y se acercó peligrosamente al pezón.

—Sabes perfectamente que eres la única que me tendrá de cena.

Ella no consiguió encontrar aire para reírse cuando él restregó las caderas contra las de ella y le comunicó lo mucho que le gustaría se lo cenara. Allie le puso las manos en el pecho.

—No hay ningún sitio privado en este barco.

—Si lo hubiera, ya estaríamos allí y yo estaría dentro de ti —el pulgar de Roman alcanzó el pezón—. Ni siquiera te pediría que fueses discreta, te follaría con tantas ganas que gritarías cuando te corrieras alrededor de mi polla para que todo el mundo supiera a quién pertenece.

A quién pertenece...

Ella no supo qué decir y se puso de puntillas y lo besó. Le rodeó el cuello con los brazos y se estrechó contra él para decirle sin palabras lo caliente que le ponía, cuánto agradecía que le hiciera pensar en otra cosa.

También notó, como a lo lejos, que el barco giraba y se paraba y que el hombre que lo llevaba se aclaraba la garganta.

—Nos prepararemos aquí y podrán explorar el arrecife.

Estaba tan concentrada en el calor que le llegaba a las mejillas que no prestó atención.

Roman se apartó lo justo para colocarle bien la parte de arriba del traje de baño, se puso detrás de ella y le rodeó la cintura con los brazos. Tenía la verga contra su trasero y esa protuberancia extensa le impedía concentrarse plenamente en las instrucciones. Él lo sabía, maldito fuese, y le rozó la oreja con los labios.

—Presta atención.

—Deja de distraerme.

Ella contoneó un poco las caderas para frotar el culo contra él.

El instructor había terminado por fin y estaba repartiendo tubos para bucear y chalecos salvavidas. Allie se soltó de Roman y fue hasta donde estaba Becka, quien la miró elocuente.

—Creía que ibais a montároslo ahí mismo.

Ella se puso roja como un tomate, pero intentó desmentirlo entre risas.

—No seas ridícula.

—No soy ridícula, es verdad —Becka sonrió y miró por encima del hombro de Allie con las cejas arqueadas—. ¿Qué te parece eso?

Ella se dio la vuelta justo cuando otra de las mujeres se acercaba descuidadamente a Roman. Llevaba un bikini tan diminuto que rozaba lo indecente, pero estaba muy segura de sí misma. Normalmente, eso habría

bastado para que quisiera chocar las cinco con ella, pero la morena estaba tirándose a Roman con la mirada y lo que quería era chocarle los cinco en su cara. La mujer se acercó a él sonriente y con movimientos seductores, le puso la mano en el brazo y se inclinó hasta que los pechos, poco tapados, se aplastaron contra su bíceps.

Él se quitó las gafas de sol y miró con tanta frialdad el punto donde lo había tocado que ella dio un respingo y retrocedió un paso. Roman la miró un rato con una expresión nada amistosa y se dio la vuelta para tomar el equipo de buceo. Se lo puso apresuradamente, dejó las gafas de sol encima de la toalla y se metió en el agua.

Todo ello sin haber dicho una sola palabra.

Becka silbó en un tono muy bajo.

—Le daría un nueve por el corte y otros dos puntos por el mutis.

Allie fue a reírse, pero tosió para disimularlo.

—Eres tremenda.

—No, lo tremendo fue ese intento de levantártelo —lo dijo en voz tan alta que fue imposible que la otra mujer no lo oyera—. ¿A quién se le ocurre? Él estaba a punto de arrastrarte al mar y echarte un polvo contra el costado del barco y ella se creía que tenía alguna posibilidad. A esa tía le pasa algo.

Allie le dio un codazo, aunque estaba de acuerdo con todo lo que había dicho su amiga. Todas sus preocupaciones parecían una nimiedad en comparación con lo que acababa de pasar. Bueno, eran una nimiedad incluso antes de que Roman le diera ese corte a esa mujer. Era una aventura en el paraíso y no iba a complicar las cosas sin motivo.

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Capítulo 11

Roman se lo pasó de maravilla. Esa tensión tan rara que se había adueñado de Allie desapareció en cuanto se metieron en el agua y pasaron varias horas explorando el arrecife o flotando entre las olas. Cuando el barco volvió a dejarlos en la isla, ella estaba rodeada por el brazo de Roman y charlaban animadamente con Becka. Él se había imaginado que su amiga comentaría algo sobre su relación, pero pareció tomársela como la cosa más normal del mundo.

Las llevó a su parcela y las dejó allí. Aunque habría querido llevarse a Allie a su parcela, también comprendía que necesitaba un poco de espacio.

Además, a él también le vendría bien un poco de espacio.

Jamás había estado tan confuso. Le gustaba Allie y quería que todo le saliera bien. Joder, la deseaba con todas sus ganas. Sin embargo, ella había tenido razón esa mañana. Había que tener en cuenta muchas más cosas además de lo que estaban viviendo juntos en West Island.

Entró en la casa y se sentó con los papeles que había recopilado el día anterior. Le habría encantado que Allie le hubiese dado voluntariamente la información, pero lo cierto era que estaba bloqueándolo. Ella tenía motivos para no querer sincerarse, y él los respetaba, pero eso no se trataba de lo que sentía hacia ella, eso eran negocios.

Tenía que separar las dos cosas.

Allie necesitaba su ayuda, aunque no lo sabía todavía. Si esperaba a que estuviese dispuesta a hablar de eso con él, si lo estaba alguna vez, pasaría la oportunidad y ella podría perderlo todo.

Tenía que saber lo que no sabía sobre el dichoso gimnasio y tenía que saberlo en ese momento. Sofocó el remordimiento que había intentado disuadirlo y empezó a investigar por el principio, por Allie y su familia.

Era una historia que ya había visto antes. Un padre alcohólico y una madre que había escapado con su hija cuando los maltratos habían llegado a ella. Una vida complicada, pero que no había impedido que Allie se licenciara en la universidad con matrícula de honor y casi sin deudas de estudiante. Había trabajado como una mula para sacar adelante Transcend con el dinero que le había dejado su madre cuando falleció, hacía tres años. El albergue se creó como una organización sin ánimo de lucro y llevaba el nombre de su madre.

Sin embargo, para que una organización sin ánimo de lucro pudiera mantenerse había que trabajar mucho y hacer mucho la pelota, algo que, evidentemente, Allie no sabía hacer. No ingresaba lo suficiente para cubrir costes y había estado sacando dinero del gimnasio y de sus propios ahorros.

Sacudió la cabeza. La solución era fácil. Había que traspasar la organización sin ánimo de lucro a otra persona y hacer una franquicia con Transcend. Todo se equilibraría y empezaría a dar beneficios.

Entonces, ¿por qué se oponía ella tanto a la idea?

Sabría cómo actuar cuando supiera la respuesta a esa pregunta. Suspiró. No era tan sencillo. No era un posible cliente al que podía manipular sin remordimiento para que hiciera lo que él quisiera. Era Allie. No quería hacerle daño aunque, en definitiva, fuese por su bien. Quería que ella confiara en él, que le dejara ayudarla.

Siguió leyendo. Su padre maltratador era espantoso, pero eso no explicaba por qué estaba tan empeñada en hacerlo sola. La mujer que había empezado a conocer durante los dos últimos días era fuerte e inteligente, pero no una maniática del control como se había esperado. Eso era lo único que explicaría su insistencia en no permitir que el inversor que él representaba entrara en la empresa.

Desesperado, repasó otra vez los papeles. Nada y, además, podría decirse que había traicionado la confianza de ella al hacer esa investigación. Mierda. Había indagado lo más elemental cuando encontró la empresa, pero Allie Landers estaba limpia como una patena y, aparte de los informes económicos de la empresa y el expediente académico, no había rebuscado más.

Le habría gustado no haberlo hecho en ese momento tampoco.

Volvió a meter los papeles en la carpeta y la guardó en un cajón debajo de la encimera de la cocina. No había una solución fácil. Había prometido que dejarían los negocios para Nueva York, pero la única manera que tenía de saber qué era lo que la detenía era hablar con ella... Él era un puñetero

hombre de negocios y se había metido en un buen jaleo.

Lo único que podía hacer era disfrutar el tiempo que estuviesen juntos. Si intentaba presionarla, ella daría por zanjado todo el asunto. A Allie le daba igual que se terminara el plazo porque no tenía ningún interés en vender su empresa.

Lo cual era un problema, porque todo el maldito barco estaba hundiéndose. Dentro de seis meses ya habría naufragado y lo habría perdido todo. Si confiase en él, podría ocuparse de todo. Aunque ese era el problema. Él sabía que quería lo mejor para el gimnasio y para Allie, pero ella no lo sabía. Daba igual que hubiese intentado decírselo de mil maneras, la verdad era que no había hecho nada para ganarse su confianza y era muy poco probable que lo consiguiera antes de que pasaran los próximos cuatro días.

Se quedó sentado y pensándolo durante casi una hora, aunque no se encontró más cerca de encontrar una solución que cuando empezó a pensar en ella.

¿Qué coño iba a hacer?

Ven a cenar conmigo. Ponte de punta en blanco.

Allie miró la nota que le habían llevado con la merienda que había pedido Becka. Notó que se le formaba una sonrisa ridícula e intentó contenerla. Una nota de Roman no debería alegrarle el día, y menos después de haber estado buceando por la costa de la isla, pero el corazón se le aceleró un poco al saber que él estaba pensando en ella y organizando algo para esa noche.

—Te ha mandado otra nota, ¿verdad?

Becka salió de su cuarto con un vestido cruzado que dejaba ver sus piernas y realzaba su delgada figura. Se había recogido el pelo azul en un peinado que podría llamarse zarrapastroso y chic y sonreía como si fuese un gato que se había comido el canario.

—No sé si es encantador hasta decir basta o una cursilada intragable.

—Las dos cosas —ella intentó parece imperturbable, pero no se le borraba la ridícula sonrisa—. Es patético.

—No es patético. Está prendado —Becka la miró con los ojos entrecerrados—. Los dos estáis prendados.

—Yo no puedo estar prendada de Roman Bassani. Solo nos quedan unos días y luego volveremos a ser enemigos otra vez.

Eso sí consiguió borrarle la sonrisa. Le costaba pensar que llegaría un

momento en el que Roman y ella serían adversarios, pero no había otra alternativa. Él quería su gimnasio y ella no lo soltaría jamás. Fin de la historia y el final para ellos. Lo que había pasado en la isla no cambiaría nada.

Becka tomó unas frutas de la comida que les habían llevado.

—Sabes que tiene un cliente que quiere invertir en Transcend, pero ¿sabes por qué?

—Por lo mismo que se presentan todos los inversores cuando se enteran de que las cuentas no me salen tan bien como me gustaría. Creen que pueden hacer una franquicia con esa mezcla de ejercicio y nutrición que está tan de moda. Les da igual al albergue y, seguramente, lo dejarían al margen si tuvieran el control. Al fin y al cabo, chupa mucho dinero y a ellos no les interesa el futuro de esas mujeres —Allie sacudió la cabeza con vehemencia—. No puedo ponerlo en peligro. La empresa no va tan mal como para tener que ceder a las ofertas que nos hacen Roman y las otras personas como él. Nos va bien.

No les iba nada bien. Debería haber organizado una recaudación de fondos o algo así para el albergue, pero estaba tan ocupada dirigiendo el gimnasio que lo había postergado, y se arrepentía en ese momento.

—¿Cómo lo sabes?

Allie volvió al presente.

—¿Qué?

—¿Cómo sabes lo que tiene pensado Roman para Transcend? —Becka se metió un trozo de piña en la boca—. ¿Habéis hablado del asunto?

—No, ni vamos a hablar —Allie frunció el ceño por la mirada de incredulidad de su amiga—. Tú querías que follara como una loca en vacaciones y eso implica no hablar de trabajo. Es la única condición que hemos puesto y no voy a incumplirla. Acabaría en otra pelea y a lo mejor no podríamos reconciliarnos en la cama... —Allie se pasó una mano por la cara—. ¿Qué estoy haciendo? Todo esto fue un error.

Becka se levantó de un salto.

—Ni se te ocurra. Siento haber tocado un tema sensible. Creía que solo estaba haciendo una pregunta —fue hasta donde estaba Allie y la llevó a su cuarto—. Arréglate. Luego, vuelve aquí y bebemos un trago para darnos valor. No volveremos a hablar de esto, al menos, durante los próximos días.

—No tienes que sentirlo. Yo soy la que está portándose como una chiflada —Allie se paró nada más entrar—. Él me gusta...

—Ya lo sé.

Ella no supo si eso era un consuelo o un motivo de preocupación y no dijo nada. Cerró la puerta con delicadeza y rebuscó en el equipaje para ver si tenía algo que pudiera decirse que era de punta en blanco. Había llevado dos vestidos algo más especiales, por si acaso, y los había dejado en la cama que no solía usar. Uno era un vestido negro, sencillo y vaporoso, que tenía un escote muy bonito. El otro era uno de dos piezas con una falda tubo beis y un top tipo corpiño. Normalmente, para algo parecido a una primera cita, iría a lo seguro con el vestido negro y dejaría la posibilidad más moderna hasta que supiera si el tipo era un capullo o no. Sin embargo, ya sabía lo que era Roman y lo que pensaba de ella.

Volvió a sonreír y se decidió por el corpiño y la falda tubo.

Se arregló con calma, se peinó hasta que el pelo le quedó como las olas de la playa y se maquilló lo suficiente para que no se le derritiera en cuanto saliera de la parcela o cuando llegaran a donde iba a llevarla Roman. Lo remató todo con las sandalias de cuña con tiras. Tenían un tacón de unos ocho centímetros y sería casi tan alta como él, algo que le gustaba más de lo que debería. La virilidad de Roman no era tan frágil como para que necesitara que ella fuese más baja, y esa era una de las cosas que le gustaban de él.

¡Le gustaban muchísimas cosas de él!

Becka sonrió cuando la vio volver a la sala de la casa.

—Caray, hay alguien que lleva las bragas de seducir...

—No llevo bragas.

—Lo cual, respalda lo que había dicho —Becka se rio—. Después del espectáculo en el barco, si no cae sobre ti como un hombre hambriento en cuanto te vea, me como un zapato.

Allie no quería dar por supuesta la reacción de Roman, fuera cual fuese, y se dirigió hacia la puerta sacudiendo la cabeza.

—¿Hasta mañana...?

—Siempre que mañana sea después de las once —Becka dejó el plato y el tenedor en el fregadero—. He quedado con Luke después de su turno y pienso darle caña toda la noche.

—¿Te gusta?

—Me gustan algunas cosas de él —Becka se encogió de hombros—. No tiene la más deslumbrante de las personalidades, pero tiene una polla descomunal y unas manos mágicas, así que es perfecto para el sitio y el

momento —Becka sonrió, pero no se le reflejó en los ojos—. Ya me conoces, no me enredo con esas gilipolleces sentimentales. Me gusta mi vida como es. No tengo tiempo para perderlo con algún tío carente de afecto que espera que me desviva por él.

Allí había algo más, pero nunca había llegado al meollo del asunto en los años que hacía que conocía a Becka. Aunque su amiga era despreocupada, era muy estricta en todo lo que pudiera parecerse a una relación sentimental. Le gustaba desdeñar entre risas cualquier asunto serio y ella respetaba esa petición tácita de no sacarlo a relucir.

Aunque ella tampoco podía hablar porque solo había salido esporádicamente con algunos hombres durante todo ese tiempo.

—¡Chupitos! —Becka sirvió dos vasos con vodka y le pasó uno a ella—. Por una noche follando como locas y para que disfrutemos de las vacaciones a tope.

Chocaron los vasos.

—Mañana, ¿por qué no hacemos algo solo las dos?

—Claro... siempre que no estés usándome de excusa contra Roman —Becka se bebió el vodka de un sorbo—. Si quieres pasar el resto del viaje con él, deberías hacerlo. Soy muy capaz de entretenerme sola y, además, en Nueva York pasamos más tiempo juntas que con nadie más.

Eso era irrefutable, pero... Se bebió su chupito y cerró los ojos mientras el alcohol le quemaba la garganta y le creaba una calidez muy agradable en el estómago.

—No quiero abandonarte.

Además, tampoco estaba tan segura de que quisiera pegarse tanto a Roman. Ya le costaba bastante mantener los límites entre ellos, entre la isla y Nueva York, entre el presente y el inevitable futuro. Llegar a conocerlo mejor empeoraría las cosas. Salvo...

—Lo pensaré —añadió Allie.

—Hazlo —Becka le quitó el vaso de la mano—. Ahora, lárgate. Cinco pavos a que te echa un polvo directamente en el jardín.

—Tienes que dejar de apostar sobre cuánto vamos a tardar en echar un polvo.

Sin embargo, se rio. Podía dejar aparcadas las preocupaciones por lo que le depararía el futuro...al menos, unos días más.

Lo resolvería todo cuando volviera a Nueva York.

Capítulo 12

Lo tenía todo preparado. Había puesto la mesa en el jardín que daba a la puesta de sol, la comida estaba en distintas bandejas calientes, las velas, las mejores intenciones...

Entonces, ella salió de entre la espesura y la sangre se le bajó de la cabeza a la polla. Llevaba una falda beis ceñida a las caderas y un corpiño que le levantaba los pechos como si se ofrecieran a su boca. Las sandalias tenían un poco de tacón que le resaltaban los músculos de las piernas y...

Se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Coño, Afrodita...

Su sonrisa fue una recompensa suficiente, pero él no iba a ser el caballero que había pensado ser en un principio. Sobre todo, cuando estaba mirándolo con esos ojos insinuantes y le había rodeado el cuello con un brazo. Su sonrisa se hizo más amplia cuando rozó sus caderas contra las de él.

—Hola.

—Hola —él le tomó el trasero con una mano y le pasó el pulgar de la otra por la piel que le quedaba al aire entre la falda y el corpiño—. Estás impresionante.

—Gracias —ella lo miró de arriba abajo—. Tú también.

Hacía demasiado calor para llevar pantalones largos, pero se había puesto unos pantalones cortos color caqui y una camisa abotonada que podía decirse que era ir de punta en blanco para lo que se estilaba en la isla.

—¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre —ella metió los dedos en las trabillas del cinturón —, pero no de comida. He estado pensando en ti desde que estuvimos en el barco —ella se estremeció un poco y a él se le puso más dura todavía—. La comida puede esperar y a ti te necesito ahora.

Allie le soltó el cinturón en un abrir y cerrar de ojos y le bajó los pantalones.

Él no pudo pensar cuando vio la expresión de ella.

—Sigues celosa.

—No —se arrodilló delante de él y le tomó la verga con una mano—. Lo estuve. Tú no hiciste nada y yo no tenía por qué estarlo, pero sucedió.

Él introdujo los dedos entre su pelo.

—Puedes sentir lo que te dé la gana.

—Ya lo sé.

La observó pasarse la lengua por los labios y se le aceleró el corazón. Estaba celosa de la mujer del barco. No se acordaba de su nombre, pero era hermosa y segura de sí misma. Quizá se hubiese fijado en ella si no estuviese completamente cautivado por Allie.

—¿Crees que hay alguna mujer que pueda compararse contigo en el dormitorio?

—Estábamos en un barco.

Ella volvió a acariciarlo, pero parecía conformarse con hablar por el momento.

—Eso es verdad...

—No me interesa competir con otra mujer por absolutamente nada. La vida no es un juego en el que las ganancias de uno se compensan con las pérdidas de otro y muchas veces nos enfrentamos entre nosotras cuando los únicos que salen ganando son los hombres... —hizo una pausa cuando él se limitó a mirarla—. De acuerdo. No me gustó nada que te tocara y quise tirarla al mar. No me enorgullezco de eso.

Le habría gustado ver la furia de su mirada cuando sucedió todo, pero, seguramente, fue mejor que no la hubiese visto. A él no tenía por qué complacerle que estuviese celosa, pero, aun así, le complacía.

Introdujo más los dedos entre el pelo y le acarició la nuca.

—Solo me interesas tú.

—Durante los próximos días.

Para siempre.

Sin embargo, no podía decirlo. Era demasiado pronto a pesar de las circunstancias agotadoras. Aunque nunca había dejado de perseguir lo que quería, y quería a Allie Landers. Solo tenía que darle un motivo para que le dejara intentarlo.

Tenía que concentrarse...

—Chúpamela, Afrodita. Muéstrame lo poco dispuesta que estás a compartirme.

Ella arqueó una ceja perfecta.

—Estoy muy poco dispuesta a compartirme.

Le lamizó la parte inferior de la polla como si fuese una piruleta y luego se la metió en la boca hasta el fondo.

Roman tuvo que hacer un esfuerzo para mantener los ojos abiertos, para mirar sus preciosos labios rosas. Le lamía y mamaba sin dejar de mirarlo a los ojos, parecía como si quisiera reclamar la posesión de su verga de tal manera que sentía una especie de chispazos por la espalda y los huevos a punto de estallar. Sin embargo, no iba a explotar sin haberla tocado antes.

—Ven...

La levantó y la sentó en una butaca. Se arrodilló y le levantó la falda. No llevaba nada debajo y él se quedó sin aliento cuando la encontró húmeda y dispuesta. Todavía no, pero paladearla no podía hacer daño a nadie. Le puso las piernas por encima de los brazos de la butaca, bajó la cabeza y le pasó la lengua. No se cansaría jamás, por mucho que viviera, del sabor de Allie. Ella gimió y arqueó la espalda para ofrecerse mejor.

—Acaríciate, Roman, hazlo por mí.

Se quedó helado y estuvo a punto de correrse por lo que acababa de oír. Le sujetó un muslo con una mano y se acarició la polla con la otra, pero no iba a correrse antes que ella. Le pasaba la lengua por el clítoris, alternaba los círculos con esos lametones verticales que sabía que le gustaban tanto, la devoraba arrastrado por sus gemidos y contorsiones. Estaba llegando. A él se le habían subido los huevos, pero la follaba con la lengua y gruñía en su coño. Necesitaba más, la necesitaba a ella.

Allie introdujo los dedos entre su pelo mientras se corría gritando su nombre. Él se agarró la polla con más fuerza, aumentó el ritmo y la siguió, tuvo a un orgasmo tan intenso que vio las estrellas. Se apartó un poco, le besó los dos muslos y le bajó la falda.

—Ahora, vamos a cenar.

Allie se quedó desfallecida en la butaca.

—No está mal para empezar una comida...

—No...

Roman le besó el abdomen y le colocó bien la ropa. Luego, se subió los pantalones y ella lamentó tener que dejar de verlo. Era magnífico. Vestido estaba muy bien, pero desvestido estaba mucho mejor.

Sacó la comida en dos platos con una naturalidad y eficiencia casi profesionales. Cuando volvió a poner en su sitio un tenedor que se había torcido, ella supo que tenía que ser verdad.

—¿Cuánto tiempo fuiste camarero?

—Seis años. Mis padres me pagaron la matrícula de la universidad, pero como creen firmemente que hay que trabajar para conseguir lo que merece la pena tenerse, el resto tuve que costéarmelo yo. Trabajé en un restaurante para pagarme la comida, el alojamiento, los libros y demás gastos de todo tipo que tienes cuando estás en la universidad —Roman sacudió la cabeza—. No volveré a hacerlo jamás. Los trabajadores que trabajan toda la vida en la restauración o son santos o están locos. Nada saca tanto al gilipollas que la gente lleva dentro como ese pequeño poder que se creen que tienen cuando salen a cenar.

Ella, por los comentarios que había hecho él, había dado por supuesto que se había criado en un ambiente acomodado, le gustaba que hubiera tenido que trabajar para conseguir una parte.

—Seguro que das buenas propinas.

—Puedo permitírmelo —replicó él encogiéndose de hombros como si le diera igual.

Allie miró la comida para no seguir hablando de algo que, evidentemente, lo incomodaba. Era interesante. No le había importado hablar del trabajo, pero había cerrado la boca en cuanto había surgido algo que podía indicar que era una buena persona. Dio un sorbo de vino.

—Yo trabajé en la barra de un bar cuando estaba en la universidad, en el O’Leary’s —ella captó que él lo conocía—. Los ricos son los que peores propinas dan, a no ser que crean que pueden acostarse contigo. Te lo aseguro, es algo que los camareros no dan por supuesto.

—No hace falta que hagas eso.

—¿Qué...?

Ella dejó el vaso y le prestó toda su atención. Roman la miró con detenimiento.

—No hace falta que me convenzas de que no soy un cabrón absoluto. Ya sé que no lo soy. Es posible que no sea el mejor tío del mundo, pero tampoco soy el peor. Soy normal.

Allie resopló antes de que pudiera evitarlo.

—Roman, serás muchas cosas, pero no eres normal.

Y no se refería solo al tamaño de su polla. Era decidido e inteligente y le había ido muy bien. Aunque no debería, lo preguntó en cualquier caso.

—¿Por qué estás en este sector de las inversiones? ¿Por qué no estás en bolsa o en algo que...?

Allie se calló antes de que dijera lo que estaba pensando. ¿Por qué no estaba en algo que no implicara quitarle cosas a los demás? Aunque, a juzgar por su forma de mirarla, él sabía perfectamente lo que estaba pensando.

—Ya sé que no lo parece, pero no soy el enemigo; ni tuyo ni de las demás personas a las que ayudo a entenderse con los inversores. La mayoría acaba agradeciéndomelo.

Ella no lo dudaba. Roman no era un charlatán farsante, pero su personalidad podía eclipsar todo lo demás, como el sentido común y el raciocinio. Si se lo proponía, podía acabar convenciendo a cualquiera de que el cielo era verde. Incluso en ese momento, ella estaba intentando encontrar la manera de asimilar que era una persona buena y no el coco que había dado por supuesto que era durante meses.

La verdad, no era ni el malvado ni el rollito de vacaciones, al menos, al cien por cien. La realidad era mucho más complicada.

Dio un sorbo de vino y revolvió la comida del plato.

—Ya sabes a dónde quiero llegar.

Él tardó un rato en replicar.

—¿Quieres hablar de negocios?

Cuanto más tiempo pasaban juntos, más claro estaba que tendrían que acabar hablando, y, seguramente, antes de que se marcharan de la isla...pero ella no quería que fuese esa noche.

—No. Siento haber sacado el tema.

—Podemos hablar, Allie —él la miró con los ojos entrecerrados—. Somos adultos y quiero llegar a conocerte mejor, por mucho que me guste follarte contigo.

Eso sonaba a... No sabía a qué sonaba, pero tampoco encajaba con la idea que tenía de los límites que se habían puesto. No encajaba con nada. Tragó

saliva para contener el pánico que se adueñaba de ella. Solo era una conversación. No estaba aceptando nada solo porque estuviese hablando con él. Llevaba todo el viaje hablando con él, pero esa vez le parecía distinto. Significativo. Tomó aire.

—¿Tienes aficiones?

Roman sonrió como si supiese cuánto le había costado hacer la pregunta.

—Trabajo un montón y no tengo mucho tiempo, pero voy a boxear un par de veces a la semana, no es nada competitivo, solo voy a hacer guantes.

Ella podía imaginárselo. Desde luego, tenía el torso de un boxeador, aunque las piernas eran tan sólidas como el resto de él.

—Boxeo y yoga, esa es la combinación perfecta.

Tenía mucha experiencia con el yoga. Ella llevaba años practicándolo y todavía le costaban algunas posturas que él había hecho la otra mañana.

—Los dos me ayudan a luchar contra el estrés, aunque de maneras distintas.

—Estoy segura —ella ladeó la cabeza—. No te queda mucho tiempo para la vida social.

Sabía de lo que hablaba. Ella, entre dirigir el gimnasio y dar clases, tampoco tenía tiempo libre.

—¿Cómo te metiste en el mundo de los gimnasios? —él levantó una mano antes de que ella contestara—. No me refiero al que tienes ahora, me refiero a por qué elegiste ese sector.

Ella empezó a pensar cómo quería contestar, pero acabó cansándose. Le cansaba tener que medir todo lo que le decía. Si confiaba tanto en Roman que le concedía el control pleno de su cuerpo, también podía confiar lo bastante como para poder tener una conversación con él sin temor a que fuera a tergiversarla y a utilizarla contra ella.

Quizá hubiese llegado el momento de tener un poco de fe.

Allie tomó un poco de comida, la masticó despacio y acabó tragándosela, aunque no tenía ni idea de lo que se había comido. Estaba concentrada en Roman y en su conversación. Él no podía saber que esa pregunta, tan inocente en apariencia, abriría una caja de Pandora para ella. Dejó el tenedor apoyado en el plato.

—No tuve una infancia muy sana. Podría haber sido mucho peor, pero los mejores momentos de aquellos años eran cuando mi madre me dejaba que la acompañara al gimnasio. Cuando ella estaba allí, era... —Allie tuvo que buscar la palabra—. Era libre. Tenía un control que no había tenido nunca

mientras estaba casada con mi padre. Cuando la relación terminó para siempre, fue una ciudad nueva, un gimnasio nuevo y una razón de ser nueva. Allí la vi encontrarse otra vez a sí misma, a hacer amigas y a emprender un camino muy largo hacia lo que parecía saludable.

Allie intentó encogerse de hombros con despreocupación, pero tenía todos los músculos tensos.

—Empecé a ir para que tuviésemos algo en común, pero la verdad era que me gustaba. Nunca me especialicé en el aspecto nutricional, pero como bastante bien. Me gusta la comida, me gusta el ejercicio y me gusta dar un sitio seguro a las mujeres como mi madre. Todo se reúne en Transcend.

Roman estaba tan quieto que parecía que no había respirado mientras ella hablaba.

—Siento que tu padre fuese así de cabrón.

—Yo también.

Una vez llegó a preguntarse si la relación de sus padres se habría estropeado porque nació ella, pero había visto demasiadas cosas como para que ese remordimiento se justificara. Él habría sido igual aunque la mujer hubiese sido distinta, hubiesen tenido una hija o no, e independientemente de los factores estresantes que alegaba para perder los estribos.

Miró a Roman, intentó imaginárselo bebiendo hasta el punto de maltratar a una mujer y no lo consiguió. Tenía una vena despiadada y quizá ella fuese una ingenua, pero no tenía nada que le diese miedo. Además, ¿por qué estaba pensando en eso?

Porque tenía que hacerlo.

Salvo que todo eso terminara cuando llegaran a Nueva York y ya diera igual cómo era cuando no estaba de vacaciones porque ella no tendría ocasión de comprobarlo.

Se hundió en la silla solo de pensarlo. Revolvió la comida otra vez. No podía querer nada más con Roman. La condición para estar juntos era que no hablaran de las cosas más importantes de sus vidas respectivas, del gimnasio de ella y del trabajo de él. Era insostenible, aunque una parte de ella quería que no lo fuese.

Capítulo 13

Roman notó el momento exacto en el que Allie empezó a cerrarse en sí misma. Había estado presionando con preguntas y lo había hecho intencionadamente, pero porque no sabía casi nada de ella. Debería haberlo hecho para sacar provecho, pero solo lo había hecho porque, sinceramente, quería saber cosas de ella. Se aclaró la garganta.

—Te envidio en cierto sentido.

—¿Por qué?

Ese alejamiento desapareció de sus ojos azules y la devolvió al presente. De perdidos, al río. Ella le había dejado vislumbrar su pasado y él no podía ser menos.

—Antes te dije que no veía mucho a mis padres cuando era pequeño — Roman resopló—. Es posible que me quedara corto. Estaban más tiempo fuera que en casa. No fue un trauma cuando era pequeño, solo me sentí un poco a mi aire, pero luego, cuando fui más joven, habría dado mi brazo izquierdo por haber pasado ratos con cualquiera de ellos, como tú con tu madre.

Allí se inclinó hacia delante para no perderse nada.

—¿Por qué no tuvieron más hijos aunque solo fuera para que pudieras estar con alguien?

—A mi madre no le gustaba quedarse embarazada ni lo que llegaba después. Es revelador oír eso a los cinco años, por decirlo suavemente.

—Roman...

—No —él agitó una mano con despreocupación—. No necesito más compasión que tú. Mis necesidades están cubiertas y mis padres me quisieron a su manera. Lo que pasa es que se amaban y viajaban un poco más. Tenía un montón de empleados que se ocupaban de que no me convirtiera en un monstruo, aunque estoy seguro de que Elaine, mi niñera, no pensaría lo mismo

si hubiese vivido para verme convertido en un consultor para adquisiciones de empresas —ella arqueó las cejas y él siguió—. El dinero le parecía un mal necesario, pero siempre me decía que esperaba que tuviera un empleo honrado que no girara alrededor de él.

Hacía más de diez años que no pensaba en esa conversación. Elaine falleció cuando él estaba en el primer curso de la universidad, en su fase rebelde. Mucha bebida, muchas chicas y muchos intentos de hacer algo lo bastante disparatado como para que sus padres se fijaran en él. La muerte de Elaine fue un mazazo, como si lo hubiesen arrojado a un mar gélido. Miró la vida que llevaba y se dio cuenta de que solo estaba haciéndose daño a sí mismo. Sus padres no iban a cambiar nunca y era inútil intentar obligarlos a que fuesen distintos.

—Lo siento —Roman sacudió la cabeza—. Esto se ha puesto intenso...

—Te agradezco que me lo cuentes —Allie se pasó un mechón por detrás de la oreja—. Es raro que no sepamos casi nada el uno del otro, pero...

Allie se movió.

—Follamos como si estuviésemos hechos el uno para el otro.

Roman quiso retirar la palabra en cuanto la dijo. Allie y él ya no follaban. Era algo que estaba a otro nivel y era mezquino rebajarlo.

—Exactamente —confirmó ella con una sonrisa.

Le dolió que ella estuviese de acuerdo tan deprisa, pero ¿acaso había esperado otra cosa?

—¿Y cómo conociste a Becka? —le preguntó él para hablar de otra cosa.

Roman se dejó caer sobre el respaldo de la silla y observó su animada forma de hablar mientras le contaba la historia de dos compañeras de universidad tan arruinadas y desesperadas que aceptaron un segundo empleo en el atroz gimnasio de la facultad. Era muy hermosa. Eso ya lo sabía, claro, tenía dos ojos en la cara, pero era hermosa en lo más profundo de sí misma, era una buena persona de verdad.

Quería ayudarla, pero no podía decírselo. Ella se había cerrado incluso cuando él había hablado del gimnasio en términos generales. Sería un desastre si intentaba hablar de forma más concreta. Tenía que actuar dentro de los límites que se habían fijado, era la única manera.

—No estás escuchando.

Ella no se lo reprochó como si estuviese enfadada, solo constató un hecho.

—Sí, estoy escuchando —Roman consiguió sonreír—. Ese jefe que tenáis

en el gimnasio de la facultad parece un pájaro de cuidado, pero habría que haberlo denunciado por teneros en esas condiciones.

—De acuerdo —ella arqueó las cejas—, lo haces muy bien. Estabas en otra galaxia, pero, aun así, has retenido todo lo que he dicho. Es de locos.

—Un mal inevitable. Enseguida aprendí que en mi profesión conviene tener varias alternativas cuando llega el final de una reunión con un cliente nuevo. Eso implica que tienes que escuchar lo que están diciendo mientras piensas la estrategia. Naturalmente, ofrecen una información preliminar, pero, normalmente, no sé exactamente lo que están buscando hasta que me veo con ellos cara a cara —Roman se encogió de hombros—. Algunas cosas parecen mejores sobre el papel de lo que luego son en realidad.

Allie se mordió el labio inferior y él captó el conflicto que se adueñaba de ella.

—De acuerdo, me rindo, háblame de tu trabajo a grandes rasgos, por favor.

Eso iba a ser fácil, aunque no podía dejar de tener la sensación de que iba a ser una prueba.

—Soy un contable sofisticado. Investigo empresas que parecen buenas inversiones y busco inversores que encajarán bien en ellas. El resultado final puede variar. Algunas veces las desmantelan y vuelven a levantarlas, otras veces las amplían y también pueden convertirlas en franquicias. Normalmente, da buenos resultados para las dos partes y los inversores y yo nos llevamos una buena tajada.

—Supongo que dependerá de lo que tú llares buenos resultados.

Él sabía a dónde quería llegar y aunque no quería discutir, quizá fuese el momento de no seguir sorteando lo que era evidente.

—No voy a decir que todos los propietarios de las empresas se quedan encantados por el procedimiento, pero, en la mayoría de los casos, la alternativa es que han tocado fondo y que pueden perder todo lo que han conseguido trabajando como mulos. Algunas veces hay que transigir.

Ella lo miró fijamente con esos enormes ojos azules.

—¿Tú transiges alguna vez, Roman?

Debería... Bueno debería haber hecho muchas cosas. Se había arrepentido de haber hecho la pregunta en cuanto le salió de la boca, como se arrepentía de muchas de las cosas que le había dicho a Roman desde que se conocieron.

Se levantó.

—Da igual. No paramos de decir que no deberíamos hablar de esto, que deberíamos tomarlo todo a la ligera, y tampoco paramos de hacer exactamente lo contrario.

Aunque había una cosa que se les daba bien, mejor que bien.

Se metió los pulgares por debajo de la cinturilla de la falda y se la bajó con naturalidad. El top le costó algo más, pero consiguió acabar quitándoselo y tirándolo sin parecer tonta del todo. Roman no se había movido, pero estaba agarrándose a la mesa y tenía los nudillos blancos. Consiguió apartar la mirada de sus pechos y la miró a los ojos.

—¿Qué haces?

—Vamos a estropearlo todo por hablar demasiado, y no quiero estropearlo.

Él siguió sin moverse.

—No pasa nada por discrepar. Sería absurdo creer que vamos a coincidir en todo como coincidimos en el aspecto físico.

Ella lo sabía, claro que lo sabía. Solo una niña o una idiota creería que existe la relación sentimental perfecta. Todo el mundo tenía problemas, aunque la mayoría de las veces no eran tan catastróficos como habían sido los de sus padres.

Sin embargo, eso no era una relación sentimental. Tenía que tenerlo presente y eso le costaba tanto como cualquier otra cosa. Sacudió la cabeza.

—Esa es la cuestión. Esto es una fantasía y las discrepancias no caben en las fantasías. Yo te deseo y tú me deseas, dejémoslo en eso.

—Allie...

Ella se dio media vuelta y se dirigió hacia la oscuridad. Él la seguiría, no podía evitarlo. Luego, se acariciarían y todas sus sensaciones conflictivas desaparecerían por un rato. Eso era lo que quería, ya tenía una vida bastante complicada. No le cabían más complicaciones, aunque llegaran en un envoltorio que hacía que el cuerpo se le estremeciera y el corazón se le desbocara.

Follar era más fácil y más seguro.

Aunque no le pareció especialmente seguro cuando llegó a la arena y siguió andando. Allí, con las luces de la parcela a lo lejos y las estrellas como un manto por encima, la naturaleza se sentía más cerca. El rumor del mar sobre la arena hizo que tomara la primera bocanada de aire desde que Roman y ella habían empezado a hablar de cosas que habría sido preferible no hablar.

Echó la cabeza hacia atrás e inhaló con fuerza, llenó los pulmones con ese aire salado y se olvidó de las preocupaciones. Seguía de vacaciones, por mucho que la realidad intentara entrometerse machaconamente. Tenía que relajarse y sería un desastre que volviera a toda esa mierda antes de que estuviera a punto.

Oyó unos pasos por detrás, pero no se dio la vuelta para ver cómo se acercaba Roman. No podría ver más que su silueta y prefería absorber toda la paz que pudiera mientras esperaba a comprobar si él daba por terminada la conversación.

Se paró al lado de ella, tan cerca que sus hombros se tocaron.

—No puedes huir toda la vida de esto.

—No estoy huyendo de nada —era una mentirosa—. Estoy ateniéndome al trato que hicimos. Todo puede esperar hasta que nos vayamos de West Island.

No iba a hablar de lo que pasaría entonces, ni siquiera iba a pensarlo.

—Allie...—su susurro se perdió entre el sonido de las olas que rompían a sus pies—. ¿Eso es lo que quieres de verdad? ¿Solo quieres follar hasta que nos quedemos sin palabras y darle la espalda a todo lo que quedará sin decir entre nosotros?

Era el momento de la verdad. Si decía que había cambiado de opinión sobre el trato, tenía la sensación de que Roman no la juzgaría. Parecía que él quería hablar, hablar de verdad. Era posible que estuviese empezando a sentir lo mismo que ella, que lo que había entre ellos no era solo una cuestión de tener orgasmos a la vez, que quizá hubiese algo más.

Solo tenía que decirle que estaba dispuesta a hablar.

Sin embargo, abrió la boca y se impuso la cobardía.

—Podemos hablar cuando estemos en Nueva York.

Él se dio la vuelta hacia ella, pero tenía la mirada perdida en la oscuridad.

—Prométeme que lo haremos.

—¿Qué?

—Prométeme que no huirás cuando volvamos, que cenarás conmigo y hablaremos.

Eso era imposible. Estaba muy bien en teoría y en ese momento, bajo las estrellas y cuando sus cuerpos se atraían el uno al otro, pero no se sostendría cuando volvieran a la ciudad y a sus vidas de verdad. Él tendría muchas cosas que hacer, los dos perderían el interés y seguirían adelante con sus vidas.

Sintió una opresión en el pecho solo de pensarlo, pero lo dejó a un lado

como todo lo que había dejado a un lado desde que llegó allí.

—Lo prometo.

Roman se acercó, le pasó las manos por las caderas y la espalda, la estrechó contra sí. Se había desnudado antes de ir tras de ella y se estremeció al sentirlo pegado a su cuerpo. No había dejado de decir lo hermosa que era, pero él era una obra de arte.

—Adonis.

—Afrodita —la levantó para que pudiera rodearle la cintura con las piernas—. Vamos a darnos un baño.

Ella no rechazó mientras la llevaba al mar. Roman no entró mucho, se paró cuando el agua le llegaba a ella justo debajo de los pechos. Le parecía una perversión absoluta estar allí con él. Nadie los habría visto aunque estuviesen a plena luz del día, pero la sensación de riesgo hacía que todo fuese más intenso.

El agua le acariciaba los pechos, su piel mojada se le escurría entre las manos, sentía su aliento en los labios... Se arqueó para intentar alcanzar su boca, pero Roman la esquivó.

—¿Te sabes la leyenda de Afrodita?

—Claro —contestó ella parpadeando—. Llegó del mar.

No había terminado de hablar cuando Roman la empujó. Se vio en el aire una milésima de segundo, hasta que cayó en el agua y se hundió.

Salió a la superficie entre maldiciones que se convirtieron en risas.

—¡Estás loco!

—Vamos, no puedes bañarte en pelotas en el Caribe sin hacer el ganso un poco.

La salpicó y desapareció debajo del agua. Ella retrocedió precipitadamente y buscó algún rastro de él en el agua oscura como la tinta, pero no encontró nada hasta que la agarraron del tobillo con una mano y la hundieron en el mar. Se entrelazaron bajo la superficie, ella utilizó los hombros para hundirlo más y salió para tomar aire. Entonces, él le rodeó la cintura con los brazos y la llevó hacia la orilla. Notaba su polla encima del culo y se quedó sin respiración.

—Se acabaron los juegucitos...

Ella se rio del tono cursi, pero fue un sonido forzado.

—Solo querías mojarme entera...

—Mmm —él le tomó los pezones entre los pulgares y los índices—. Vamos. Me encantaría hacerlo aquí y ahora, pero los condones están en la parcela.

Ella estuvo a punto de decir que le daba igual, pero cerró la boca y asintió con la cabeza. Le encantaría echar un polvo sin condón con Roman, pero no podía ocurrírsele una idea peor.

—Sí, vamos a la parcela. Ahora mismo.

Antes de que ella hiciera algo que los dos lamentarían.

Capítulo 14

La llevó por la arena sin hacer caso de la tensión que se adueñaba del cuerpo de ella a medida que se alejaban de la orilla. Tenía demasiado tiempo para pensar. Estaban teniendo un cuidado escrupuloso para no rozar asuntos que los enfrentarían, pero él anhelaba esa parte de ella tanto como las demás. Allie no era la hermosa sirena que se sentía como pez en el agua con el mar color turquesa de fondo.

Era una mujer fuerte que no se había dejado derrotar por circunstancias que no podía controlar. Había luchado con uñas y dientes para conseguir todo lo que había conseguido en muy poco tiempo y era una putada que no hubiese salido según lo previsto.

Él no quería que ella se quedara sin Transcend, como tampoco ella quería perderlo, aunque solo fuera porque sabía el daño que le haría. Y él llegaría muy lejos para ahorrarle todo el dolor que pudiera.

Subió las escaleras del porche y fue directo al dormitorio. Ella no le agradecería que le estropeará el buen humor con una conversación seria e, incluso, llegaría a marcharse si sacaba el tema prohibido. No podía hacer absolutamente nada para cambiar eso y no estaba acostumbrado a sentirse tan atado de pies y manos.

No podía emplear palabras para tranquilizar a Allie, pero sí podía emplear el cuerpo.

—Roman...

El titubeo que captó en su voz lo aniquiló. La dejó en el suelo, pero no la soltó. Desnuda y mojada, parecía una sirena de verdad, y parecía que la habían mandado para tentarlo.

—¿Pasa algo? —preguntó ella parpadeando.

—No.

No pasaba todo lo que él quería que pasara. Le gustaba Allie. Admiraba su fuerza y quería reforzarla, quería ser un apoyo inamovible para cuando ella lo necesitara. Si había algo que sabía con certeza sobre la mujer que tenía entre los brazos, era que no bajaba las manos, que no le pasaba el peso de sus cargas a nadie... y él quería soportar ese peso, al menos, un tiempo.

Le tomó la cara entre las manos y le acarició los pómulos con los pulgares.

—Quiero que nos limitemos a ser nosotros dos mientras estamos aquí. Sin pasado y sin preocupaciones por el futuro. Solo tú, Allie, y yo, Roman, dos personas que disfrutan estando juntas.

—Eso es muy bonito —ella se mordió el labio inferior—, pero no sé si es posible olvidarse de todo y fingir que no existe.

—Afrodita... —él le besó el labio, justo donde todavía le quedaba una marca de los dientes—. Solo existimos nosotros, la diosa del amor y Adonis.

—Sabes que ese mito acaba mal, ¿verdad? —le preguntó ella entre risas.

—Es mitología griega y no hay finales felices —Roman le besó la obstinada barbilla—. Que les den. Esta es nuestra historia.

Ella titubeó un instante tan breve que casi ni se notó.

—Sí, esta noche, los tres días que quedan. Solos tú y yo...

Aunque Roman no quería ningún tipo de límite, también sabía cuándo no debía forzar su suerte. Allie le había dado más de lo que había esperado y tenía que alegrarse por eso.

—Voy a llevarte a la cama.

—¡Por fin! —Allie dejó escapar un suspiro muy teatral—. Creía que nunca llegaríamos a la parte buena.

—Todas las partes son buenas —la empujó hacia la cama, la tumbó y se inclinó sobre ella—. Dime qué te apetece, esta noche, tus deseos son órdenes para mí.

—¿Solo esta noche? —preguntó ella con ese ligero tono de vulnerabilidad tan característico suyo.

Siempre, no solo esa noche... Se le escapaban unas promesas que no tenía por qué hacer. Sabía que deseaba a Allie, pero también se daba cuenta de que solo le quedaban tres días y eso le producía una desesperación que lo atenazaba por dentro. La miró y su expresión de necesidad le oprimió el pecho. No quería perderla. Tragó saliva.

—Empezaremos por esta noche y ya veremos qué pasa.

—Bésame, Adonis —ella sonrió y se arqueó para estrechar su cuerpo

contra el de él—. Acaríciame, abrázame, fóllame...

Esa noche no iban a follar, hacía días que habían pasado de ese punto, aunque él no podía decir cuál fue el momento exacto en el que Allie dejó de ser una mujer impresionante que lo volvía loco y pasó a ser una mujer con un interior tan cautivador como lo que sentía cuando le montaba la polla. No se trataba solo de follar, por mucho que ella quisiera engañarse.

Quizá siempre hubiese sido así de complicado...

Se tumbó a su lado en la cama y le besó el cuello.

—Aquí... —Roman se puso de costado para llegar a todo su cuerpo y le besó el hombro—. Aquí...

—Se me ocurren algunos sitios que me gustaría...

—Puedo imaginármelo —la puso de costado para pegarse a su espalda y le tomó los pechos con las manos—. Abre los ojos.

Se quedó helada cuando se encontró con la mirada de él reflejada en la ventana que había al otro lado de la cama. La oscuridad del exterior y la única lámpara que había encendida hacían que el cristal fuese un espejo.

La besó con la boca abierta por detrás del cuello y se separó un poco para que el aliento le acariciara la piel húmeda. Ella se estremeció y se arqueó para presionar los pechos contra sus manos.

—Me gusta.

—Solo estoy empezando —le tomó los pezones entre los dedos y se los pellizó con delicadeza—. Me encanta que se te sonroje la piel cuando te gusta lo que te hago.

Ella levantó la cabeza y frunció el ceño.

—El reflejo no es tan bueno...

—No, no lo es.

Bajó la mano por su abdomen, le agarró el muslo, le levantó la pierna y puso el pie por detrás de sus piernas. Eso la dejaba abierta para él y se deleitó cuando se estremeció.

—¿Tienes frío?

Allie levantó una mano para pasarle los dedos entre el pelo.

—Estoy ardiendo. Acaríciame, Adonis.

Le encantaba que lo llamara así. Era algo solo de los dos, algo especial y elocuente. Le pasó un dedo por el interior del muslo para provocarla.

—¿Dónde quieres que te acaricie?

—Ya sabes dónde.

—Es posible... —bajó la mano al coño y lo encontró cálido, húmedo y expectante—. ¿Aquí...? —se abrió paso entre los pliegues—. ¿Aquí me anhelas?

—Sí —ella contoneó las caderas para dirigirlo, pero él la agarró de los hombros—. Eres un mandón.

—Sí —le acarició el clítoris con la yema del dedo—. Te encanta.

—Es posible.

—Es seguro, mi Afrodita.

Introdujo dos dedos mientras la miraba a la cara. Ella separó los labios y se le nublaron los ojos.

Roman le soltó lo justo para tomar un condón.

—Déjame.

Allie se dio la vuelta entre sus brazos y se lo quitó. Rasgó el envoltorio y le agarró la verga. Se la acarició un par de veces y el deseo que se reflejó en los ojos de ella fue comparable al fuego que lo abrasaba por dentro.

—No deberías ser tan perfecto, va contra todas las leyes de la probabilidad.

—No soy perfecto —él soltó una carcajada—. Ni mucho menos.

Tenía más de un fallo y los había tenido siempre. Era demasiado egoísta; era demasiado inflexible y decidido, a veces, a costa de sus relaciones; era cabezota hasta decir basta...

—Claro, eso es evidente —Allie le puso el condón sin prisas—. Me refería a tu polla, Adonis.

Eso hizo que se riera otra vez, aunque estaba acariciándolo.

—Eso se llama un halago con doble sentido.

—Solo si quieres tomártelo así —Allie lo tumbó de espaldas y se puso encima de él con las manos en su pecho—. En serio, no tienes ni una imperfección física. Ningún hombre me había dejado sin respiración solo de mirarlo, solo tú.

La miró. Ella intentaba por todos los medios poner todas las barreras que podía entre ellos. Era más fácil limitarse a lo físico que reconocer que podía no ser tan malo como había dado por supuesto que era, que reconocer que le gustaba por algo más que su capacidad para hacer que se corriera tanto que veía las estrellas.

Se puso su verga en la abertura y se la metió poco a poco con los ojos cerrados y los labios separados.

—Dios... —contoneó un poco las caderas para colocársela bien—. Siempre creo que puedo imaginarme cuánto va a gustarme, pero siempre me equivoco.

—Porque soy yo.

Allie abrió los ojos y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Pierdes la cabeza cada vez que te toco porque soy yo. Igual que yo no puedo dejar de tocarte cuando estamos en la misma habitación. Nos volvemos locos el uno al otro y, efectivamente, eso tiene algo que ver con lo ardiente que eres, pero es algo más que solo eso y lo sabes —introdujo una mano entre los dos y le acarició el clítoris con el pulgar—. No soy un consolador de carne y hueso o un muñeco hinchable, soy yo.

Allie lo miró fijamente. Solo quería dejarse arrastrar por la perfección del momento, por lo que le gustaba tenerlo dentro y por sentir su maravilloso cuerpo entre los muslos. No quería convertirlo en algo que no tenía por qué ser.

—Ya sé que eres tú —no podía separar al hombre del cuerpo, la personalidad de Roman era tan arrolladora como su físico—. Puedo verlo...

Llevada por el placer que la dominaba, cimbrió las caderas con un movimiento que hizo que los dos aguantaran la respiración.

—Puedo verlo —repitió Allie. No eres malo por mucho que finjas serlo.

Quizá tampoco fuese bueno, pero eso era algo que no podía decidir en una semana.

Era una mentirosa.

Se inclinó para besarlos por los tentadores que eran sus labios y para acallar la vocecita que oía por dentro. No podría controlar eso, ya era complicado y lo sería más. Le daba igual. Se preocuparía por las complicaciones a medida que se presentaran. En ese momento, solo le importaba borrar la sombra de dolor que había visto en los ojos color avellana de Roman.

Sus labios tenían el sabor del mar y su piel, la calidez del sol. Era como la encarnación de esa isla, hermoso y salvaje por debajo de ese exterior cuidadosamente refinado.

—Dejó de ser solo sexo contigo. Lo sabes y lo sé, pero no hablamos de ello.

Él dudó, pero acabó asintiendo con la cabeza.

—Puedo hacerme el cazador paciente, Afrodita. No hablaremos de ello esta noche y es posible que tampoco lo hagamos durante los próximos tres días, pero acabaremos hablando de ello.

Eso era lo que ella temía.

—Creo que eres Adonis de verdad —murmuró ella sobre sus labios.

—Solo cuando estoy con mi Afrodita.

Allie no quería hablar más. Cada vez que había hablado esa noche, había tambaleado un poco ese frágil equilibrio que había intentado mantener. Los límites estaban por algo, maldita fuese, y Roman parecía dispuesto a saltárselos todos. Él había dejado de someterse a las reglas, pero no había llegado tan lejos como para reprochárselo.

¿Acaso quería reprochárselo? ¿Qué tenía de malo pasárselo bien?

No duraría... ¿Y si duraba?

Volvió a besar a Roman y se estrechó contra él. Lo montó despacio sin importarle el final. Acabarían llegando, como siempre. En ese momento, solo quería estar plenamente con él y allí. El resto del mundo podía esperar.

Él introdujo una mano entre su pelo y le agarró el culo con la otra para llevar el ritmo cadencioso de sus vaivenes. Tenían los cuerpos sudorosos y ella gemía por el roce de sus pezones en el pecho de él. Fantástico, todo lo de ellos era fantástico. Todo daba igual, menos los movimientos de su lengua en su boca, menos sentirlo dentro de ella, tan grande y pleno que era casi excesivo...

—Necesito más.

Le dio la vuelta y Roman empezó a moverse en cuanto la espalda de ella tocó el colchón. Se movía como las olas entre las que acababan de estar. Era firme y constante, y alcanzaba los puntos precisos. Frotaba el hueso del pubis sobre su clítoris y le hacía gemir. Solo podía sentir a Roman, solo existía Roman; sus manos que la agarraban de las caderas, las acometidas de su polla entre los muslos, los pequeños improperios que soltaba cada vez que respiraba. Era deslumbrante.

—Sí... Ahí... No pares...

—Córrete por mí, Afrodita —gruñó él sobre su cuello—. Córrete por tu hombre.

Estaba tan dominada por el placer que no podía pensar en lo que decía él, al menos, eso fue lo que se dijo a sí misma cuando escondió la cara en la curva

de su cuello y tuvo un orgasmo tan intenso que podría haber cambiado el eje de la tierra. Roman acometió con tal fuerza y ganas que ella lo sintió en lo más profundo de su alma.

Eso no podía acabar. No sabía si era de verdad o no, pero quería que lo fuera.

Roman la abrazó como si creyera que podía salir volando de la cama y perderse en la noche. Si se tenía en cuenta que tenía el corazón acelerado, y que no era por haber follado de aquella manera, creía que los temores de él podían estar fundados.

—No sé cómo hacerlo.

—¿El qué?

Ella no apartó la cara de su pecho. Era más fácil ser sincera cuando no estaba mirando a esos ojos color avellana.

—Esto, tú, nosotros...

Nosotros. Solo era una palabra, pero lo cambiaba todo. Cada vez que Roman la tocaba, cada vez que se corría con su nombre en los labios, se daba cuenta de que eso no eran solo unas vacaciones para follar.

Él le apartó un mechón de la cara y le levantó la cabeza para que lo mirara.

—¿Por qué vas a tener que hacer algo?

Él lo dijo con una expresión algo tensa a pesar de la sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Allie... —él titubeó y sonrió—, me gustas mucho, pero sé que todo esto te desquicia y estoy intentando no presionarte mientras estemos aquí.

Mientras estuviesen allí...No se quedarían toda la vida en West Island. Mejor dicho, la semana siguiente ya se habrían marchado. Lo que tenían era pasajero, lo sabía ella y él también lo sabía. Tomó aire mientras la realidad le oprimía el pecho. Tenían fecha de caducidad. Habría un momento, en el futuro inmediato, cuando ya no pasaría las noches entrelazada con Roman. Tenía que atesorar recuerdos durante esos días para que le duraran toda la vida.

Quiso llorar solo de pensarlo, pero enterró esa sensación en lo más profundo de su ser. Ya tendría tiempo de sobra para llorar. En ese momento, lo único importante eran sus besos, sus caricias, en ese sentimiento que se adueñaba de ella mientras se deshacía alrededor de él.

—Afrodita...

Introdujo los dedos entre su pelo y lo besó con desesperación, descargó toda su impotencia y todo su miedo con la lengua. Tres días. Tenía demasiadas

cosas para meterlas en tres períodos diminutos de veinticuatro horas.

Roman la agarró con fuerza del culo y la estrujó.

—Esto es lo que necesitas, ¿verdad? No quieres pensar más.

—Sí —él siempre sabía lo que necesitaba, aunque ella no supiese decirlo con palabras—. Solo quiero sentirte, aquí y en este momento, no quiero preocuparme por lo que pasará cuando volvamos a Nueva York.

—Dalo por hecho —le tomó un pezón con la boca y se lo succionó—. Confía en mí, Afrodita, me ocuparé de ti.

Durante los tres próximos días, se dijo ella en silencio mientras la ponía de espaldas y empezaba a besarla por todo el cuerpo. No podía soportar pensar lo que pasaría después... y no lo pensó.

Capítulo 15

Roman le apartó el pelo de la cara.

—Tendrás que ponerte en marcha si no quieres perder el vuelo.

Ella le dio un manotazo a su mano sin abrir los ojos.

—Que le den. No voy a volver a Nueva York. Me quedaré aquí hasta que me echen.

Él sentía lo mismo, aunque no era la isla lo que hacía que quisiera que ese momento durara toda la vida. No estaba dispuesto a dejar que se esfumara lo que tenía con ella. Llevaba algún tiempo preparándose, pero esa mañana, al saber que iban a tomar sus respectivos vuelos a Nueva York y a volver a sus vidas normales... Lo que se jugaban le pareció estratosférico.

—Sal esta noche conmigo.

—¿Qué? —ella abrió los ojos por fin—. ¿De qué estás hablando?

—Esta noche, cuando nos hayamos instalado, quiero salir contigo.

No lo formuló exactamente como una pregunta, pero tenía que andarse con pies de plomo. Habían hablado de cambiar las reglas, pero él se había saltado todas y cada una. Le acarició el brazo y acabó entrelazando los dedos con los de ella.

—No estoy dispuesto a que esto acabe.

—Roman, ya lo hemos hablado. Nuestras vidas no coinciden fuera de la isla, nuestros mundos son muy distintos. No duraríamos ni una semana antes de que pasara algo que lo estropeará todo para siempre —Allie se movió para mirar las manos unidas—. Además, eso sin entrar en el asunto de que haya un inversor que quiere quedarse mi gimnasio sin contar conmigo.

Ella estaba empeñada en ver lo malo de la situación y él no había tenido la ocasión de convencerla de lo contrario porque cada vez que surgía, se encontraban follando de repente. Sabía muy bien que Allie estaba intentando

escurrir el bulto, y él no podía quejarse del procedimiento, pero quería hablar con esa mujer desesperante.

—Vamos a cenar juntos. Hablaremos de toda la mierda que hemos estado eludiendo hasta ahora. Si luego estás segura de que no quieres que allane el camino para que alguien invierta en tu gimnasio, no lo haré.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo.

De eso nada. Su cliente estaba interesada en el gimnasio y tenía una idea muy clara de lo que quería para su futuro, una idea que él compartía. No sería fácil encontrar un sustituto, pero él haría que saliera adelante, si Allie hablaba de verdad con él.

—¿Qué dices?

Ella siguió dudando. Roman podía ver cómo sopesaba las ganas de no ir a la cena y la ocasión que tenía de conseguir que él se retirara de una vez por todas. Acabó asintiendo con la cabeza.

—Iré esta noche, pero mañana quedaré libre.

—Mañana —él le dio un beso en la frente—. Me encantaría rubricarlo con un beso, pero si empiezo a besarte no pararemos hasta la hora del almuerzo, y tienes que tomar el avión.

Roman dominó el impulso de decirle que se quedara, que podían vivir indefinidamente en la isla y dejar atrás sus vidas. Ese sosiego no duraría mucho. Habían desconectado de la realidad durante una semana, pero, al cabo del tiempo, la vida real acabaría infiltrándose en su estancia allí. Mejor dicho, ya se había infiltrado. Allie había hecho todo lo que había podido para esquivarlo, pero él era realista, tenían que sacar a la luz toda la mierda para que pudieran solventarla. No tenían ningún porvenir si no lo hacían.

Allie se levantó de la cama y empezó a vestirse antes de que él se replanteara besarla.

—Será mejor que me vaya. Si se lo dejas a ella, Becka me hará el equipaje y su idea de hacer un equipaje es meterlo todo de cualquier manera hasta que parece que la cremallera va a reventar. Lo mejor, para mí y para mi equipaje, es que lo haga yo misma.

—Dame tu número de teléfono.

Titubeó otra vez, pero tomó el bloc de la mesilla y escribió su número.

—Hasta mañana.

En Nueva York. Por mucho que intentara fingir lo contrario, le costaba un

abismo llevar su relación incipiente a Nueva York. Aun así, Roman consiguió esbozar una sonrisa.

—Que tengas un buen viaje.

—Tú también.

Allie se marchó y él oyó que sus pasos se alejaban de la parcela. Entonces, se levantó de la cama y se puso unos pantalones cortos. Su vuelo despejaba al cabo de un par de horas, era el primero que salía de la isla, y no volvería a verla antes.

Tardó quince minutos en hacer el equipaje y en repasar dos veces cada habitación para cerciorarse de que no se olvidaba nada. Dedicó un rato a destruir la información que había reunido sobre Allie. No la necesitaba, ella le había contado todo cuando le habló de por qué montó el gimnasio. Él sabía dónde tenía que apretar para provocar la reacción que quería, pero no podía hacerlo. No era solo la dueña cabezota de una empresa que necesitaba que la presionaran un poco para que hiciera las cosas como él quería, era Allie. Por ella, había dejado a un lado la manipulación y las maniobras turbias y había sido honrado.

Agarró el equipaje y fue al edificio principal. Había llegado el momento de ponerse manos a la obra y tenía que hacer un montón de trabajo durante el viaje. Todas las piezas tenían que estar encajadas antes de que volviera a ver a Allie. Se jugaba demasiado.

Allie no podía hacerse a la idea de que tenía que volver a Nueva York. No era solo el clima ni la cantidad de gente, era como si su vida no le sentara igual, como si fuese un jersey con una etiqueta que no había notado nunca, pero que, en ese momento, le molestaba cada vez que se movía. Para distraerse, dio una clase de *spinning* a primera hora de la mañana y se pasó el resto del día encerrada en el despacho, repasando facturas y el presupuesto para el mes siguiente.

Como distracción, era una mierda. Habían sufrido la habitual caída de asistencias del verano y eso implicaba menos ingresos. Ya estaba en números rojos, pero tanto el gimnasio como el albergue estaban alcanzando un punto irreversible a toda velocidad. Pronto tendría que empezar a despedir a sus chicas, la semana siguiente, sin ir más lejos, y la idea le revolvió el estómago. La única posibilidad era expulsar a algunas de las mujeres del albergue, y no

se lo planteaba siquiera. Era como si tuviera que elegir entre dos hijos, y no sabía por dónde empezar.

Lo dejó a un lado para darle vueltas más tarde. No podía llamar a Becka porque Becka se despediría en el acto. No le importaría lo más mínimo tener que buscar otro empleo, era de esas mujeres que saltaban de un avión y averiguaban cómo funcionaba el paracaídas durante la caída. Era parte de su atractivo, pero no podía pedirle que tomara esa decisión.

No, a quien quería llamar era a Roman. Habían hablado un rato la noche anterior, sobre todo, para concretar la hora y el sitio de la cita de esa noche, pero lo notaba muy lejos después de haberlo tenido al alcance de la mano durante una semana. Quería estar arropada por él y que le dijera que todo saldría bien, que lo resolverían entre los dos.

Era débil. No tendría que apoyarse en un hombre, debería ser lo bastante fuerte como para apañarse sola. Sobre todo, cuando la solución de Roman sería intentar convencerla para que vendiera la empresa y se convirtiera en el problema de otro... y, por primera vez, estaba tentada. Había llevado esa carga sobre sus espaldas durante mucho tiempo, y solo ella tenía la culpa de que el albergue y el gimnasio estuviesen en peligro de hundirse. Dirigir cualquiera de ellos era un trabajo a jornada completa, y ella estaba intentando llevar los dos a la vez. Si encontrara un socio en el que pudiera confiar...

A los veintidós años, había estado segura de que solo podía confiar en sí misma. Había buscado una manera de superar la pérdida de su madre y esa le había parecido la mejor. Le iba bien, no se trataba de que trabajara solo como una máquina bien engrasada, pero tenía que haber una manera mejor, aunque no sabía cuál.

Impotente, salió. Las clases de la tarde estaban cubiertas y nada la retenía allí, salvo una especie de remordimiento muy raro. Tenía que poder hacer algo más, aunque no sabía qué. Si se empeñara, quizá pudiera celebrar un par de recaudaciones de fondos ese mes, antes de que fuese demasiado tarde. Tendría que dejar el gimnasio en manos de sus chicas para que ella se dedicara a organizar los actos, algo que nunca había sido su fuerte. El paso siguiente sería llamar sin reparos a los pocos donantes que la habían ayudado a que el albergue saliera adelante, pero siempre se había sentido abochornada, como si suplicara caridad. Tal y como estaban las cosas en ese momento, su presencia en el gimnasio era innecesaria y solo conseguiría hundirse más en la espiral de preocupaciones.

Subió a su piso, se duchó y se arregló sin prisa mientras intentaba dominar los nervios que le decían que esa cita era una pérdida de tiempo descomunal que acabaría en un desengaño. Roman tenía un objetivo, y no era ella, era el gimnasio y el inversor que estaba interesado en él.

Sin embargo, eso no sofocaba la emoción que le producía la idea de volver a verlo. No habían pasado ni cuarenta y ocho horas y ya anhelaba sus caricias. Era peligroso...

Comprobó la hora y decidió que no pasaría nada si llegaba un poco antes. Los nervios estaban a punto de acabar con ella mientras se dirigía hacia el restaurante, pero ya conocía lo bastante a Roman como para saber que la localizaría si lo dejaba plantado. Más aún, no volvería a hacerle la misma oferta. Esa era la oportunidad que tenía de conseguir lo que quería: libertad.

Desgraciadamente, eso no la aliviaba como le gustaría. Esa libertad significaba que no volvería a ver a Roman. ¿Cómo iba a verlo cuando representaba una serie de prioridades completamente distintas a las que tenía ella? Aunque estuviese dispuesta a intentarlo, sus ocupaciones respectivas harían que se vieran poco tiempo y muy de vez en cuando. Si las cosas no se iban al traste por sus diferencias, lo harían porque ninguno de los dos encontraría el tiempo para que salieran adelante.

Caray, qué fatalista. No, estaba siendo realista.

Entró en el restaurante que había elegido Roman. No lo conocía y se paró para echar una ojeada. Todo era moderno y minimalista, lo contrario que el estilo descuidado pero elegante de West Island. La elección no le parecía propia de Roman, pero podría ser porque no lo conocía tan bien como le gustaba creer. Estaba cambiando de opinión y sensaciones continuamente y tenía que dominarse.

Le dijo a la camarera que había quedado con Roman Bassani y la llevó a una mesa con asientos de respaldo alto que daba a la calle. Las ventanas no eran grandes, pero sí lo bastante como para poder mirar. Si pudiera apartar la mirada del rostro perfecto de Roman. Él se levantó y ella no pudo evitar compararlo con el hombre al que se había sentido tan conectada en la isla. Su Roman estaba allí, debajo de ese traje hecho a medida y del pelo perfectamente peinado. Podía vislumbrarlo en esos ojos color avellana, pero hasta la forma de colocar los hombros era distinta, era más rígida.

—Hola.

Se rodeó con los brazos y lamentó no haberse puesto algo más elegante,

pero no sería ella, como aquel tío relajado con pantalones cortos tampoco era Roman. Su vestido cruzado estaba bien, pero si no se equivocaba, él podría pagar varios meses de su alquiler con lo que le había costado el traje.

—Hola.

Él le tomó la mano y la acercó un poco. Le dio un beso fugaz en los labios y el alma se le cayó a los pies porque también fue un beso distinto, casi de compromiso, sin la pasión a la que se había acostumbrado y que antes se palpaba hasta en el más mínimo de los contactos.

Se soltó la mano, esbozó una sonrisa forzada y se sentó.

—Te veo muy bien.

—Me lo has quitado de la boca... —él sonrió y se sentó enfrente de ella—. ¿Qué tal el día?

Espantoso, no podía hacer frente a los gastos. Estaba dándose cuenta de que lo quería mucho más de lo que se había esperado y estaba escrito que tanto esa relación incipiente como la propiedad de su gimnasio iban a acabar muy mal. Estaba metida en un lío y no sabía cómo salir de él. Intentó sonreír.

—Bien.

Roman frunció el ceño.

—¿Cuál es la verdad, Afrodita? Esa no lo es...

—No sigas por ahí, por favor.

No quería abrirse en canal para él, no lo hacía con nadie. Ella era la fuerte, la que pasaba por cosas que destrozarían a cualquiera y salía como si tal cosa. No podía estar más claro que esa cena sería la despedida. Roman quería algo que ella no podía darle, y no se refería al gimnasio y al albergue, quería partes de ella.

Era imposible.

Apretó los dientes y decidió llegar hasta el final de esa cita para arrancarle la promesa de que dejaría en paz a su empresa. Luego, se marcharía. Era preferible acabar con todo en ese momento antes que dejar que fuese alargándose hasta que protagonizara alguna de las situaciones que se había imaginado y la habían torturado.

Apareció la camarera para tomar nota de las bebidas y ella agradeció esa distracción. Pidió vino blanco y Roman, whisky. La mujer se marchó y no quedó nada que se interpusiera entre ellos. Tomó aire.

—Estoy preparada, lanza cuando quieras.

Capítulo 16

La miró fijamente. Se sentía como si estuviese en un barco que se dirigía hacia una tormenta, que se alejaba de las costas del paraíso y que no volvería a verlo jamás. Independientemente de lo que hubiese dicho cuando aceptó tener esa cita, estaba claro que ella había cambiado de opinión respecto a su propuesta y respecto a él. Quería zarandearla para que viera que podría conseguir cosas buenas con solo bajar mínimamente las barreras... si lo dejaba entrar.

Se dejó caer sobre el respaldo. Lo mejor sería acabar con aquello, porque se daba cuenta de que no llegaría a nada personal hasta que hubiesen resuelto la parte relacionada con su querido gimnasio.

—No hace falta que te dé los datos de mujeres que se sienten acosadas en los gimnasios, por no decir nada de sus vidas cotidianas. Con Transcend has creado algo único que mi inversor cree que daría buenos resultados como una pequeña franquicia, algo que, en un principio, se limitara a un puñado de grandes ciudades: Los Ángeles, Seattle, Atlanta, Chicago... Los gimnasios refinados y exclusivos están de moda, pero esto podría durar mucho más que una moda pasajera, sobre todo, si va acompañado de planes de nutrición y un bar de zumos.

—Transcend no es eso.

—Transcend es exactamente eso. Sois un refugio, muchas mujeres acuden a ese gimnasio porque es uno de los pocos sitios donde pueden bajar la guardia. Se sienten a salvo por vosotras y la pequeña comunidad que habéis creado — Roman se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa—. ¿No se lo merecen también las mujeres que no son de esta ciudad?

Allie lo miró a los ojos.

—Hay otros gimnasios solo para mujeres, el mío no tiene nada de especial.

—El tuyo es el único que está relacionado con un albergue para mujeres maltratadas. Mi inversor está dispuesto a seguir con el trabajo que estás haciendo con el albergue y a ampliarlo —la esperanza que vio reflejada en sus ojos lo mató, y tuvo que seguir a toda velocidad—. Con la condición de que cedas completamente esa parte sin ánimo de lucro.

—¿Qué?

Andarse con rodeos no serviría de nada.

—No es tu pasión. La idea original fue tuya, pero la puesta en práctica fue deslucida en el mejor de los casos. Ayudas a esas mujeres y es tu pasión, combinada con el gimnasio, pero para que una organización sin ánimo de lucro salga bien hay que dorar la píldora y tener relaciones sociales, y eso es un trabajo a jornada completa, un trabajo que, como es evidente, no te interesa. No has hecho gran cosa hasta el momento.

—Eso no es justo. Yo...

Él levantó una mano.

—No era una crítica. Estás dirigiendo sola dos empresas y es normal que se hayan descuidado algunas cosas. Mi argumento, el argumento de mi inversor, es que si delegas y cedes ciertas atribuciones, todo podría ampliarse y dirigirse mejor.

Allie también se dejó caer sobre el respaldo. El tono dorado de su piel había palidecido por la preocupación.

—Incluso si me interesara desprenderme de todo lo que he levantado con mi trabajo, ¿qué garantía tengo de que ese inversor no acabará haciendo lo contrario de lo que dice en este momento?

—Puede estipularse en el contrato.

Roman contuvo la respiración mientras ella parecía meditarlo, hasta que negó con la cabeza.

—No, no puedo arriesgarme. Esas mujeres dependen de mí para estar a salvo y no sé absolutamente nada de ese inversor. Además, he comprobado lo endebles que pueden ser los documentos; el poder se impone muchas veces a los derechos y tu inversor lo tiene todo.

En teoría, tenía razón, había límites para las posibles exigencias de Allie, aunque las garantías estuviesen reflejadas en el contrato, pero él conocía al inversor y sabía que la oferta era fiable, si no, no lo habría representado.

—Confía en mí. No te lo habría ofrecido si no creyera que hace honor a lo que es importante para ti, sobre todo, después de la semana pasada.

—Siempre dices lo mismo, que confíe en ti, pero no has hecho ni una sola cosa para merecerte tanta confianza.

Eso le jodió. Le había contado cosas que no le había contado a nadie, y aunque Allie era reservada, había creído que también se había sincerado con él. No era sensiblero, pero eso quería decir algo o, al menos, eso había creído él.

—Solo pienso en lo mejor para...

—No.

Esperó alguna explicación, algo que pudiera servirle, una indicación de que no estaba dejándolo al margen sin una explicación, pero esperó en vano y se desinfló poco a poco.

—Si te pido que salgas otra vez conmigo, si quiero llegar a alguna parte, ¿voy a recibir la misma respuesta?

Allie levantó el tenedor, pero lo dejó en el plato.

—Lo siento, Roman, pero no sé cómo iba a salir bien esto, somos muy distintos.

Una explicación muy poco convincente, y una gilipollez.

—¿Cómo íbamos a intentarlo si no me hablas? Nunca me dices nada. Esta noche has venido a la cena con las respuestas decididas. Daba igual lo que yo dijera, porque tú ibas a negarte a la inversión en el gimnasio y a que saliéramos juntos.

—Me niego a tu inversor porque no me fío de sus intenciones. Además, no tenemos nada que hacer. Fue maravilloso el tiempo que pasé contigo en West Island, pero no era la realidad —ella hizo un gesto que lo abarcaba todo—. Esto es la realidad. Tú vestido con tu traje carísimo y yo con mi vestido de segunda mano. Yo hago lo que puedo para ayudar a los demás y tú los perjudicas por tu trabajo. Somos demasiado distintos.

—Eso es una gilipollez y lo sabes.

La desesperación lo tenía atenazado de la garganta. Estaba empeñada en ver lo peor de su profesión por muchas pruebas que le presentara en sentido contrario. Daría igual que le diera una lista con todos los propietarios de empresas que, encantados de la vida, habían salido ganando porque él había hecho su trabajo, Allie se quedaría con el único que estaba cabreado y lo utilizaría como una prueba para demostrar que era un monstruo.

—Estás siendo una acojonada. Te daré una noticia de última hora, Allie; no soy tu padre. Soy lo contrario de ese cabrón, pero si no te das cuenta, es muy

posible que tengas razón, que no tenemos nada que hacer.

Lo que había dicho Roman ya se lo había dicho a sí misma, pero oír ese reproche dicho por él la dejó sin respiración.

—Eso no es justo.

—Tampoco lo es que sacrifiques un posible porvenir conmigo porque estás asustada.

Él lo dijo en voz baja y en un tono tajante, y ella, en cierto sentido, quería tirar la toalla y dejar que él tomara las riendas. Roman era más que capaz de ocuparse de los dos y de que la relación...

¿Podía saberse qué estaba pensando?

Sabía lo que pasaba por tener que depender de un hombre. Aunque Roman no iba a hacerle nada, era demasiado imponente y abrumador. Se la tragaría entera y lo único que quedaría de ella estaría relacionado con él, sería la mujer de Roman. No sería Allie, la mujer fuerte, propietaria de una empresa y segura de sí misma que no necesitaba apoyarse en nadie. Esa persona desaparecería y no podría recuperarla jamás.

Si no tenía el gimnasio, no tenía nada. Había partido de cero y había vendido el alma por el camino. Para Roman era fácil decirle que confiara en él, que le hablara, cuando ella era la que tenía que hacer todos los sacrificios y él no hacía ninguno.

—¿Eso es lo que piensas de verdad?

Ella no se había dado cuenta de que había estado pensando en voz alta, pero tampoco iba a echarse atrás.

—¿Acaso no es verdad?

Roman era el único interesado en ese asunto y lo había sido desde que se conocieron. Bueno, no desde que se conocieron. La primera noche habían estado en igualdad de condiciones. Eran quienes eran y ninguno de los dos iba a cambiarlo.

Él apretó tanto los dientes que ella llegó a creer que podía rompérselos.

—Há-bla-me.

—Eso es precisamente lo que he estado haciendo todo el rato. Que no haya dicho lo que quieres que diga no quiere decir que esté equivocada —Allie se levantó—. Esto ha sido un error.

—Allie, si sales por esa puerta, se acabó. No voy a ir detrás de tu culo solo

para seguir dándome de cabezazos contra la misma pared.

Lo dijo tan rotundamente que a ella le abrasó la garganta y le escocieron los ojos. Efectivamente, se había acabado. Habían estado dirigiéndose hacia ese momento desde que supieron quiénes eran. Ella, en parte, había llegado a creer que encontrarían una salida, pero él era demasiado intransigente, estaba demasiado seguro de que sabía lo que le convenía a ella.

Además, tenía razón; no se parecía en nada a su padre ni a esos hombres maltratadores que llenaban su albergue de mujeres. Se apostaría la vida a que Roman jamás haría algo así a una mujer. No, el daño que hacía no era físico, ni siquiera era intencionado. Sin embargo, eso no impedía que se sintiera como si le hubiese arrancado el corazón del pecho.

—Adiós, Roman.

—Allie, espera.

Sus pies se pararon, aunque la cabeza le exigía que siguiera moviéndose. Se dio la vuelta, casi contra su voluntad, y lo miró.

Roman también se levantó y miró alrededor. Ella ya se había dado cuenta, vagamente, de que tenían público, pero la realidad fue mucho más cruda. Estaba rompiendo en público, ante mucho público, con un hombre que ni siquiera era su novio. Eso había llegado a ser su vida.

—Si tienes algo que añadir, este es el momento.

Contuvo la respiración, esperó y se preguntó si él diría algo que le quitaría el miedo y los devolvería a algo parecido a un suelo firme.

Roman se acercó y bajó la voz. Sus ojos habían perdido la calidez y solo quedaba el gélido hombre de negocios.

—Si no aceptas la oferta de este inversor, estarás condenando a muerte al gimnasio y al albergue.

Allie se estremeció. Sabía mejor que nadie que estaba en apuros, pero eso no significaba que fuera a poner en peligro a las mujeres que dependían de ella. Al menos, hasta que hubiese agotado todas las posibilidades.

—Que tengas buena suerte —Roman sacudió la cabeza y la rodeó—. Lo digo de verdad, Allie. A estas alturas, se necesitará un milagro para que te salves, y acabas de rechazar la mano que te he ofrecido. Ya depende de ti, no de mí.

Lo miró mientras se alejaba y notó un vacío infinito dentro de ella. Se había encontrado con muchísimos obstáculos para montar y sacar adelante el gimnasio y el albergue, y había sorteado todos y cada uno. En justicia, debería

estar furiosa con Roman y eso debería estimularla para que encontrara una solución a ese problema, pero solo quería volver a casa y llorar hasta que se quedara dormida.

Fue a pagar las bebidas, pero vio un billete de cincuenta dólares que Roman había dejado en la mesa. Él, aunque cabreado, había cumplido su parte del trato, al menos, en eso. Tenía que dejar de pensar en esas cosas. Ella le había dado la única respuesta que podía darle. En última instancia, el inversor podía pintarlo todo de rosa porque, a la hora de la verdad, el dinero tenía la última palabra. Una vez firmados los documentos, ella ya no podría decir nada, el inversor podría hacer lo que quisiera y ella no podría evitarlo.

Estaba segura de que había tomado la decisión acertada dadas las circunstancias.

Sin embargo, no sabía por qué se sentía tan espantosamente mal por haberlo desencadenado todo y por haber acabado de un plumazo con el inversor y con Roman. Debería sentirse aliviada. Ella también había cumplido su parte del trato y estaba libre. Por no decir nada de unas vacaciones que pasarían a los anales de la historia, que recordaría mientras viviera...

Aunque, en ese momento, solo sentía una tristeza abrumadora.

Salió del restaurante y pensó tomar un taxi, pero acabó decidiendo que daría un paseo. Tenía que liberar energía y aclarar toda la mierda que le daba vueltas en la cabeza. No podía dejar de pensar en lo que le había dicho Roman, que nunca encontraría la manera de salvar sola el gimnasio y el albergue, que estaba abocada al fracaso.

Que le dieran...

Era más fácil centrarse en el trabajo que afrontar el vacío que le había dejado la pérdida. Daba igual que se repitiera una y otra vez que Roman y ella no tenían porvenir, en el fondo, había llegado a esperar que encontrarían una solución que le aliviara los miedos. Era completamente justo que dependiera de Roman para que cargara con esa responsabilidad. Allie sacudió la cabeza y aceleró el paso. Quizá fuese eso en parte. No quería depender de él para todo, para cualquier cosa, pero había estado a punto de hacer exactamente eso. Era débil.

No podía ser débil ni en el trabajo ni en su anhelo por Roman.

Aun así, tuvo que hacer un esfuerzo para no llamarlo mientras iba hacia su casa. Quería hablar con él, gritar, llorar o... o lo que fuera. Conectar. Había estado demasiado tiempo a la deriva y no se había dado cuenta hasta que él

había irrumpido en su vida y le había dado un norte. Solo habían pasado una semana juntos y eso debería haber sido un jarro de agua fría, pero daba igual. Tenían un vínculo y eso la aterraba. A él no parecía aterrarle lo más mínimo, pero ¿qué se jugaba él? Los riesgos de cada uno eran muy distintos.

Roman seguiría adelante con su vida. No iba a decir que se alegraría de dejarla atrás, pero era un hombre resuelto que no permitiría que un pequeño desengaño le impidiera alcanzar sus objetivos. Encontraría una inversión más adecuada para su cliente, y para todos los siguientes.

Acabaría saliendo con alguien. Sus horarios tenían que ser caóticos, pero tenía atractivos más que de sobra para que alguna mujer estuviera dispuesta a soportarlos. Saldrían juntos algún tiempo y le pediría que se casara con él en una isla que se parecería un montón a West Island. Incluso, no le extrañaría que se lo pidiera allí.

La idea le dio náuseas.

Tenía que llegar a casa, podría desmoronarse cuando estuviera allí. Paró un taxi y le dio la dirección. Se concentró en respirar durante todo el trayecto, solo en eso. Consiguió entrar y se derrumbó en el suelo.

—Dios mío, ¿qué voy a hacer...?

Capítulo 17

—Estás de muy mala leche...

Roman miró su copa. Era la segunda y tuvo que hacer un esfuerzo para darle un sorbo y no bebérsela entera de un trago. Por muy buen amigo que fuera el hombre que tenía al lado, no podía perder el dominio de sí mismo. Sobre todo, porque acabaría bebido, escribiéndole un mensaje a Allie y haciendo el ridículo más espantoso.

—Estoy bien.

—Seguro, estás de maravilla —Aaron Livingston resopló—. Nunca te había visto tan desquiciado por no haber cerrado una operación.

La operación y Allie se le mezclaban en la cabeza y no podía desenmarañarlas. Ese inversor la habría ayudado. No podía divulgar los datos hasta que el contrato estuviese firmado, pero su clienta, Clare Belford, era perfecta para esa empresa. Ella tenía una de las mayores organizaciones sin ánimo de lucro para mujeres maltratadas del país, y le había encantado la idea de que el gimnasio de Allie estuviese asociado. No había podido decírselo a Allie por un contrato de confidencialidad que tenía con Clare, pero lo habría averiguado enseguida si hubiese confiado en él, pero no había confiado en él.

Le parecía bien para follar, pero para nada más. Se bebió la copa de un trago a pesar de sus buenas intenciones. Le hizo una señal al camarero para que la rellenara y no hizo caso de la mirada de curiosidad de Aaron.

—No quiero hablar del asunto.

—¡Coño! —Aaron entrecerró los ojos y se apoyó en la barra—. No es una operación, es una mujer...

—¿No entiendes lo que quiere decir que no quiero hablar del asunto?

—No. No estarías aquí si no lo quisieras —Aaron esperó a que el camarero le sirviera otra copa—. No estabas saliendo con nadie antes de que te

marcharas a la isla y allí hay muy pocos huéspedes, solo había una mujer que ha podido alterarte así —Aaron silbó—. Allie Landers y tú...Creía que no mezclabas el placer con el trabajo.

—No los mezclo, bueno, mezclaba.

Roman miró la copa, pero no la levantó.

—Puedes contármelo. No puedo decir que me haya sentido así, pero tengo tres hermanas y sé un par de cosas sobre las mujeres.

Roman estuvo a punto de comentarle que no le serviría de gran cosa si tenía que recurrir a sus hermanas en vez de a su propio historial sentimental, pero la verdad era que él sí había salido con distintas mujeres y nunca se había sentido así de jodido. Siempre había tenido la sensación de paz por haber tomado la decisión acertada, incluso en las peores rupturas.

En ese momento, no sentía ninguna paz.

Alejó la copa.

—Tenía la solución para todo lo que ella necesitaba y lo único que recibí por mis molestias fue una patada en el culo. No había previsto nada con ella. Joder, tío, es fuerte, guapa y lista como un demonio. Creía que estábamos en la misma onda, pero ella ni siquiera intentó plantearse que yo podría tener razón. Está tan decidida a hacer las cosas a su manera que ni siquiera dejó que lo intentáramos.

—¿Quieres hablar de verdad o que te apoye moralmente como un colega?

Por fin, miró a Aaron. Podría haber llamado a Gideon para que tomara una copa con él, pero estaba tan entusiasmado con Lucy Baudin que no habría podido compadecerse. Aaron, al menos, no tenía pareja. En realidad, solo había querido beber con alguien que no lo presionara demasiado, pero había subestimado a Aaron. Le tentaba decir que quería que lo apoyara como un colega, pero él nunca había eludido la cruda realidad y se decidió por la verdad.

—Lo primero.

—La cagaste.

—¿Por qué? —preguntó Roman parpadeando.

—Míralo desde su punto de vista. Te metiste en sus vacaciones y es posible que todo quedara relegado durante una semana por esa... química tan intensa que sentíais, pero nada había cambiado de verdad. Seguías siendo un enemigo invasor cuando volvisteis a Nueva York. ¿Tienes el contrato habitual con el posible inversor?

—Claro, como siempre.

—Aunque sea el inversor ideal, no le has contado ni una palabra de esa persona y esperas que confíe en ti con los ojos cerrados. Allie Landers es una mujer que ha llevado el mundo a sus espaldas y que se ha enfrentado sola a todos los problemas que le han surgido.

—Sí, esperaba que confiara en mí —reconoció Roman.

Y todavía le dolía mucho que no lo hubiera hecho.

—¿Por qué?

—Porque nunca le haría daño, ni a ella ni a lo que le importa.

—Eso lo sabrás tú, y es posible que ella también lo sepa en cierto sentido —Aaron se encogió de hombros—. Si tu exposición se pareció en algo a la de esta noche, no puedes reprocharle que te mandara a tomar por culo. Es posible que el sexo os cambiara las cosas a los dos, pero ¿cómo va a saberlo ella si no se lo dices? No adivina el pensamiento.

Roman quiso insistir en que debería haber confiado en él en cualquier caso, pero... ¿qué había hecho para ganarse esa confianza? Un montón de orgasmos era maravilloso, pero no se traducían...eso lo sabía él muy bien. Se había abierto un poco sobre su pasado, pero no le había mostrado su vulnerabilidad, se había contenido. Habían establecido una relación, pero no se había ganado la confianza suficiente como para que ella le confiara su empresa. Bebió un poco de whisky y se obligó a ir despacio.

—La quiero...

—Y eso está haciendo que cometas estupideces. No te preocupes, no eres el único. Ella también ha cometido errores, pero no estamos hablando de ella, estamos hablando de ti —Aaron dio un sorbo de cerveza—. La pregunta sigue en el aire, ¿qué coño vas a hacer al respecto?

Roman apostaría todo lo que tenía a que Allie le quería. Su orgullo podía exigirle que se olvidara de todo y pasara página, pero no podía hacerse a la idea. Allie era especial. Aparte de lo que sentía por ella, quería, sobre todo, que su idea saliera bien. Quería estar a su lado cuando ella viera que se llevaba a cabo. Si se alejaba, no haría nada de eso. ¿Qué era su orgullo en comparación con su felicidad y la de ella? Miró el reloj y se levantó de un impulso.

—Voy a por mi chica.

—Así me gusta —Aaron brindó con su cerveza—, pero te recomendaría que esperaras a mañana, son más de las diez.

—Tengo que hacer algunas llamadas. Ya te contaré más tarde.

Tenía que ordenar algunas cosas antes de que pudiera hablar con Allie. Si quería tener alguna oportunidad de recuperarla, tenía que presentar información nueva, cambiar la exposición.

Allie se despertó de la cabezada que estaba dando al oír que llamaban a la puerta. Se levantó de un salto antes de acordarse de que no estaba en la cama y estuvo a punto de tropezarse con la mesita. Se frotó la cara con una mano y fue hacia la puerta mientras seguían llamando. Por un instante disparatado, estuvo segura de que era Roman que iba a decirle... No sabía qué, pero le diría algo.

Sin embargo, abrió la puerta y se encontró con Becka. Su amiga la miró y sacudió la cabeza.

—Caray, es peor de lo que me esperaba.

—¿Qué?

Becka entró y cerró la puerta.

—Tú. Estás peor de lo que creía. Llevas jerséis con agujeros, te has echado azúcar por el pecho y tienes manchas de tinta en las manos. Te pasa algo y quiero saber qué es. ¿Ta ha hecho algo Roman? ¿Tengo que patearle el culo hasta Brooklyn ida y vuelta?

—¿Qué...? No.

Bueno, más o menos. Allie se alisó el pelo y se acordó de que no se había duchado y de que el moño enmarañado era más maraña que moño.

—Roman y yo tuvimos un rollito de vacaciones y se ha terminado.

—Gilipolleces —replicó Becka con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Estabas a punto de perder la cabeza por ese tío y, a juzgar por cómo te miraba, a él le pasaba lo mismo. ¿Qué te ocurre? Estabas muy bien cuando volvimos y ahora estás a punto de que te dé un ataque.

Allie abrió la boca para darle una excusa, para cambiar de tema como hacía siempre que Becka la ponía en apuros, pero la desesperación pudo con ella

—Estoy metida en un lío, Becka, en un lío muy grande.

La expresión medio burlona de su amiga se borró al instante.

—Cuéntamelo para que podamos arreglarlo.

—No sé si tiene arreglo.

Fue al sofá, se sentó y esperó a que Becka se sentara a su lado. Allie le

contó que tenían muchas facturas sin pagar, que había utilizado dinero propio para apoyar al gimnasio y al albergue, que estaba casi a cero, que había rechazado una posible salida que le había ofrecido Roman.

—Vale —Becka asintió con la cabeza—, él no te dio muchas garantías y entiendo que lo rechazaras, pero lo que no entiendo es por qué me entero ahora de todo esto, por qué no me lo habías dicho antes.

—Creía que podría solucionarlo.

Además, aunque hubiese sabido que no podía, jamás habría descargado ese peso en otra persona. Ella era la que solucionaba los problemas y sabía que podía depender de sí misma; otras personas dependían de ella, pero ella no dependía de otras personas. No sabía alargar una mano cuando tenía problemas.

—Pedir ayuda no es lo peor que puede pasarte en la vida —replicó Becka—. Puedes no ser perfecta.

—Sé que no soy perfecta.

—Pero no sabes cómo acudir a los demás —Becka resopló—. Como tu mejor amiga, odio incondicionalmente a quien tú odies, pero quiero hacerte una pregunta y que me la contestes sinceramente.

Ella asintió con la cabeza, aunque sabía a dónde llevaba todo eso.

—De acuerdo.

—¿Te has parado a pensar alguna vez que es posible que Roman estuviera actuando de buena fe, que se preocupaba por ti y que estaba diciéndote la verdad, que solo quería ayudarte? —Becka levantó una mano—. Quiero decir, no es un santo y fue detrás de esta empresa porque sabía que le gustaría a su inversor y le daba igual lo que tú quisieras antes de conocerlos. Sin embargo, eso no significa que el inversor sea un ser maligno que quiere destruir todo lo que tú has creado. ¿Le has preguntado a Roman si podrías quedarte haciendo algo?

—No —Allie notó que el bochorno le subía por el pecho y la garganta y le sonrojaba la cara—. Él quería que yo transigiera en todo y que confiara en que no estaba jodiéndome. Yo solo...reaccioné.

—De acuerdo —Becka asintió con la cabeza—, no estoy diciendo que estés equivocada al cien por cien. Él lo hizo mal desde el principio hasta el final, pero también creo que es posible, solo posible, que tú reaccionaras sin pararte a pensarlo. Sé que quieres ser capaz de hacerlo por tu cuenta, pero no tiene nada de malo dejar que otra persona te ayude.

—Todas estas mujeres dependen de mí para que las ayude.

—Para el carro, Superwoman. Efectivamente, esas mujeres te agradecen que tengan un sitio donde están a salvo, pero no son unas inútiles. No son unas niñas que te necesitan para que les cubras todas sus necesidades. No puedes echarte eso a la espalda —Becka se inclinó hacia delante—. Seamos sinceras por un momento, ¿de acuerdo?

—¿Antes no éramos sinceras? —le preguntó Allie con media sonrisa.

—Sabes lo que quiero decir. Te quiero un huevo, pero puedes ser cabezota hasta decir basta. Roman te asustó. Hizo que sintieras cosas y te ofreció algo que quieres con toda tu alma, pero te da miedo aceptarlo porque podría explotarte en las narices. Lo entiendo, pero también creo que te aferraste a cualquier motivo para pensar que no daría resultado y no hiciste caso de todo lo que indicaba que era posible, solo posible, que estuvieses equivocada.

Allie no quería reconocerlo. Roman era tan cabezota como ella, si no más. No podía mostrar debilidad porque él le pasaría por encima. Aunque estaban en una situación límite por no haber mostrado debilidad. No había pacto porque ella no había querido pactar. Lo había rechazado y había zanjado el asunto porque era más fácil que exponerse e intentarlo. Las palabras de Becka no le dolerían tanto si no fueran verdad en gran medida.

—Maldita sea, tienes razón.

—Como muchas veces —Becka se llevó las rodillas al pecho—. Para resumirlo, Roman te gusta más que comer con los dedos y tienes problemas con el gimnasio, unos problemas que podría resolver un inversor, pero solo el inversor acertado.

—Más o menos —Allie se rodeó un dedo con un mechón de pelo—. Si tuviese el inversor acertado, me costaría menos ceder el control, al menos, el control parcial. Alguien que lo vea como yo, que quiera lo mismo que yo.

—Tiene sentido —Becka sonrió—. Afortunadamente, conocemos a alguien que tienes toda una lista de personas que quieren invertir en empresas incipientes y con porvenir. Me imagino que si le presentaras una contraoferta a Roman, él haría lo que fuese para darte lo que quieres.

Allie asintió con la cabeza porque no podía imaginarse una situación en la que Roman hiciera lo que fuese para darle lo que quisiera. Podría acudir a otra persona para que hiciera lo mismo, pero sería el colmo de la estupidez y de la cobardía. No se acabaría el mundo por acudir a Roman y reconocer que se había equivocado. No sería fácil, pero ¿qué pasaría si había dicho en serio

que quería que lo intentaran? Se pasaría el resto de su vida preguntándose si se había quedado sin el amor de su vida por haber sido demasiado cabezota y no haber pedido ayuda.

—Debería llamarlo, ¿no?

—Si tú crees...

Allie lo pensó durante treinta segundos.

—Voy a ducharme y luego iré a buscarlo.

—¡Así me gusta!

Capítulo 18

Las intenciones de Allie no podían ser mejores, pero no encontró a Roman. No estaba en su despacho y nadie parecía saber cuál era su agenda. Y tampoco había contestado sus llamadas. La desesperanza iba adueñándose de ella a medida que avanzaba la tarde. Quizá hubiese interpretado mal toda la situación y a él solo le interesara el gimnasio y ya no quisiera saber nada de ella. Como no sabía qué más podía hacer, le mandó un mensaje.

Lo siento. Me gustaría que habláramos. ¿Podemos vernos?

Hubo una respuesta antes de que le diera tiempo a soltar el teléfono.

¿Dónde estás?

No había contestado a ninguna de sus llamadas, pero sí había contestado a su mensaje... como cabía esperar. Todo funcionaba al revés, como había funcionado desde que había conocido a Roman.

Allie contestó:

En el gimnasio.

No te muevas. Voy para allá.

El corazón le dio un vuelco y tuvo que tragar saliva varias veces antes de que pudiera contestar.

De acuerdo.

Intentó trabajar un poco para mantenerse ocupada, pero no dejaba de mirar el reloj y de preguntarse qué estaba pasando. Quería hablar, claro, pero los mensajes ásperos de Roman hacían que se preguntara si no sería todo un error. ¡No! ¡Lo quería e iba a pelear por él!

Se aferró a eso durante los veinticinco minutos siguientes, hasta que alguien llamó a la puerta de su despacho y casi se cayó de la silla del respingo que dio.

—¡Adelante!

Roman entró y verlo fue como sentirse en casa otra vez. Llevaba unos pantalones negros y una camisa abotonada que hacía maravillas con su espalda, y la miró como si fuese un héroe que volvía, como si anhelara verla tanto como ella lo deseaba a él.

Abrió la boca para soltarle todo lo que había estado dándole vueltas por la cabeza, pero volvió a cerrarla cuando se dio cuenta de que no estaba solo. Una mujer menuda con el pelo canoso entró en la habitación. Su rostro no indicaba una edad y Allie no supo si las canas eran naturales o una moda, pero sí podía decir que era una mujer atractiva. Sus facciones eran un poco demasiado fuertes para calificarlas solo de hermosas y, además, transmitía una seguridad en sí misma que llenaba toda la habitación. Roman cerró la puerta y se dirigió a Allie.

—Te presento a Clare Belford, la inversora que me contrató.

Allie se quedó helada.

—Conozco ese nombre. Eres la mujer que dirige Sitios Seguros.

—Sí —reconoció Clare en un tono melodioso—. Estoy muy impresionada con lo que estás haciendo.

—Yo... Gracias. Me encanta tu obra, es esencial en la vida de muchas mujeres.

Clare se acercó más a su mesa.

—Roman me contó lo que te preocupa, algo que entiendo perfectamente, y quise verte para tranquilizarte, para decirte que pienso seguir fiel a tu idea. Me gustaría incorporar tu albergue a Sitios Seguros y ampliar Transcend para relacionar los gimnasios nuevos con los albergues que ya existen en las ciudades que propone Roman. También me gustaría contratarte como directora general. Ya sé que no es lo mismo que ser la propietaria, pero estoy dispuesta a concederte autonomía plena siempre que actúes dentro de los parámetros que ya has fijado.

Allie no podía ni hablar ni respirar, para no llorar. Jamás habría podido imaginarse que las cosas podrían acabar así para el gimnasio y el albergue. Se aclaró la garganta.

—Me parece maravilloso...

—No me des la respuesta ahora. Piénsalo bien y dímelo a finales de que acabe la semana —Clare le tendió la mano y se la estrechó con la misma seguridad que transmitía su personalidad—. Me alegro de que hayamos podido conocernos.

—Yo también.

Roman esperó a que Clare se marchara y cerrara la puerta.

—Lo siento.

Ella todavía no podía asimilar el giro que habían dado los acontecimientos.

—Creía que no podías decir quién era tu inversor...

—Firmé un contrato de confidencialidad. Es habitual porque las cosas pueden ponerse peliagudas cuando llegan las negociaciones y algunos inversores prefieren que no se sepa por adelantado quiénes son.

Allie lo entendió todo de repente.

—Le has pedido que hablara conmigo.

Roman titubeó.

—Me habría encantado que hubieses confiado en mí, pero ahora entiendo por qué no lo hiciste. No te juegas solo tu vida, y mi palabra no era suficiente. Sabía que si conocías a Clare, entenderías que esto solo puede ser bueno para el albergue y el gimnasio y para más mujeres.

Allie tomó aire varias veces.

—Roman, no sé qué decir.

—Entonces... Tengo que disculparme de verdad. Estaba cabreado porque no confiabas en mí, pero estaba pidiéndote que fueras la única que cedieras, yo no estaba haciendo nada para que los dos estuviéramos en igualdad de condiciones. Por eso... Te amo, Afrodita. Ya sé que es demasiado pronto y que tienes reparos, pero estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para estar contigo. Si necesitas tiempo, te daré todo el tiempo que necesites. Podemos ir todo lo deprisa o despacio que quieras, pero te quiero y esto saldrá adelante a no ser que tú no me quieras.

Bueno, ella también estaba más que un poco enamorada. Se levantó, rodeó la mesa y se quedó delante de él.

—Si vamos a retomar esto como es debido, yo también tengo que

disculparme. Reaccioné impulsivamente y no me paré a pensar que no pasa nada por pedir ayuda o apoyarse en alguien —se acercó más a él, pero no lo tocó todavía, aunque estaba deseándolo—. Hoy he estado llamándote para pedirte que me buscaras un inversor —ella sonrió—. Me parece que, después de todo, estamos en lo mismo.

—Si no te gusta lo que te ofrece Clare, podemos buscar a alguien más — Roman le tomó las manos con gesto serio—. No voy a presionarte, te lo prometo.

—Voy a aceptar su oferta.

Lo supo en cuanto Clare se la hizo. Su sueño había sido ser la propietaria de su empresa, pero ser la directora general no estaba nada mal. Compensaba si podía conservar al control y le garantizaban que se ocuparían de toda las mujeres que llegaran al albergue.

—Gracias, y siento no haber confiado en ti.

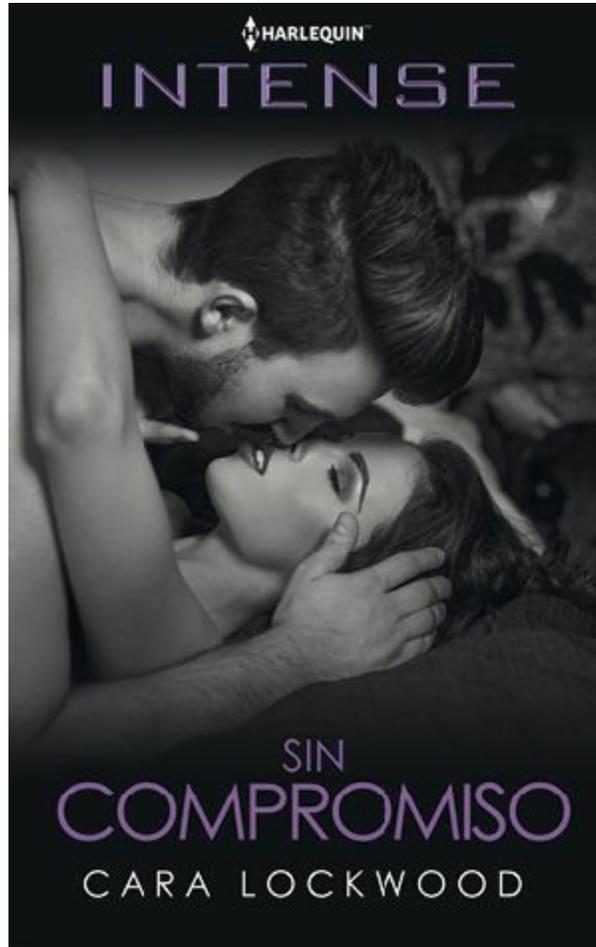
—No tienes por qué disculparte de nada.

—Tengo que decir una cosa más —añadió ella cayendo entre sus brazos.

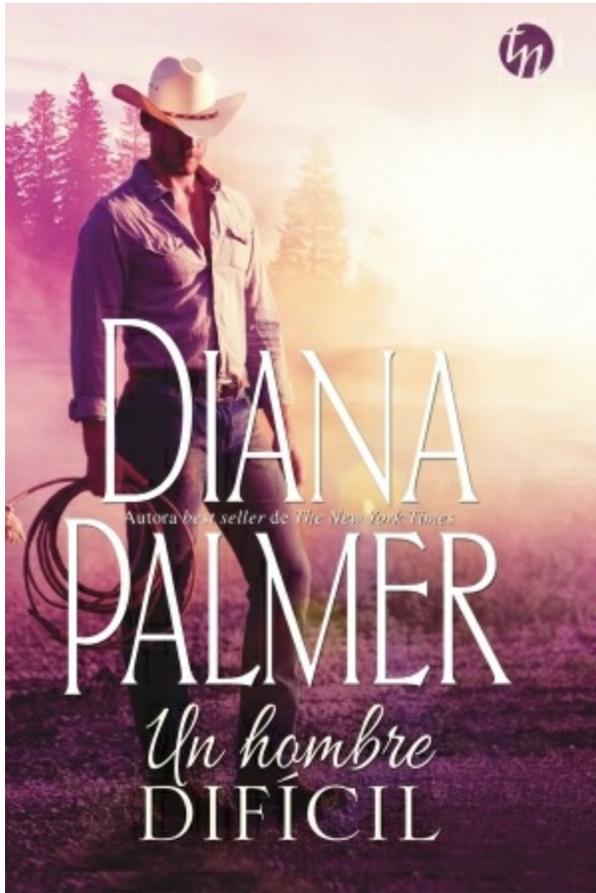
—¿Solo una? —preguntó él con una sonrisa.

—También te amo —lo besó y puso todo lo más profundo y sincero que sentía en el beso—. Es posible que sea demasiado pronto y que sea un disparate, pero no lo haría de ninguna otra manera.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna
9788413077123
224 Páginas

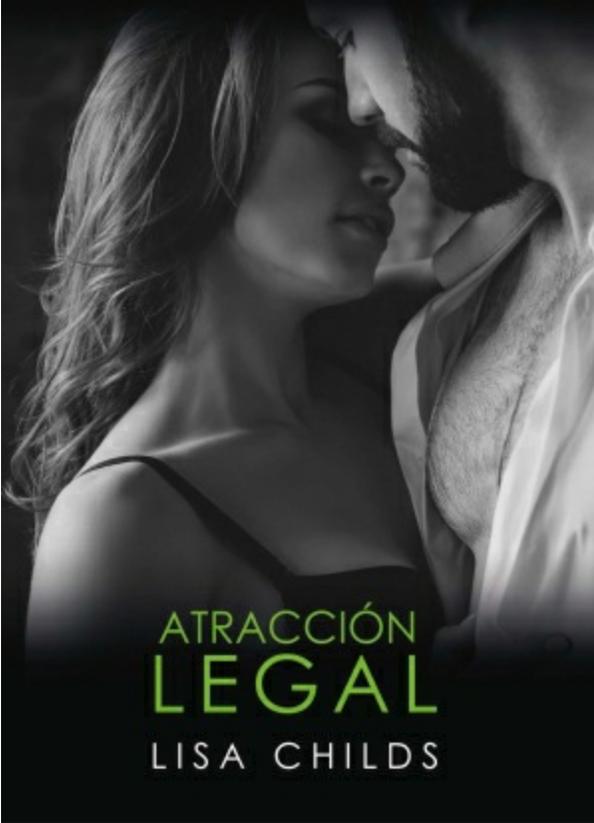
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa
9788413075150
224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

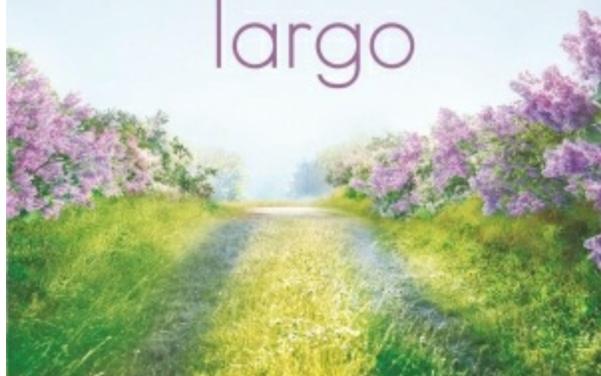
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



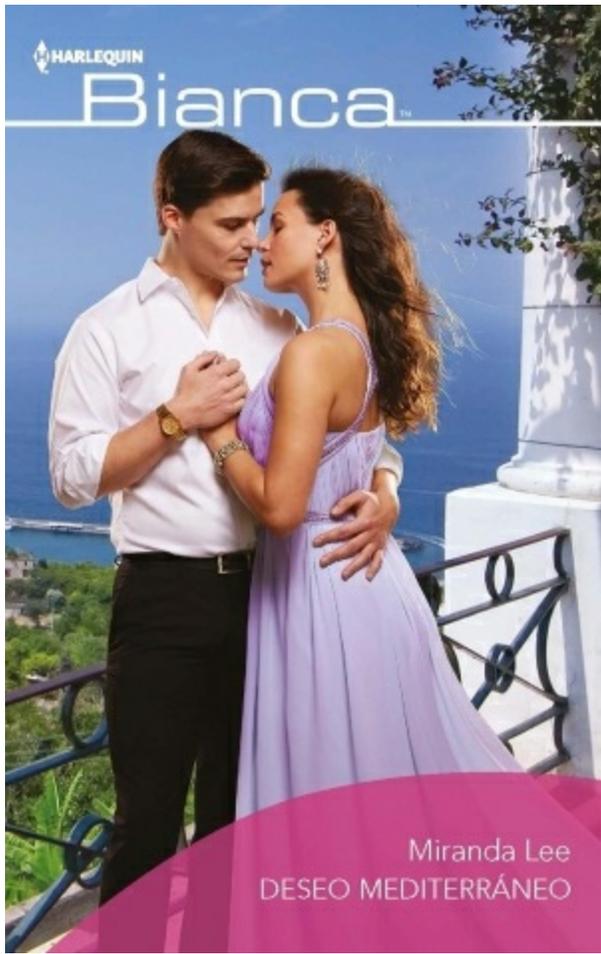
El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda
9788413074993
160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)